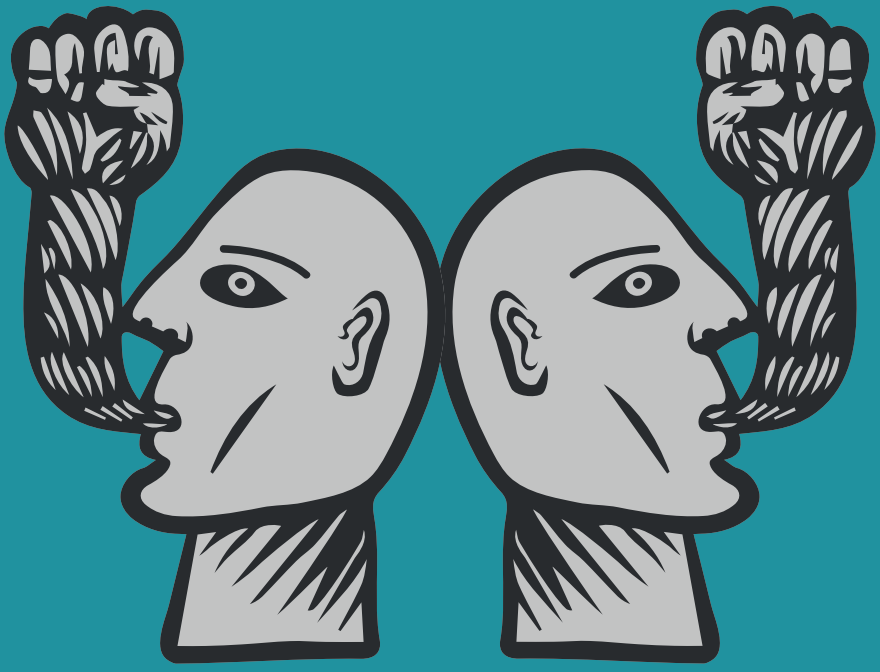


Polarización política y social en Bolivia

Apuntes para entender uno de los más grandes desafíos para la democracia

Jan Souverein | Christina Stolte | Ana Lucía Velasco Unzueta

UNÁMONOS

Polarización política y social en Bolivia

Apuntes para afrontar uno de los desafíos más grandes para la democracia boliviana

Jan Souverein | Christina Stolte | Ana Lucía Velasco Unzueta

©2023 Proyecto Unámonos

Polarización política y social en Bolivia
1ª edición, La Paz: Proyecto Unámonos, noviembre de 2023
500 ejemplares

Prólogo:
Dra. Christina Stolte
Representante en Bolivia
Fundación Konrad-Adenauer-Stiftung (KAS)

Jan Souverein
Representante en Bolivia
Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung (FES)

Autores:
Ana Lucía Velasco Unzueta
Josue Cortez Saravia
Diego Pañaranda Molina
Daniela Valdivia Heredia
Rafael Loayza Bueno
Eric Roth Unzueta
Luis Diego Baudoin Castillo
Javier Alberto Olmos Aguilar
Armando Ortuño Yáñez
Maria Silvia Trigo Moscoso

Proyecto Unámonos
Av. Hernando Siles 5998,
esq. Calle 14, Obrajes
Tel: (591 2) 275 0005
https://unamonosbolivia.com
La Paz, Bolivia

Depósito Legal:
4-1-6045-2023

ISBN:
978-9917-629-03-0

Impresión:
Imprenta Stigma

Coordinación editorial:
Ana Lucía Velasco Unzueta

Edición y corrección de estilo:
Claudia Dorado Sánchez

Diagramación:
Jorge J. Olmos Durán

Diseño de cubierta:
Ana Lucía Velasco Unzueta

Apoyo en coordinación:
Daniela Clavijo Popova

Impreso en el Estado Plurinacional de Bolivia

Las opiniones contenidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores.

Este libro se publica bajo la licencia Creative Commons:

Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Esta licencia permite a otros descargar y compartir esta obra con otros siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada. No se permite, sin embargo, cambiar de forma alguna los contenidos ni crear obras derivadas o hacer un uso comercial.

Índice de contenido

Prólogo 7
Christina Stolte | Jan Souverein

Introducción
Cuando el peligro se vuelve costumbre: la polarización en Bolivia 11
Ana Lucía Velasco Unzueta

1. **Índice multidimensional de polarización política: una medición utilizando nueva evidencia en Bolivia** 27
   Josue Cortez Saravia | Diego Peñaranda Molina | Daniela Valdivia Heredia

2. **Polarización: cuando "todos" somos los "otros". Etnicidad, racismo y nación en el contexto de la desagregación** 56
   Rafael Loayza Bueno

3. **Moralidad y sensibilidad democrática: influencia de las convicciones, las percepciones y las emociones que unen y dividen a los bolivianos en la práctica política** 86
   Eric Roth Unzueta | Ana Lucía Velasco Unzueta | Luis Diego Baudoin Castillo

4. **Fundamentos morales y percepciones políticas en Bolivia: resultados de la Encuesta de Polarización** 118
   Javier Alberto Olmos Aguilar

5. **Explorando la polarización y la identificación política en Bolivia** 139
   Armando Ortuño Yáñez

6. **La polarización desde los medios de comunicación: análisis de la cobertura del paro cívico en Santa Cruz** 160
   María Silvia Trigo Moscoso

Prólogo

En muchas democracias alrededor del mundo se ha observado en las últimas décadas un aumento en la polarización política. Se refleja, entre otros, en la creciente brecha entre los partidos políticos y una menor disposición a dialogar y a encontrar soluciones comunes, una creciente desconfianza en las instituciones estatales y los medios de comunicación, y una mayor fragmentación de la sociedad, con intolerancia hacia opiniones opuestas en cuestiones clave.

Las redes sociales han desempeñado un papel importante en la polarización política al permitir la propagación rápida de información y desinformación. Estas, a menudo, facilitan la formación de comunidades en línea que comparten puntos de vista similares, lo que puede exacerbar la polarización. Esto ha derivado en una mayor fragmentación de la opinión pública y en la creación de "burbujas informativas", donde las personas tienden a consumir información que confirma sus propias creencias. Todo esto, sumado a la alta desconfianza en las instituciones estatales y en los medios de comunicación, ha llevado a que los niveles de polarización política lleguen a amenazar la convivencia y la paz social de muchos países. La polarización política es, entonces, una preocupación tanto local como global que amenaza la esencia misma de la democracia. Bolivia, como muchos otros países, ha sido víctima de esa tendencia. El país, que cuenta con tanta riqueza y diversidad cultural, se ha visto inmerso en una fragmentación social y en una polarización política creciente, cuyo clímax está marcado por los conflictos de 2019, lo cuales continúan afectando a las bolivianas y a los bolivianos hasta el día de hoy.

Este libro, basado en estudios a profundidad derivados de la Primera Encuesta Nacional de Polarización en Bolivia, llevada a cabo por el Proyecto Unámonos, representa un paso significativo hacia la comprensión de las raíces y de las manifestaciones de la polarización en el país. Esa encuesta es un hito en la investigación social boliviana, siendo la primera en su clase dedicada exclusivamente a recopilar datos sobre la polarización política.

El Proyecto Unámonos, implementado por las oficinas en Bolivia de la Friedrich-Ebert-Stiftung y la Konrad-Adenauer-Stiftung, y financiado por el Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania, busca mediante esta publicación arrojar luces sobre el fenómeno de

la polarización política en Bolivia. El proyecto nace el año 2022 como respuesta al impacto de los conflictos, de la violencia política y de la falta de diálogo en la vida de toda la población boliviana. Asimismo, toma como principio de partida que las diferencias (deseables en cualquier democracia sana) se están convirtiendo en distancias crónicas y simplificadoras que nos están llevando a las bolivianas y a los bolivianos a una crisis cívica que está dañando el tejido social, tendencia que hay que mitigar si se quiere proteger la democracia en Bolivia.

Con la visión de fortalecer los valores democráticos y el espíritu de diálogo en el mundo, la Friedrich-Ebert-Stiftung y la Konrad-Adenauer-Stiftung están uniendo esfuerzos para crear puentes de diálogo entre los diferentes actores políticos y sociales de Bolivia. La Friedrich-Ebert-Stiftung, comprometida con los valores de la socialdemocracia, ha abogado por la justicia social y la igualdad en Bolivia, promoviendo la participación ciudadana y el desarrollo sostenible, desde su establecimiento en Bolivia en 1985. Está presente en aproximadamente 100 países alrededor del mundo y trabaja con partidos políticos de izquierda y de centro-izquierda, sindicatos y movimientos obreros, campesinos, estudiantiles y feministas. Por otro lado, la Konrad-Adenauer-Stiftung, afiliada al partido demócrata-cristiano alemán, se ha centrado en el fortalecimiento de las estructuras democráticas, la libertad y el Estado de derecho en Bolivia, desde hace ya 55 años. Igualmente, tiene oficinas en aproximadamente 100 países alrededor del mundo, trabaja con partidos de centro-derecha y, además, cuenta en Latinoamérica con programas regionales enfocados en la participación política indígena, la seguridad energética y el cambio climático, entre otros.

En esa constelación, el Proyecto Unámonos se constituye en una experiencia única de colaboración entre ambas fundaciones, no solo a nivel nacional, en todo el tiempo en el que ambas fundaciones trabajan en Bolivia, sino a nivel mundial. La razón de esa alianza representa el espíritu de este proyecto: a pesar de las diferencias políticas e ideológicas entre las dos fundaciones y sus partidos afines, comparten la profunda convicción en la importancia de dialogar, llegar a compromisos y dirimir las diferencias de forma pacífica. La cultura del diálogo es un componente fundamental para el funcionamiento de la democracia.

Les invitamos a adentrarse en las páginas de este libro. Encontrarán análisis perspicaces, datos relevantes y perspectivas de expertos que, sin duda, enriquecerán el debate sobre la polarización política en Bolivia. A medida que avancen en su lectura, se darán cuenta de que las soluciones no son sencillas ni unilaterales, pero es esencial que nos enfrentemos a este desafío juntos, como sociedad, para construir un futuro más unido y en armonía.

Agradecemos su atención y su interés en este importante tema. Esperamos que las reflexiones contenidas en estas páginas inspiren la acción y fomenten el diálogo necesario para forjar un camino hacia una Bolivia más unida y hacia una democracia más profunda.

Christina Stolte
Directora KAS Bolivia

Jan Souverein
Director FES Bolivia

Introducción

Cuando el peligro se vuelve costumbre: la polarización en Bolivia

Ana Lucía Velasco Unzueta[1]

La solidaridad no asume que nuestras luchas son las mismas luchas, o que nuestro dolor es el mismo dolor, o que nuestra esperanza es para el mismo futuro. La solidaridad implica compromiso y trabajo, así como el reconocimiento de que, aunque no tengamos los mismos sentimientos, ni las mismas vidas, ni los mismos cuerpos, sí vivimos en un terreno común.

Sara Ahmed (2017)

Algunos apuntes sobre polarización

Las opiniones apasionadamente encontradas, los partidos o los actores políticos siendo despiadados los unos con los otros, o la presencia de actores histriónicos y ensordecedores en la opinión pública son sucesos cada vez más comunes y normales en cualquier democracia moderna y plural del siglo XXI. Pero ¿realmente son normales? "Lo normal es aquello a lo que te acostumbras", decía la tía Lydia, un emblemático personaje de la novela *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, advirtiéndonos que hasta la realidad más distópica puede ser considerada normal si se le da suficiente tiempo a la gente para que se acostumbre a ella. Sin duda, el proceso de normalización de ciertas dinámicas sociales muchas veces nos puede hacer perder la perspectiva de que no porque algo sea "normal" es, necesariamente, inofensivo. Ese es el proceso por el que considero que ha pasado el fenómeno de la polarización. En la última década, la discusión en la opinión pública y en la academia ha ido virando de considerar la polarización como un concepto que se reservaba para hablar de las características de un sistema de partidos o de la dinámica propia de las élites políticas,

1 Politóloga y magíster en Manejo de Conflictos Interculturales por la Alice Salomonon Hochschule Berlin y en Estudios Culturales Comparados por la Ohio State University. Es coordinadora del Proyecto Unámonos.

muy normal sobre todo en escenarios electorales de cualquier democracia, a considerarla como una de las amenazas más grandes a las democracias modernas.

¿Qué es lo que ha permitido ese viraje? La clave parece radicar, precisamente, en que lo que se consideraba eventual, pasajero o anecdótico se ha convertido en algo habitual, pertinaz y crónico. Bomey (2021) diferencia entre la polarización aguda y la polarización crónica, en el sentido en el que la segunda no desaparece cuando la vida natural de ciertos asuntos controversiales y polémicos en la opinión pública se agota (por ejemplo, unas elecciones, crisis económicas o escándalos sociales). Al contrario, en un escenario de polarización crónica, cualquier tema que ingresa a la agenda pública, sea este de poca o de mucha importancia, queda expuesto a una especie de centrifugadora que parece nunca perder su fuerza y que convierte todos los asuntos públicos en dilemas mutuamente excluyentes, sin posibilidad de opciones intermedias.

La polarización crónica deviene, además, en una crisis cívica que comienza a dañar al tejido social. Esto se hace evidente cuando los miembros de una misma sociedad tienen cada vez mayores dificultades para tener conversaciones fructíferas con personas que piensan distinto a ellos, puesto que la diferencia entre *pensar* distinto y *ser* distinto comienza a borrarse lentamente, dejando un territorio habitado por "nosotros" y "los otros". Cuando se habita ese territorio, se retiran todos los incentivos para hablar con esos "otros", en el mejor de los casos, o se les niega o se les cuestiona su humanidad, en el peor de los casos. Esta crisis cívica lleva a la gente a encerrarse en burbujas donde todos piensan igual, eliminando poco a poco cualquier espacio seguro para el disenso y quebrando, por tanto, una de las piedras angulares de la democracia: la capacidad para el desacuerdo productivo, que consiste en la posibilidad de poder seguir trabajando juntos para un fin común a pesar de pensar distinto (Bomey 2021).

Además de la desaparición del desacuerdo productivo, esta crisis cívica suele ir más allá de la simple discusión de ciertos asuntos de la agenda pública y comienza a suceder, también, a nivel personal y afectivo. Esto ocurre cuando por ejemplo una vecina o un vecino, una amiga o un amigo, o alguien de la familia con quien se tiene diferencias políticas pasa de ser alguien que simplemente piensa diferente a enemigo personal. Sucede cuando no se trata simplemente

de una diferencia de opiniones, sino cuando se comienza a sentir un rechazo profundo y visceral hacia esa otra persona, que es vista como una amenaza existencial para mí y para los míos. De ese modo, cuando la polarización pasa del mundo de las ideas al mundo de las vísceras, se termina construyendo, fomentando y justificando una cultura del desprecio. Esto significa que el desprecio al otro (usualmente expresado en forma de insultos, ironías, mofas, etcétera) es aplaudido y premiado socialmente, mientras que el trato respetuoso y humano es más bien penalizado y simbolizado como una señal de debilidad o una muestra de "tibieza". Todo esto genera una especie de círculo vicioso en el que, mientras más expandida está la cultura del desprecio y más utópico se hace el desacuerdo productivo, más sufre el tejido social que sostiene a un país, lo que, a su vez, hace que sea más difícil promover los valores de tolerancia y de respeto mutuo. Toda esta dinámica puede terminar hiriendo instituciones sociales, comunidades y relaciones interpersonales.

Ese viraje en las preocupaciones que genera la polarización crónica se está dando de forma global. En su libro *¿Por qué estamos polarizados?* (2021), Klein relata esa transición para el escenario de Estados Unidos. Klein cuenta cómo hasta la década de 1950 los politólogos y los políticos estadounidenses temían la ideologización de los partidos políticos debido a su tendencia a fragmentar el tejido político y social, dificultando la gobernabilidad y la obtención de compromisos necesarios. Todo cambió en la segunda mitad del siglo XX, cuando el "partidismo negativo" se volvió más prevalente en el comportamiento electoral estadounidense; es decir, una forma de votar en la que la gente vota más motivada por sentimientos negativos hacia un partido o un candidato que por sentimientos positivos hacia quienes decidieron confiar su voto. Así, ha quedado atrás una época en la que los partidos políticos ideológicamente diferenciados eran mal vistos y hemos entrado a una época en la que esa diferenciación es, más bien, una de las características más relevantes de los sistemas de partidos de varios países alrededor del mundo. Klein describe muy elocuentemente esa transición de escenarios políticos de la siguiente forma:

> Cuando existe una división dentro de un partido se aborda a través de la supresión o el compromiso. Los partidos no quieren pelear internamente. Pero cuando existe una división entre partidos, se dirime a través del conflicto. Sin los límites de la unidad del partido, los desacuerdos políticos se incrementan. […] el debate alienta a

> sus partidarios y esperan que ponga al público en contra de sus oponentes. La ventaja de esto es que los problemas importantes se airean y a veces incluso se resuelven. El inconveniente es que las divisiones alrededor de estos se vuelven más profundas y furiosas (2021, p. 42).

En Bolivia también ha ocurrido un fenómeno semejante. Entre 1985 y 2003 el país vivió un periodo político-electoral de su historia nombrado con frecuencia como "democracia pactada". Con una joven democracia que acababa de vencer las dictaduras militares, Bolivia fue consolidando un sistema de partidos con partidos minoritarios. El primer gobierno democrático posdictaduras, el de Unidad Democrática y Popular, dejaría lo que Exeni (2016) ha denominado "trauma de ingobernabilidad", que llevó a ese joven sistema de partidos a algo que los expertos han llamado "presidencialismo parlamentarizado" o, en otras palabras, un sistema basado en coaliciones multipartidistas. De hecho, en ese periodo hubo cinco coaliciones de ese tipo.

Si bien tales coaliciones permitieron salir de un escenario político empantanado e ingobernable, pronto fueron adquiriendo un matiz confuso para el electorado boliviano, en el que "todos se juntaban con todos" y, a pesar de que los partidos levantaban banderas ideológicas en tiempos de campaña, estas desaparecían a la hora de formar las coaliciones. La última coalición multipartidaria no pudo resistir el descontento social, el cual condujo a Gonzalo Sánchez de Lozada a renunciar a la presidencia, a poco más de un año de gestión, y a escapar del país. Desde las elecciones presidenciales que sucederían a la crisis política de 2003, nunca más se volvieron a ver coaliciones multipartidarias en Bolivia.

Adicionalmente al impacto que ha tenido la polarización político-partidaria en el sistema democrático como tal, los impactos psicosociales en el tejido social de las naciones son realmente preocupantes. En un estudio realizado para Estados Unidos, Smith, Hibbing y Hibbing (2019) proponen que la polarización política está convirtiéndose en un problema de salud pública, puesto que han aumentado los casos de pérdidas de vínculos sociales, la fatiga social e incluso los pensamientos suicidas entre las poblaciones más políticamente activas. Según datos de ese trabajo, el 38% de las personas reportó sentirse estresada por la política, el 32% manifestó estresarse al estar expuesta a los medios de comunicación

con ideas muy distintas a las suyas, el 26% admitió que la política las ha llevado a odiar a ciertas personas y el 25% dijo que pensar en política más de lo que le gustaría. Además, la polarización política suele estar acompañada por otros fenómenos que tienen un fuerte impacto en la salud mental de las personas, como el acoso cibernético (Vogels, 2021).

Más preocupante aún es que la polarización, más allá de ser un fenómeno político y social, está comenzando a ser considerada como una adicción. Llorente y Cuenca (LLYC), junto a +Democracia, dos instituciones españolas, han llevado adelante un estudio denominado *The Hidden Drug* o *La droga oculta* (2022), en varios países de Iberoamérica[2], además de España, Portugal y Estados Unidos. En ese trabajo se afirma que la polarización ha crecido en esos países un 39% en los últimos cinco años y que su incremento se ha acelerado en el 11% desde la pandemia por el Covid-19. Los resultados también dan cuenta de que hoy una de cada cuatro personas está expuesta a una polarización extrema, pero que para el 2040 ese número ascenderá a dos de cada cuatro. ¿Y por qué es esto preocupante? Porque, como anticipamos, la polarización, más allá de ser un fenómeno político y social, es una adicción y, en 20 años, la mitad de la población estará expuesta a algo altamente adictivo. Los autores de esa investigación lo afirman del siguiente modo:

> Sus cientos de millones de mensajes incendiarios generan en nuestro organismo – como algunas drogas – la activación de sustancias como dopamina o endorfinas, que activan los receptores opioides de nuestro cuerpo y nos hacen adictos a su consumo. Este efecto de contacto diario con la polarización radicaliza el pensamiento de las personas creando rechazo por la opinión contraria (LLYC y +Democracia, 2022).

Bolivia no ha estado exenta de sufrir tales impactos psicosociales, como exponemos con detalle más adelante. Entre noviembre y diciembre de 2022 se realizó la Primera Encuesta Nacional de Polarización en Bolivia, impulsada por el Proyecto Unámonos, con el respaldo de las oficinas en Bolivia de las fundaciones Friedrich-Ebert-Stiftung y Konrad-Adenauer-Stiftung, con el objetivo de mitigar los efectos de la polarización política en el país. Gracias a esa primera

2 Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, México, Panamá, Perú y República Dominicana.

encuesta, ahora contamos con datos que nos ofrecen algunas pistas acerca de los impactos psicosociales, políticos y sociales que ha tenido la polarización política en Bolivia.

Esta publicación se convierte, en ese sentido, en un primer ejercicio de análisis y estudio de la polarización en Bolivia utilizando los datos recogidos por la Primera Encuesta Nacional de Polarización, apuntando así a poder discutir sus efectos en nuestro sistema político y electoral, en nuestra convivencia diaria y en nuestra salud mental. Con este tipo de ejercicios esperamos lograr insertar este tema en el debate público e ir impulsando a los líderes de Bolivia (sean líderes políticos, sociales, juveniles, activistas, etcétera) a pensar y a reflexionar acerca del rol que todas y todos jugamos en la promoción de la polarización, pero sobre todo en el rol que podemos jugar, todas y todos, en la contención de la polarización.

El gran reto de nuestro tiempo es, entonces, no volver a una forma antigua de hacer política, la cual ya ha encontrado su fecha de caducidad, en tanto que la actual forma de hacer política está poniendo en peligro la democracia misma. Volver al pasado no es una opción, como tampoco lo es insistir en las actuales formas: nuestros actuales líderes políticos tienen la tarea de imaginar una nueva forma de hacer política, que responda a los retos propios de esta época y no ponga en riesgo la cohesión de las sociedades, pero que tampoco elimine u oculte la diferencia. Hablamos de una forma de liderazgo en la que lo importante no sea quién lleva la razón, sino ser quien lleva adelante a nuestra comunidad y a nuestra nación.

¿Qué es la polarización?

Una de las principales dificultades al momento de definir qué es polarización surge cuando se contraponen formas más tradicionales de entenderla, desde interpretaciones más actuales. Como explicamos, el concepto de polarización ya era bastante habitual en la Ciencia Política. Con él se buscaba entender "la tendencia a través de la cual los actores políticos se mueven del centro a los extremos" (McLean y McMillan, 2009). Se trataba, fundamentalmente, de una unidad de medida para un fenómeno que se comprendía como algo muy natural en política: en democracia, se supone que hay diferentes ideas que están compitiendo por apoyo popular para convertirse luego en políticas públicas, planes de gobierno o doctrinas políticas. Por tanto,

la "polarización" servía únicamente para medir qué tan parecidas, qué tan diferentes o qué tan cerca del centro político o de los extremos se localizaban esas ideas, quiénes las enarbolaban y el apoyo que existía detrás de ellas. Por tal motivo, la polarización no era vista como algo bueno o como algo malo en sí mismo, sino, simplemente, como una característica del ecosistema de ideas en una democracia y como una característica de los sistemas de partidos.

Recién en los últimos 10 años, aproximadamente, los expertos han comenzado a observar con más detalle los efectos de la polarización en la democracia y en la convivencia social, y también han empezado a mirarla como "algo más" que una unidad de medida. Es desde entonces que se estudia la polarización ya no únicamente como el posicionamiento de los actores políticos con relación al centro y a los extremos, sino como una dinámica política que puede llevar a una sociedad a vivir esa distancia ideológica en tanto una verdadera batalla abierta librada bajo una lógica maniquea de un "nosotros" versus unos "otros". Para diferenciarla de la primera forma de entender la polarización, más neutral, a ese segundo tipo se lo denomina "polarización perniciosa" o "polarización extrema" (McCoy y Somer, 2019; Levitsky y Ziblatt, 2018); es decir, se reconoce que, si bien la polarización puede ser un fenómeno relativamente normal en cualquier democracia, si se sale de control, puede llegar a amenazar la democracia misma.

En *¿Cómo mueren las democracias?*, Levitsky y Ziblatt (2018) afirman:

> La debilidad de nuestras normas democráticas se arraiga en una polarización partidista extrema, una polarización que sobrepasa las diferencias políticas y entronca con un conflicto existencial racial y cultural. […] Y si algo claro se infiere del estudio de las quiebras democráticas en el transcurso de la historia es que la polarización extrema puede acabar con la democracia (2018, p. 18).

En ese sentido, tanto Klein (2021) como McCoy y Somer (2019), a diferencia de Levitsky y Ziblatt (2018), sostienen que la polarización no necesariamente lleva de modo inevitable a la destrucción de la democracia. Para Klein (2021), la polarización ha permitido que ciertos temas (antes considerados muy polémicos o controversiales) puedan hablarse abiertamente, a fin de acercarnos a una solución. McCoy y Somer (2019), a su vez, creen que la polarización también puede fortalecer la democracia.

Todos esos autores coinciden en que dichos efectos positivos pueden conseguirse solamente cuando quienes promueven la polarización están conscientes de sus posibles efectos negativos, cuando tienen un plan de contención al mostrar la polarización señales de estar convirtiéndose en perniciosa (McCoy y Somer, 2019, p. 235) o si se crea un sistema político que pueda contener tales efectos negativos (Klein, 2021, p. 296). Es decir, no se debe "jugar con fuego" si no se tiene un plan concreto para apagar futuros incendios.

¿Cómo es entonces que un fenómeno considerado relativamente normal en la vida democrática, en ocasiones incluso positivo, puede convertirse en una de sus más grandes amenazas? Para abordar la complejidad del fenómeno se utilizan con frecuencia al menos tres formas distintas, pero interrelacionadas, de entender la polarización.

En un primer tipo encontramos la polarización ideológica, caracterizada por un alineamiento a posturas políticas cada vez más diferenciadas y concebidas como mutuamente excluyentes por parte de los partidos políticos, sobre todo, aunque no de manera exclusiva, ya que otros colectivos políticamente organizados, como los movimientos sociales, los activistas y los sindicatos, entre otros, pueden incluirse y son en especial importantes para el caso boliviano. Es así que esos espacios políticos son cada vez más homogéneos en su interior, o al menos aparentan homogeneidad hacia afuera, ya que las diferencias internas se discuten en privado o directamente se eliminan, mientras que las diferencias externas, es decir aquellas entre diferentes grupos, se resaltan y se debaten públicamente.

Un segundo tipo de polarización es la polarización afectiva, que trasciende el mundo de las ideas y llega al ámbito de las emociones; esta se caracteriza por una animadversión entre grupos diferentes, que no apela a la racionalidad. Con frecuencia, la polarización afectiva también es conocida como "tribalismo".

El tercer tipo de polarización está referido a la polarización social, la cual sucede cuando, independiente o adicionalmente a lo ideológico y a lo emocional, las personas empiezan a mostrar su filiación a ciertos grupos mediante ciertos comportamientos sociales: gustos específicos, consumo concretos, estilos de vida, lugar de residencia y otros.

Esas formas de polarización pueden darse, en ocasiones, de modo independiente la una de la otra. Así, por ejemplo, algunos grupos

pueden estar fuertemente convencidos de su postura ideológica, pero esto no genera un rechazo visceral e irracional por todo aquel que tenga alguna postura distinta; tampoco crea grupos socialmente diferenciados. Por otro lado, también pueden crearse "tribus urbanas" alrededor de algún estilo de vida, gusto musical, videojuego, serie o película, e incluso esas tribus urbanas pueden concebirse como "contrapuestas" (es el caso de la supuesta dicotomía entre "metaleros" y "cumbieros" o entre "vegetarianos", "veganos" y "carnívoros"), lo cual no significa que tengan posturas ideológicas diferentes o que esas contraposiciones generen un rechazo emocional hacia el otro. O, finalmente, puede suceder que algunas personas sientan una aversión irracional hacia otros, como el rechazo por gente tatuada, por los inmigrantes o por alguien del equipo de fútbol contrario, sin que ello signifique que dicho rechazo esté basado en algún tipo de doctrina ideológica concreta o que esos grupos adopten estilos de vida, *habitus* y comportamientos socialmente diferenciados.

No obstante, lo que parece estar pasando cada vez con más frecuencia, y lo que convierte a la polarización en extrema o perniciosa, es que esos tres tipos de polarización están comenzando a retroalimentarse y a reforzarse mutuamente, generando así un verdadero problema de convivencia social y democrática. Por ejemplo, puede pasar que cuando las posturas ideológicas comienzan a vivirse como una verdadera guerra entre el "bien" y el "mal", esto puede acrecentar una dinámica tribal bajo la cual sería posible sentir un rechazo cada vez más visceral e irracional hacia el otro, a la vez que una fuerte necesidad de demostrarle lealtad a "mi" grupo, así como de exigírsela a los otros miembros del mismo. En ese juego de lealtades, el uso de ciertos colores de vestimenta y de banderas, y la demostración pública de elecciones de estilo de vida, como mudarse a un lugar específico, escuchar cierto tipo de música, leer cierto tipo de libros o comer ciertas cosas, se convierten en una especie de boleto de entrada a la tribu y, a la vez, en un marcador que nos ayuda a distinguir fácilmente a las demás tribus.

En otro orden de factores, puede darse que, ante el interés por cierto tipo de cosas (alguna película, un tipo de dieta o un libro interesante), comencemos a conocer a ciertas personas que nos hayan ayudado a adentrarnos más profundamente en eso que al principio era un simple gusto o afinidad. Lo cierto es que hay cosas mucho más profundas y estructurales detrás de aquella pequeña elección que hacemos: vamos introduciéndonos, consciente o inconscientemente, a alguna

ideología en particular. La sensación de haber encontrado gente que piensa como nosotros, que le gusta lo que nos gusta y nos acepta con los brazos abiertos, y de pertenecer a algo más grande que una misma o uno mismo puede generar placer y alivio muy grandes, lo que nos lleva a sentirnos emocionalmente involucrados con nuestra tribu e incluso, en ocasiones, a sentir una repulsión visceral por todos aquellos que, según consideramos, la amenazan.

Finalmente, puede suceder que tengamos alguna antipatía por alguien en particular (un líder religioso que nos trató mal cuando estábamos en el colegio, algún familiar tan fanático de su partido político que nos generaba miedo, etcétera) o por algún grupo. Años después, navegando en las redes sociales, nos encontramos con memes, páginas o cuentas que crean contenido criticando, burlándose o denunciando a esos grupos. Como nos sentimos, por primera vez, comprendidos e identificados con lo que vemos, comenzamos a seguirlos, a consumirlos e incluso a compartir su contenido; asimismo, adoptamos su forma de hablar, sus chistes, sus modas. En ese proceso, conocemos a un líder o nos recomiendan un libro con algún título llamativo, como "¿Por qué 'tales personas' están destruyendo el mundo?" o "¿Por qué no hablar de 'tales temas' con 'tales personas'?". De repente, ya no se trata de una simple mala experiencia o aversión. ¡Hay razones mucho más profundas por las cuales "debemos" luchar contra esa gente! Hemos encontrado un grupo que está dispuesto a librar esa lucha con nosotros.

De ese modo, en sociedades fuertemente polarizadas, lo ideológico, lo afectivo y lo social se van reforzando mutuamente, generando una espiral de polarización que se ha convertido en una amenaza para la democracia y de la cual ya es difícil encontrar su inicio. ¿Cómo comenzó todo? ¿Cómo llegamos al punto en el que estamos ahora? ¿Es culpa de algún partido político o de algunos activistas radicales? ¿Es porque tal o cual idea se puso de moda? ¿Estábamos ya tan llenos de prejuicios sobre el otro o de repente esos prejuicios comenzaron a aparecer en todas partes? Cuando sentimos que podemos presuponer la postura ideológica de otra persona porque sabemos dónde vive, de dónde viene o quiénes son sus amistades, por el tipo de lugares que frecuenta, por cómo se viste o por su color de piel, y además utilizamos esa información para determinar si es un potencial amigo o un potencial enemigo, entonces vivimos en una polarización ideológica, afectiva y social anidada.

Hallazgos destacados de la encuesta

> *Esa cena de Navidad fue horrible. Terminó con un montón de gritos entre mi esposo, mis cuñados y sus papás. Les pedimos mil veces que se tranquilizaran, pero no nos hacían caso. Lo único que los escarmentó fue escuchar a las* wawas *llorar asustadas de tanto grito. Una prima de mi esposo se fue a llorar sola a un cuarto mientras su hija de 13 años la consolaba. ¡13 años!, ¿te imaginas? Una cosa horrible. Desde entonces hablar de política está totalmente prohibido en la familia.*

Esa historia me la contó una amiga mía después de ver los resultados de la Primera Encuesta Nacional de Polarización en Bolivia, en la que el 19,09% de las y los bolivianos admitió haber tenido que cortar lazos por completo con un familiar, con una amiga o un amigo, con una colega o un colega por peleas relacionadas con el conflicto de 2019-2020. Esa amiga también me dijo: "Cortar lazos así del todo… no, no lo hemos hecho. Pero la verdad es que las cosas nunca volvieron a ser iguales. Hay una cosa que se ha roto, que no sé cómo irán a repararla".

El caso de esa persona encaja mejor con otro dato de la encuesta: el 51,34% de los encuestados afirmó que prefería no hablar de política para evitar peleas con amigas, amigos o familiares; mitad del país autocensurado. Igualmente tenemos a más de la mitad del país con miedo: el 63,32% sostuvo que la crisis de 2019 en Bolivia le causó miedo o nervios; el 40,84% dijo tener miedo a lo que le pueda pasar, por los altos niveles de racismo y/o de intolerancia política; y el 48,11% respondió que, dados los últimos acontecimientos políticos, Bolivia corre el riesgo de dividirse.

La periodista mexicana-estadounidense Mónica Guzmán define la polarización como "el problema que se come otros problemas, el monstruo que nos convence que los monstruos somos nosotros" (2022, p. 6). La encuesta parece dar pistas de que eso es cierto. Cuando preguntamos sobre las identidades, el 36% aseguró que se identificaba con su región y el 58,8% nos dijo que se identificaba con algún pueblo indígena. Sin embargo, cuando les pedimos poner sus identidades en orden de importancia, el 83,19% respondió que su identidad más importante era su identidad nacional, solamente el 8,8% antepuso su identidad regional a su identidad nacional y el 7,9% antepuso

su identidad étnica a su identidad nacional: ¡el monstruo que nos convence que el monstruo somos nosotros!

Se ha hablado mucho acerca de que la polarización en Bolivia se debe a que nuestras identidades regionales o étnicas son incompatibles, pero resulta que solo un 16,7% de la población antepone su región o su etnicidad a su identidad nacional. Ese hallazgo también se expone en el trabajo de McCoy y Somer (2019), en el que se comparan 11 países con niveles altos de polarización. Los autores concluyen que una de las causas que lleva a una polarización perniciosa es cuando las fisuras estructurales de una sociedad son instrumentalizadas para fines político-electorales o discursivos. También encuentran que para Estados Unidos, Venezuela, Tailandia, Grecia, Hungría, Turquía, Polonia, Bangladesh y Filipinas:

> […] los actores polarizantes frecuentemente buscan explotar las demandas referentes a lo político, económico o cultural para activar resentimientos basados en clivajes estructurales o grietas formativas, o agrupan estas grietas junto con otras divisiones transversales. Lamentos masivos en el nivel social son usualmente detectados y frecuentemente explotados y exacerbados por la retórica de las élites políticas. Un discurso polarizante articula quejas, aviva miedos, ansiedades y resentimientos que luego se expresan como hostilidad, sesgos, y eventualmente, enemistad (*ibid.*, p. 240 [traducción propia]).

Sobre esta publicación

Este libro está compuesto por seis escritos. Cada uno se adentra en profundidad en alguna característica específica del fenómeno de la polarización, según los datos arrojados por la Primera Encuesta Nacional de Polarización en Bolivia.

Josue Cortez, Diego Peñaranda y Daniela Valdivia nos proponen una innovadora forma para medir, entender y analizar la polarización en Bolivia: el Índice Multidimensional de Polarización Política. La creación de dicho índice les permite afirmar que en Bolivia casi un tercio de la población mayor de 18 años está polarizada, de la cual el 16% está altamente polarizada y con riesgo de continuar en ese proceso si no se toman medidas de conciliación entre bolivianas y bolivianos. Por otra parte, ellos han sido capaces de detectar que el

regionalismo no necesariamente exacerba la polarización política. De hecho, no han encontrado indicios que sugieran la existencia de una extrema polarización en grupos de autoidentificación regional, como tampoco evidencia de que este sea un problema tan grande como se pensaba.

Por su parte, Rafael Loayza estudia la influencia, o no, de la etnicidad, el racismo y la nación en la polarización boliviana. El autor evidencia que las diferenciaciones raciales existen y tienen un impacto concreto en la realidad nacional. Respecto a la polarización, sus hallazgos recuerdan ampliamente la noción de polarización anidada, bajo la cual elementos como co-residencialidad, voto e identidad étnica se correlacionan altamente en el país. Además, Loayza ilustra la división de Bolivia en dos tipos de sentidos diferentes: uno de origen diferenciado, por el cual no podemos ponernos de acuerdo respecto a que "provenimos" del mismo lugar; y otro de destino diferenciado, por el cual, además de no convenir en que provenimos del mismo lugar, tampoco convenimos en que compartimos el mismo destino.

A su vez, Eric Roth, Ana Lucía Velasco y Luis Diego Boudoin, por una parte, y Javier Olmos, por otra, nos ofrecen una explicación de la polarización nacional desde la psicología social. Olmos se enfoca en una de las secciones más importantes de la Primera Encuesta Nacional de Polarización en Bolivia, referida a los fundamentos morales, que fue incluida debido al impacto del trabajo de Haidt (2012) en el estudio de la polarización a nivel global y en el impacto que tiene el aspecto moral en ella. Entre los hallazgos más importantes de su trabajo, Olmos destaca cómo, en términos morales, no existen diferencias significativas entre bolivianos; por tanto, las diferencias están, entonces, "a nivel de la distinción social que generan de acuerdo con la identidad social de su grupo étnico, su clase social y su afiliación política". En cuanto a Roth, Velasco y Boudoin, nos dan luces sobre varios mitos de la polarización boliviana. Por un lado, encuentran que la población menor de 35 años tiene un mayor nivel de sensibilidad democrática; por otro, detectan que la polarización en Bolivia está fuertemente relacionada con la violencia, por lo que no se trata de una polarización sana, constructiva o productiva. Los autores hacen un especial énfasis en entender de la siguiente manera los elementos morales referidos a la democracia y a la polarización: "Se trata de un contrato que debe tener una fuerza moral para su cumplimiento. De ahí que, cuando una o ambas partes contravienen la esencia moral del

contrato, sobreviene su resquebrajamiento y el colapso del sistema democrático. El estado de situación de la democracia requiere, por tanto, vigilar la integridad moral del acto político".

Armando Ortuño Y., asimismo, realiza un muy interesante análisis acerca de las identidades políticas en Bolivia y concluye que la polarización en el país es, en verdad, un escenario muy complejo con varios posicionamientos diferentes: existe un 40% de votantes polarizados, un 15% de votantes antisistema y otro 15% a 18% de votantes indiferentes. Esto nos habla de un "escenario complejo y lleno de matices que contrasta con la idea de dos bloques homogéneos enfrentados e incompatibles".

Finalmente, María Silvia Trigo realiza un análisis destacado sobre cómo los medios de comunicación se están comportando en el actual escenario polarizado. Mediante un estudio de caso concreto en Santa Cruz y sobre el paro cívico cruceño de 2022, la autora reflexiona lo referido al rol que juegan los medios de comunicación en la polarización.

Invitación a la lectura

En las páginas que siguen presentamos una colección de reflexiones y de análisis basados en evidencia actual relevante, con conclusiones urgentes para el estudio de la polarización y del futuro de la democracia en Bolivia.

Si no comenzamos a abordar la polarización como un problema serio que requiere nuestra atención, el tiempo para ejecutar planes de contención puede pasar de largo y la ventana de oportunidad para apuntalar nuestra democracia puede cerrarse. El problema de la polarización es que, en momentos de alta tensión, nos empuja a quemar los puentes que, una vez salvada esa tensión, todos necesitamos para convivir en un mismo territorio, bajo una misma bandera.

La cita que inicia este texto es de Sara Ahmed, reconocida académica feminista de la teoría crítica de la raza y del poscolonialismo. Ella plantea la solidaridad como una de las claves fundamentales para navegar las complejas aguas de los tiempos actuales, pero no como un acto de derrota o de resignación ante una supuesta necesidad de homogeneizarnos para sobrevivir en sociedades plurales,

sino como un acto de rehumanización, en la que nuestras diferencias no se conviertan en excusas para desconocer la humanidad de los demás: nuestras luchas, nuestras esperanzas, nuestros sentimientos ni nuestros cuerpos son iguales, pero sí vivimos en un terreno común que debemos aprender a compartir, si lo queremos preservar.

Hay situaciones de las que no se puede volver fácilmente: un ser querido muerto, una amistad rota, el sentido de inseguridad después de haber sido acosado o directamente violentado. Esos son los puentes quemados que a Bolivia le toca reconstruir y esa reconstrucción necesita los vínculos de solidaridad de los que habla Ahmed; son puentes a los que esta publicación desea aportar.

Fuentes citadas

- Ahmed, S. (2017). *Living a feminist life*. Durham, Estados Unidos de América: Duke University Press.
- Bomey, N. (2021). *Bridge Builders: Bringing People Together in a Polarized Age*. Oxford: John Wiley & Sons.
- Edelman Trust Barometer (2023). *Navigating a Polarized world*. https://www.edelman.com/trust/2023/trust-barometer
- Exeni Rodríguez, J. L. (2016). *Democracia (im)pactada. Coaliciones políticas en Bolivia 1985-2003*. La Paz: Plural editores.
- Guzmán, M. (2022). I never thought of it that way: How to have fearlessly curious conversations in dangerously divided times. Dallas, Estados Unidos: BenBella Books.
- Haidt, J. (2012). *The righteous mind: Why good people are divided by politics and religion*. Nueva York: Vintage.
- Klein, E. (2021). *Por qué estamos polarizados*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias* (volumen 1). Barcelona: Ariel.

- Llorente y Cuenca (LLYC) y +Democracia (2022). *The Hidden Drug. La droga oculta. Un estudio sobre el poder aditivo de la polarización del debate público*. s. l.: LLYC y +Democracia.

- McCoy, J. y Somer, M. (2019). Toward a theory of pernicious polarization and how it harms democracies: Comparative evidence and possible remedies. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science, 681*(1), 234-271.

- McLean, I. y McMillan, A. (2009). *The concise Oxford Dictionary of Politics*. Oxford: Oxford University Press.

- Smith, K. B.; Hibbing, M. V. y Hibbing, J. R. (2019). Friends, relatives, sanity, and health: The costs of politics. *PloS ONE, 14*(9), e0221870.

- Vogels, E. A. (2021). The State of Online Harassment. https://www.pewresearch.org/internet/2021/01/13/the-state-of-online-harassment/

1

Índice multidimensional de polarización política: una medición utilizando nueva evidencia en Bolivia[1]

Josue Cortez Saravia[2] | Diego Peñaranda Molina[3] | Daniela Valdivia Heredia[4]

Resumen

El presente texto propone un índice multidimensional de polarización política en Bolivia utilizando datos de una nueva encuesta sobre polarización en el país. Dicho índice busca capturar una imagen completa de la polarización política, tomando en cuenta distintos factores sociales y psicológicos. Asimismo, está basado en tres dimensiones que retratan distintas aristas de la polarización política: un componente de comportamiento, un componente afectivo y un componente cognitivo o de creencias. Los resultados estimados muestran que aproximadamente dos tercios de los bolivianos se encuentran polarizados y con riesgo de profundizar ese proceso de polarización si no se toman medidas efectivas de conciliación entre ciudadanos. Se presentan también desagregaciones del índice útiles para hacer una caracterización de las personas altamente polarizadas e incluso radicalizadas, para así enfocar los esfuerzos de conciliación en ese grupo de personas. Fruto del análisis se realizan propuestas de intervenciones para reducir los niveles de polarización política en Bolivia.

Introducción

La polarización política es un fenómeno complejo que, de manera laxa, puede definirse como la separación de dos o más grupos por

1 El contenido de este texto es de responsabilidad de los autores y no compromete la opinión de la Fundación ARU. Agradecemos a Natalia Pares, Ana Velasco y Daniel Agramont por su colaboración y sus valiosos comentarios. Asimismo, agradecemos a Mateo Villalpando por su apoyo en el proceso de elaboración del documento.

2 Investigador en Fundación ARU.
3 Investigador en Fundación ARU.
4 Investigadora en Fundación ARU.

diferencias político-ideológicas, en la que la interacción entre esos grupos es hostil, generando una dinámica de "nosotros contra ellos", reduciendo y hasta eliminando la posibilidad de diálogo, negociación y acuerdos entre partes (Prinz, 2021; LeBas, 2011). Por ello, la polarización política tiene implicancias negativas sobre los grupos antagonistas que están en conflicto, la estabilidad política, la confianza y el respeto hacia las instituciones del Estado, y la gobernabilidad, e incluso representa una amenaza al bienestar de la población. Esta última es expresada en la reducción de la confianza interpersonal, el aumento de las ansiedades políticas y el deterioro de la salud mental, y hasta en una posible escalada en la violencia que atente contra la integridad física de las personas (Milacic, 2021).

En este breve escrito se expone por qué la polarización política es un problema serio en la región y concretamente en Bolivia; se propone una nueva metodología para medir la polarización, que es más comprensiva que el resto de las mediciones; y se finaliza con recomendaciones de política para contribuir a los esfuerzos de despolarización.

Planteamiento del problema

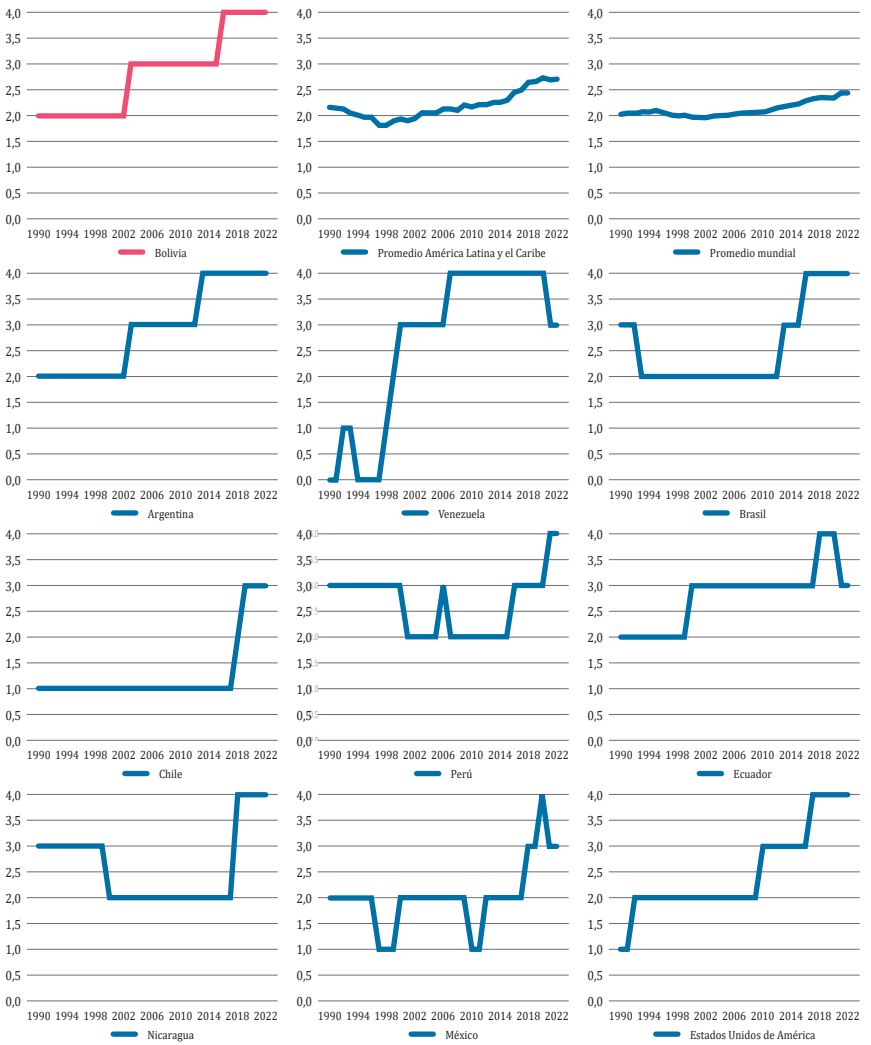
En los últimos años, y según múltiples fuentes[5], la polarización política en la región y en el mundo ha ido en aumento. Según los datos de Varieties of Democracy (V-Dem), América Latina y el Caribe constituyen la región en la que más ha aumentado la polarización en los últimos 20 años. A principios del siglo XXI la región se situaba muy por debajo de la media mundial y era la segunda menos polarizada del mundo; sin embargo, a partir de 2015 la polarización empezó a crecer más rápido que la media mundial, superándola en torno al año 2017. En la actualidad el continente está entre las regiones más polarizadas del mundo, solo superado por Europa del Este y Asia Central.

Al respecto, Carothers y O'Donohue (2019) argumentan que los altos niveles de división partidista están perjudicando varias democracias sudamericanas. Como se observa en el gráfico 1, la polarización en Argentina ha aumentado desde principios de este siglo. Por su parte, Venezuela fue durante décadas una de las democracias más estables de

5 Véanse los informes de Edelman Trust, Latinobarómetro y Varieties of Democracy que hablan sobre un retroceso en los valores democráticos y el deterioro de la calidad de la democracia en la región.

la región, pero una división intensa e irreconciliable entre las fuerzas gobernantes y la oposición ha desgarrado la sociedad venezolana. Brasil puede haber entrado en una fase de grave polarización después de la elección del presidente Jair Bolsonaro en 2018, en parte a causa de su campaña estridentemente polarizadora. Levitsky (2018) sostiene que Chile, Perú y Ecuador también han mostrado señales de creciente polarización los últimos años.

Gráfico 1
Evolución de la polarización política



Fuente: Elaboración propia con datos de V-Dem.
Nota: El indicador emplea una escala de cinco puntos, donde 0 representa que los partidarios de campos políticos opuestos interactúan generalmente de forma amistosa y 4 significa polarización extrema en los que los campos políticos opuestos interactúan generalmente de forma hostil.

Países de Centro y Norteamérica han seguido caminos similares. En Nicaragua la creciente polarización entre sandinismo (corriente de izquierda) y antisandinismo resultó en un grave conflicto sociopolítico en 2018 (Pirker, 2019). En México la polarización se ha visto incrementada desde la elección del presidente Andrés Manuel López Obrador (Olvera, 2021). Según Heltzel y Laurin (2020), Estados Unidos ha alcanzado niveles récord de polarización, que ha estado en aumento en las últimas tres décadas.

Bolivia ha pasado por un proceso parecido. La política boliviana ha experimentado un profundo cambio en las dos décadas más recientes, ya que el hundimiento de muchos partidos tradicionales ha reconfigurado la competición política en torno a una profunda división entre oficialismo y oposición. En 2003 ha finalizado el periodo comúnmente llamado "democracia pactada" con la salida prematura del gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada. Desde entonces, como se evidencia en el gráfico 1, la polarización política ha ido en aumento. Incluso durante los gobiernos de Evo Morales, el líder populista de izquierda, electo con uno de los porcentajes de voto más altos de la historia del país, la polarización no ha disminuido. Al contrario, durante gran parte de su gobierno, los simpatizantes de la oposición y los oficialistas han tenido una distancia política e ideológica cada vez más grande.

El índice de polarización propuesto por V-Dem toma el máximo valor posible (4) en 2016, mostrando que oficialistas y opositores interactuaban entre sí de forma hostil. Ese año el gobierno de Morales organizó un referéndum nacional para definir si podía postularse a la presidencia por cuarta vez consecutiva (figura no aceptada en la Constitución boliviana). El resultado del referéndum fue que la mayoría de la población desaprobaba una cuarta postulación. Pese a ello, el Tribunal Constitucional Plurinacional emitió un controversial fallo a favor de las intenciones del mandatario, y Morales se presentó en las elecciones de 2019. Tales elecciones fueron objeto de múltiples denuncias de fraude, lo que llevó a una debacle política y social que terminó con Morales renunciando a la presidencia a fines de ese año.

Un gobierno transitorio, de notable oposición a las ideas de Morales y con numerosas denuncias de haber cometido un golpe de Estado y violaciones a los derechos humanos, estuvo en el poder hasta las elecciones de 2020. En esas elecciones volvió a ganar el partido del MAS, pero esta vez a la cabeza del exministro de economía, Luis Arce Catacora.

La democracia boliviana se ha caracterizado por tener elevados niveles de conflictividad y polarización política en los últimos años. Esa dinámica debilita el respeto por las normas democráticas y la posición no-partidista del Poder Judicial, corroe los procesos legislativos básicos, alimenta la desconfianza pública hacia los partidos políticos, exacerba la intolerancia y la discriminación, disminuye la confianza social y aumenta la violencia en la sociedad (Carothers y O'Donohue, 2019; McCoy y Somer, 2019).

La polarización también recompensa las posiciones extremas y debilita a los moderados centristas (McCoy, 2019). Los extremistas de ambos lados de la división tachan a los moderados dispuestos a transigir de "traidores en connivencia con el enemigo" o de "vendidos". De ese modo, el centro desaparece y dominan las posiciones radicales, lo que da lugar a un bloqueo político o incluso a un conflicto violento. Además, la polarización afecta las percepciones individuales y es difícil de revertir una vez instaurada. Las emociones y los miedos inconscientes influyen en la forma en que interpretamos la información, especialmente si nos sentimos amenazados (Galef, 2017). Los votantes están motivados para suprimir su disonancia cognitiva, rechazando los hechos que desafían su visión del mundo o su autoconcepto, lo que genera que empeore la polarización emocional (además de la política).

En esto radica la importancia de estudiar el fenómeno de polarización que está atravesando Bolivia, como también de ofrecer recomendaciones de políticas basadas en evidencia, que contribuyan a los esfuerzos de despolarización y eviten escaladas de violencia.

Estrategia metodológica: el Índice Multidimensional de Polarización Política para Bolivia

En general, la elección de una medida de polarización política debe ser cuidadosa y estar basada en una comprensión completa del contexto político y social del país en cuestión. Por ello, en este documento se propone la construcción de un Índice Multidimensional de Polarización Política (IMPP) para Bolivia, el cual toma en cuenta distintos factores, que van desde el relacionamiento de una persona hasta aspectos de creencias para entender mejor las expresiones que tiene la polarización política en el país.

La metodología aplicada para la construcción de ese índice se basa en una adaptación del Índice de Pobreza Multidimensional (IPM) propuesto por Alkire y Foster (2011). Esa metodología considera múltiples dimensiones del bienestar y las combina para crear un indicador de pobreza más comprensivo. Dentro de cada dimensión existe un conjunto de indicadores seleccionados en función de su relevancia y su disponibilidad. Cada indicador se evalúa según un umbral específico y se combina con los demás para crear una medida compuesta que indica el porcentaje de personas que viven en situación de pobreza multidimensional en una determinada región o país.

Dicha metodología ha sido aplicada para la estimación del IMPP para Bolivia, índice construido a partir de datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización, realizada en 2022.

Primeramente, se define el conjunto de dimensiones e indicadores a ser considerados en la definición de polarización. En nuestro caso, se toman las dimensiones de polarización de comportamiento, polarización afectiva y polarización cognitiva. Cada una está basada en tres indicadores con el mismo peso relativo dentro del índice (igual a 1/9).

La Dimensión 1, sobre polarización de comportamiento, se refiere a la tendencia de las personas a interactuar principalmente con personas que comparten su propia afiliación política, social o cultural, y a evitar o a excluir a personas que tienen opiniones diferentes; es decir, se trata de la manera en que las personas se relacionan socialmente con los demás en función de su identidad política o social. Este tipo de polarización puede tener implicaciones importantes en el funcionamiento de las democracias, ya que puede dificultar el consenso y la cooperación entre los distintos actores políticos y sociales. Esta dimensión se mide mediante tres indicadores: si alguien evita consumir información de medios de comunicación que no son afines a su posición política; si ha participado de protestas callejeras, cabildos o reuniones políticas después de la crisis del 2019-2020; y si ha cortado lazos con familiares, amigos o colegas por su postura política.

La Dimensión 2, que captura la polarización afectiva, es una medida de la intensidad de las emociones negativas que un grupo siente hacia otros, debido a diferencias ideológicas, políticas, religiosas o culturales. En otras palabras, la polarización afectiva capta la

hostilidad, la desconfianza o incluso la animosidad que los miembros de un grupo pueden sentir hacia los miembros de otros grupos, simplemente debido a su afiliación política o a su pertenencia a un grupo social específico. Una alta polarización afectiva puede aumentar la probabilidad de conflictos violentos entre los distintos grupos sociales y políticos. Las tres características tomadas para armar esta dimensión son: si una persona se siente traicionada cuando ve que un político que le agrada tiene una relación con algún político que le desagrada, si muestra molestia por tener que incluir y respetar a gente de grupos opuestos, y si no confía en quienes votaron por un candidato diferente al suyo.

Finalmente, la Dimensión 3, sobre polarización cognitiva, intenta medir la tendencia de los individuos o de los grupos a percibir la realidad de manera polarizada; es decir, a interpretar la información en función de sus propias creencias, valores y prejuicios, y a descartar o a ignorar la información que contradice esas creencias. En otras palabras, la polarización cognitiva refleja la forma en que las personas se aferran a sus propias ideas y se resisten a considerar opiniones o evidencias que difieren de las suyas. Los tres indicadores de esta dimensión tienen en cuenta las creencias de las personas sobre: si existió "fraude electoral" o "golpe de Estado" en 2019, si creen que es muy difícil hablar de forma racional y respetuosa con alguien del Movimiento al Socialismo (MAS) o con un/una "pitita", y si piensan que las personas de clase alta son racistas o que las personas de ascendencia indígena están resentidas con los no indígenas.

La elección de las tres dimensiones de la polarización está motivada por tres razones principales. En primer lugar, esas dimensiones están estrechamente relacionadas entre sí; la polarización de comportamiento suele estar impulsada por la polarización afectiva, y la polarización cognitiva puede conducir tanto a la polarización de comportamiento como a la polarización afectiva. En segundo lugar, las tres dimensiones pueden ser medidas con relativa precisión mediante preguntas en la encuesta utilizada. En tercer lugar, esas dimensiones son relevantes para el funcionamiento de la democracia: la polarización de comportamiento puede aumentar la desconfianza en las instituciones y dificultar que los políticos opositores encuentren puntos en común entre sí, la polarización afectiva puede conducir a la violencia política o al malestar social y la polarización cognitiva puede dificultar que las personas mantengan conversaciones productivas sobre cuestiones

importantes. Midiendo las tres dimensiones podemos comprender mejor los retos que la polarización plantea a la democracia.

El valor del IMPP varía entre 0 y 1; valores más elevados implican una polarización multidimensional mayor. Para identificar a una persona como polarizada se debe verificar si esa persona muestra total polarización en al menos una dimensión incluida en el índice[6]. Dado que hay tres dimensiones (cada una con tres indicadores), en el IMPP se considera que las personas están "polarizadas" si muestran polarización en la tercera parte o más de los nueve indicadores utilizados (cuando el índice para una persona es mayor a 0,33), que están "altamente polarizadas" si muestran polarización en dos tercios o más de los indicadores (índice >0,66) y que están "radicalizadas" si muestran polarización en todos los indicadores (índice = 1).

Resultados

Los resultados obtenidos expresan que, en promedio, la polarización política en Bolivia es de 0,39 en una escala de 0 a 1, siendo 1 la máxima polarización posible. Si bien esta cifra resume el grado de polarización política de todos los ciudadanos del país, sería muy útil tener una serie de datos en el tiempo para mostrar la evolución de ese promedio de polarización y así poder realizar comparaciones y valoraciones sobre el incremento o el decremento de la polarización en Bolivia.

El gráfico 2 resume la información del índice global y su desagregación por subíndice a nivel nacional. Las creencias sobre los sucesos acaecidos en Bolivia en 2019 (la narrativa de golpe versus fraude), la dificultad para dialogar con "masistas" o con "pititas" y la creencia acerca de racismo y/o de resentimiento de un grupo hacia otro causan que el componente cognitivo sea el más elevando con relación al resto de los subíndices. De ahí que el valor del subíndice cognitivo alcanza un valor de 0,49 en promedio para el país, 0,10 puntos por encima del índice de polarización global.

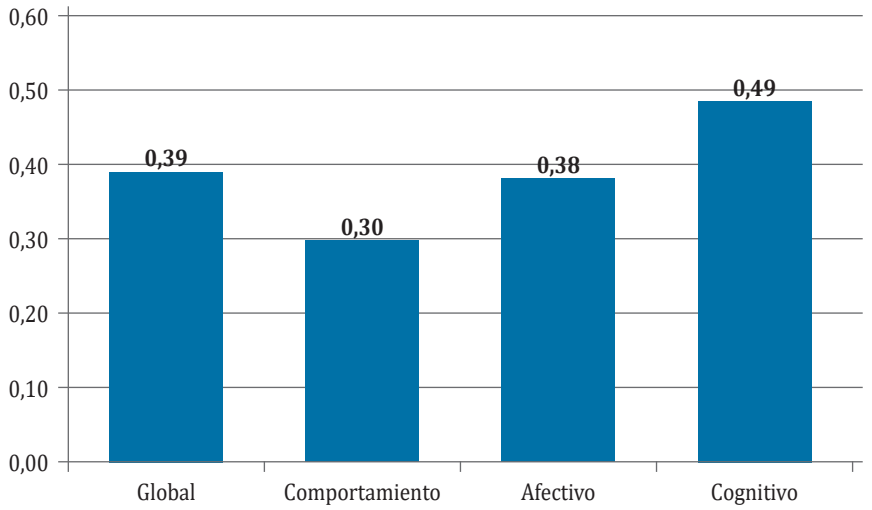
El subíndice afectivo es el segundo más alto, que totaliza 0,38 en promedio. Ese índice muestra que gran parte de los bolivianos se

6 Esto responde al "enfoque de unión" que es comúnmente utilizado en la literatura de índices multidimensionales. Otros enfoques llevarían a distintos criterios para definir si alguien es polarizado y, por tanto, llevarían a resultados diferentes.

sienten traicionados cuando el político de su preferencia sí conversa o se relaciona con otro político que no es de su agrado, no confían en otros que han votado por un candidato distinto al de su preferencia o les molesta que los responsables por los sucesos de 2019-2020 sean incluidos y respetados a título de democracia.

La polarización de comportamiento tiene el valor más bajo entre los subíndices estimados. Con un valor total de 0,30, ese componente pone en evidencia que algunos bolivianos y bolivianas evitan medios de comunicación que no sean afines a su postura política, han cortado lazos por su postura política y han participado en manifestaciones, cabildos y/o reuniones políticas con convocatorias por grupos políticos de su agrado.

Gráfico 2
Resultados a nivel nacional del IMPP y sus subíndices



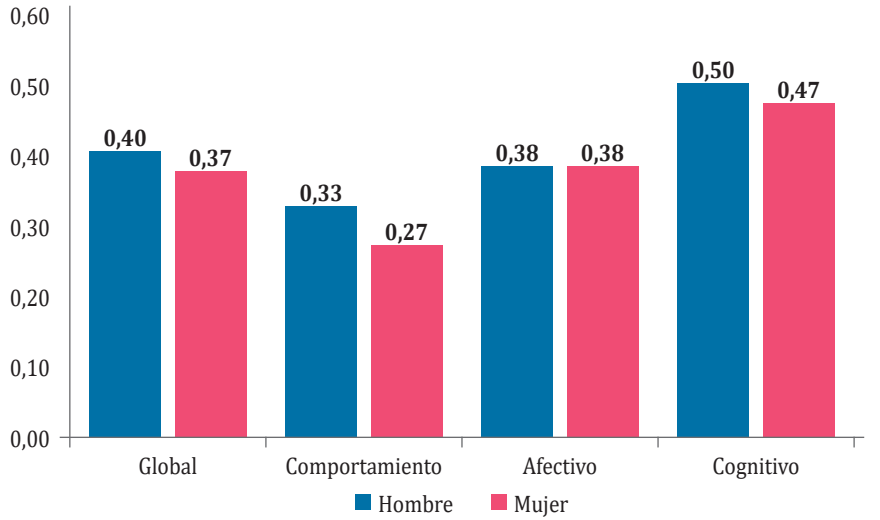
Fuente: Elaboración propia.

La desagregación del índice global y de los subíndices por sexo[7] (gráfico 3) muestran, en promedio, que los hombres están más políticamente polarizados que las mujeres en 0,03 puntos. Al desagregar la información por subíndice, en materia de comportamiento se obtiene que los hombres superan a las mujeres en 0,06, revelando que los hombres,

7 Estos datos desagregados, como el resto de desagregaciones incluidas en este texto, pueden ser útiles para definir y caracterizar a un subconjunto de la población que está más polarizada, y para entender la dinámica de su polarización.

en promedio, son más propensos a tomar acciones conforme a su postura política. En materia afectiva, tanto hombres como mujeres se encuentran igualados. En el componente cognitivo, sin embargo, una vez más son los hombres quienes presentan una mayor polarización en sus creencias.

Gráfico 3
Resultados del IMPP y sus subíndices, según sexo



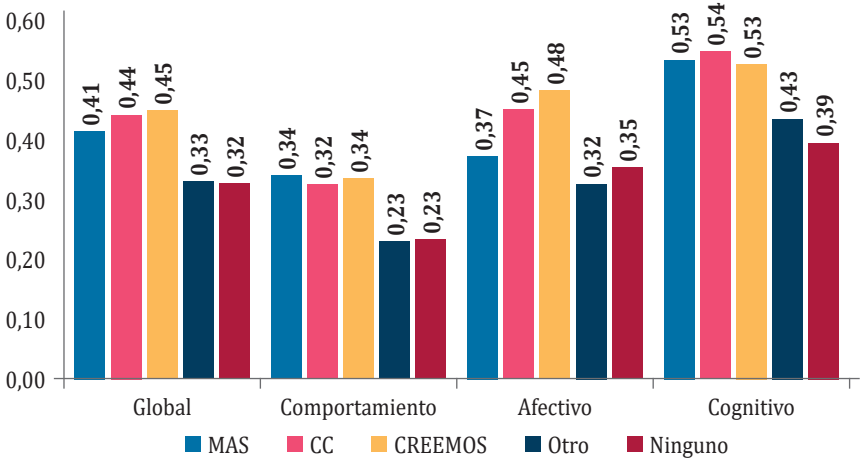
Fuente: Elaboración propia.

Otra desagregación que resulta interesante es según el posicionamiento político que reporta tener la persona; es decir, su afinidad con un partido político (o con ninguno de ellos) y su autoidentificación respecto a ser opositor, oficialista o ninguno. En el gráfico 4 se puede observar que las personas que han votado por los tres partidos más populares de 2020 (MAS, Comunidad Ciudadana - CC y CREEMOS) son consistentemente las personas con mayor nivel de polarización.

Según datos del gráfico 4, los votantes de CREEMOS son los más polarizados, con una diferencia mínima con aquellos que votaron por CC. Los votantes por el partido ganador (MAS) se ubican en un tercer lugar de polarización, de acuerdo con el índice global de polarización. Con 0,08 puntos menos está la población que ha votado por otros partidos o que no reporta haber votado en las elecciones de 2020 (constituyéndose en la población menos polarizada).

En materia de comportamiento, los votantes por el actual partido oficialista (MAS) y los votantes por CREEMOS presentan la más alta polarización, seguidos muy de cerca por quienes votaron por CC. En materia afectiva, las diferencias son mucho más dramáticas: los votantes por CREEMOS tienen el mayor nivel de polarización, siendo el valor de su índice 0,11 puntos superior al del partido oficialista. En materia cognitiva, los tres partidos con mayor porcentaje de voto superan el 0,50 en la escala, con una mínima diferencia de 0,02 entre CC y CREEMOS.

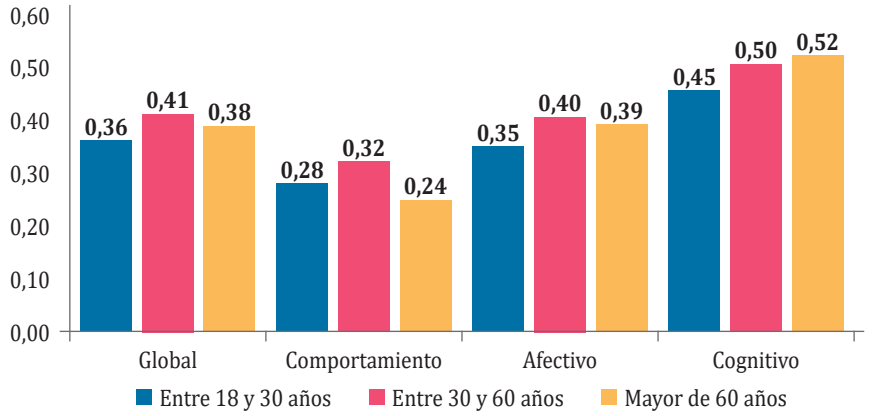
Gráfico 4
Resultados del IMPP, según voto en las elecciones generales de 2020



Fuente: Elaboración propia.

Una siguiente derivación del índice muestra los datos desagregados en tres grupos de edad: jóvenes entre 18 y 30 años, personas entre 30 y 60 años, y mayores de 60 años. El grupo de edad más joven es el menos polarizado, mientras que quienes tienen entre 30 y 60 años presentan los valores promedio más altos en los índices global, de comportamiento y afectivo. Se puede explicar ese fenómeno en al menos dos formas: que después de los conflictos políticos y sociales de 2019 muchos jóvenes se han distanciado de la vida política, y que los jóvenes gestionan de mejor manera la coyuntura política del país en materia de comportamiento, afectiva y cognitiva. Nótese que las dos hipótesis no son mutuamente excluyentes.

Gráfico 5
Resultados del IMPP y sus subíndices, según grupo de edad



Fuente: Elaboración propia.

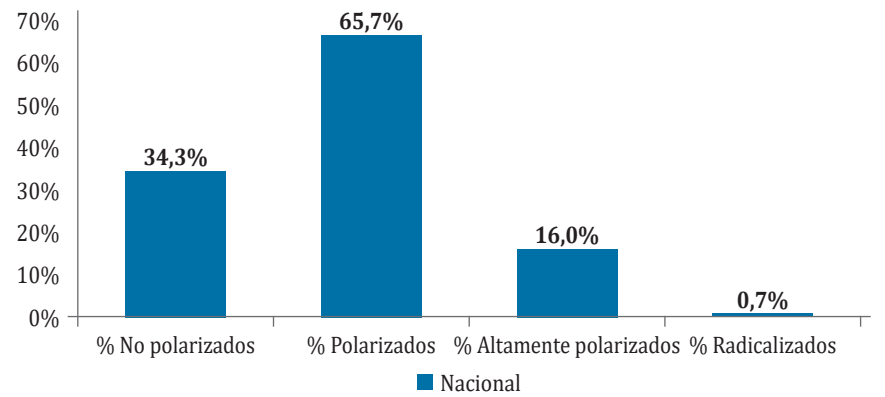
Por otro lado, no se encuentran diferencias significativas en los resultados del índice global entre las personas que viven en los departamentos del eje central de Bolivia (La Paz, Cochabamba y Santa Cruz) y las que no. Las diferencias sí son significativas cuando el índice es desagregado: las personas que viven en el eje están más polarizadas afectivamente y en comportamiento, y menos polarizadas en materia cognitiva que las personas que viven fuera del eje. Tampoco se detectan marcadas diferencias en el valor del índice entre grupos que se autoidentifican como indígenas y los que no, ni sobresale la polarización de la población migrante (definida en la encuesta como las personas que se hayan mudado en los últimos 15 años a la ciudad donde fueron encuestadas). Los valores de esos criterios en el IMPP y sus respectivas desagregaciones están disponibles en el anexo 2.

Otra parte importante del análisis es la división de la población boliviana en cuatro grupos según su grado de polarización política: no polarizados, polarizados, altamente polarizados y radicalizados. Si consideramos que una persona no es polarizada cuando el valor del índice global es menor a una tercera parte[8], tenemos que el 34,3% de la población es no polarizada; consecuentemente, el 65,7% de la población sería polarizada (el valor del índice de polarización es igual o superior a 1/3).

8 Si bien este punto de corte puede ser arbitrario, el índice de referencia de Alkire y Foster (2011) lo utiliza para separar a la población en dos grupos. Además, en los resultados utilizando métodos estadísticos, como por ejemplo el de máxima varianza para definir el punto de corte, el punto obtenido es similar.

Ese último grupo, que acapara a casi 7 de cada 10 personas, puede ser dividido en dos subgrupos: altamente polarizados y radicalizados. Se define el primer subgrupo como las personas que tienen un valor del índice superior a los dos tercios y el segundo como las personas que tienen un valor de 1; es decir, aquellas que cumplen con todas las afirmaciones que del índice global de polarización. El gráfico 6 muestra los resultados para esa clasificación de la población. Según los hallazgos, el 0,7% de la población boliviana mayor a 18 años se encontraría en una situación de radicalización política. Si bien esa cifra es relativamente pequeña, es alarmante. Al considerar los subíndices, el porcentaje de personas radicalizadas aumenta en cada dimensión considerada. Cabe recalcar que el coeficiente de variación[9] para la mayoría de estos subíndices supera el 20%, lo que hace que este índice sea solamente referencial para la mayoría de sus desagregaciones.

Gráfico 6
Porcentaje de población según el grado de polarización
(en porcentaje de la población total)



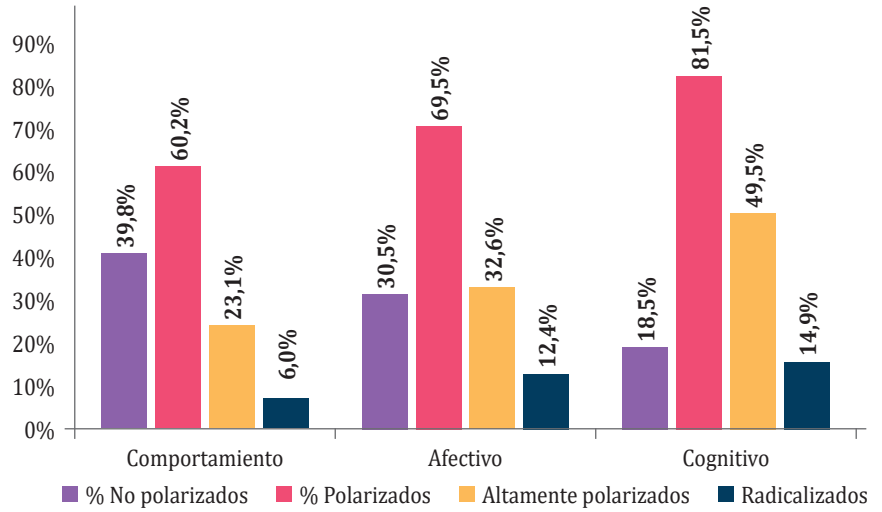
Fuente: Elaboración propia.

Los resultados también muestran que las creencias (subíndice cognitivo) son las que presentan las cifras más altas de polarización (gráfico 7), totalizando el 14,9% de la población. En materia afectiva, el 12,4% de la población estaría radicalizada. Finalmente, en materia de comportamiento, que podría ser el criterio más nocivo, el 6% de la población está completamente polarizada. Cabe señalar que es

9 En los anexos se presentan las tablas con todos los resultados mostrados y los coeficientes de variación; estos permiten analizar la representatividad de cada muestra utilizada para los índices.

menos riesgoso y alarmante estar completamente polarizado en una categoría del índice que en el índice global.

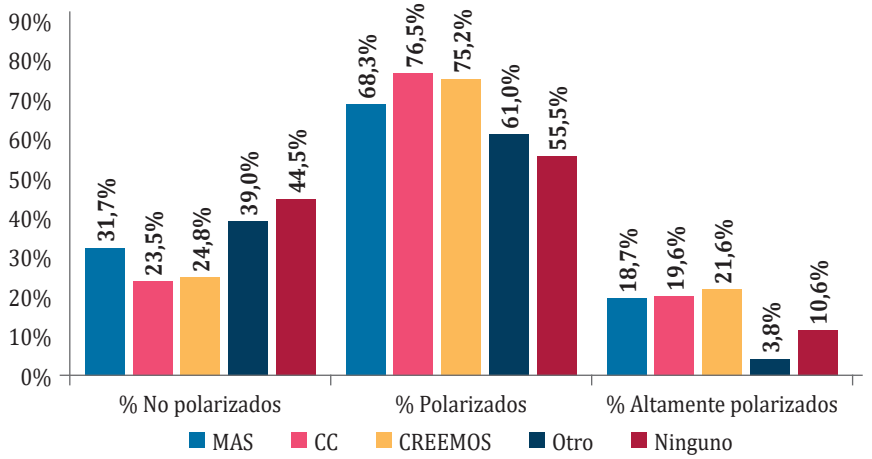
Gráfico 7
Porcentaje de población según el grado de polarización de comportamiento, afectiva y cognitiva (en porcentaje de la población total)



Fuente: Elaboración propia.

En el gráfico 8, la desagregación por voto en las elecciones generales de 2020 corrobora lo establecido previamente: las personas que no han votado por alguno de los partidos políticos son las menos polarizadas. En materia de polarización, el voto por el partido opositor CC es el más polarizado, seguido del voto por CREEMOS y luego del voto por el partido oficialista MAS, con casi 8 puntos porcentuales de diferencia respecto a CC. Esa misma tendencia se cumple para las personas altamente polarizadas, con la salvedad de que el 13,8% de las personas que no votaron por un partido están altamente polarizadas. En materia de radicalización, CREEMOS agrupa el mayor número de bolivianos radicalizados (1,2%), seguido por CC y el MAS (con 0,5% cada uno). No se tiene ninguna persona en la encuesta que haya votado por otro partido en 2020 y que sea radicalizada.

Gráfico 8
Porcentaje de población según el grado de polarización y el voto en las elecciones generales de 2020 (en porcentaje de la población total)



Fuente: Elaboración propia.

Una preocupación de muchas personas durante el paro de 36 días realizado en el departamento de Santa Cruz en 2022 (después de la conflictividad de 2019) era que se hubieran avivado las pasiones regionalistas. Esto se podría traducir en el aumento de personas que cambiaron la identificación nacional por identificaciones de corte regional o incluso racial como preferidas. Sin embargo, según la encuesta de polarización, ese no es el caso: el 83,2% de la población se identifica como boliviana antes que con su gentilicio regional, su etnicidad o su raza.

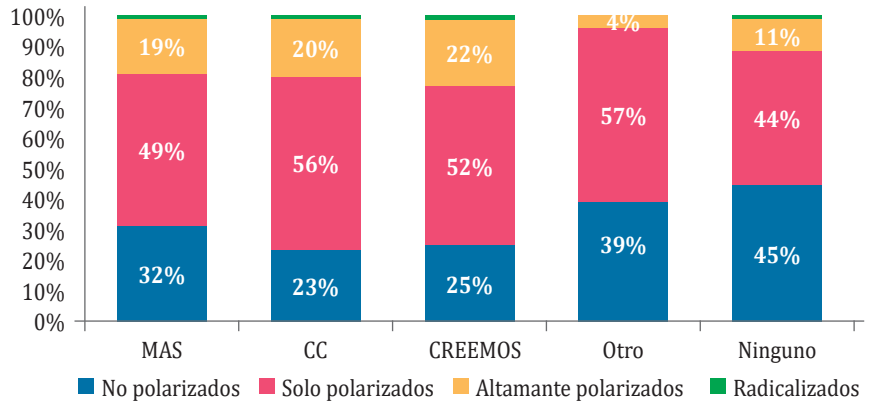
Las estimaciones en materia de polarización de las personas que no se identifican primeramente como bolivianas muestran el índice de polarización más alto: 72,3% (para las que se identifican primero como bolivianas el registro es de 64,6%). Del grupo de personas que están polarizadas, el 21,1% está altamente polarizado, frente al 15% de personas que sí se identifican primero como bolivianas (anexos 4 y 5)[10].

10 No podemos comentar en materia de radicalización, puesto que el coeficiente de variación es demasiado alto para este grupo.

Las personas que reportan identificarse con alguna identidad regional[11] (por ejemplo como cambas, collas, cochalas, etcétera), contrariamente a lo que mucha gente considera, están prácticamente igual de polarizadas que la población que no se identifica con algún gentilicio regional. La única excepción se da cuando se considera la categoría de los altamente polarizados. En ese caso, las personas que sí se identifican con algún gentilicio regional tienen un 10,3% de su población altamente polarizada, mientras que el grupo de personas sin una identificación regional tiene un 19,3% de su población altamente polarizada (anexo 5). Con esos datos se puede desmentir que la población que se identifica con su región está más polarizada.

Por último, el gráfico 9 muestra la composición de la población por condición de polarización según el voto en las elecciones de 2020. De acuerdo con los resultados, CREEMOS tiene el mayor porcentaje de población altamente polarizada (28% de su electorado), seguido del MAS (con 20%) y luego de CC (con 18%). El grupo de población que votó por otro partido o por ninguno contiene a las personas menos polarizadas. En materia de población solo polarizada (excluyendo a los altamente polarizados y a los radicalizados), la mayor parte del electorado de CC está en esta categoría (55%), seguido del MAS (52%) y luego de CREEMOS (46%).

Gráfico 9
Población según condición de polarización y voto en las elecciones generales de 2020



Fuente: Elaboración propia.

11 Nótese que no existe un ordenamiento de preferencias en la autoidentificación, como en el anterior párrafo. Se trata simplemente de una pregunta que averigua si la persona se identifica o no con algún gentilicio regional.

Conclusiones

Este texto se constituye en un primer intento de construir un índice multidimensional de polarización política para Bolivia. Se basa en tres dimensiones que retratan tres aristas de la polarización política: el componente de comportamiento, el componente afectivo y el componente cognitivo o de creencias. Los resultados estimados evidencian que en Bolivia casi un tercio de la población mayor de 18 años está polarizada, de la cual el 16% está altamente polarizada y con riesgo de continuar en ese proceso si no se toman medidas de conciliación entre bolivianos. La serie de desagregaciones del índice y de los subíndices, como también por grupos de personas, permite entender cuál es la dinámica de la polarización política en el país.

A partir de los resultados se ha pretendido armar un perfil de aquellas personas que están más polarizadas, según las desagregaciones aplicadas. En promedio, los grupos con mayores niveles de polarización son de hombres de 30 a 60 años que votaron por uno de los tres partidos políticos más populares de las últimas elecciones generales (2020) y que viven en un municipio donde el MAS ha ganado con amplia diferencia en dichas elecciones. Este dato representa una guía para priorizar los esfuerzos de conciliación que se vayan a realizar.

Considerando también la evidencia internacional, se puede concluir que la polarización en Bolivia ha aumentado significativamente en las últimas dos décadas y, por tanto, no es un componente necesariamente coyuntural. Sin embargo, los conflictos sociales y políticos de los últimos años parecen haber tenido un importante efecto sobre la polarización política en distintos segmentos de la población boliviana. Por otra parte, los hallazgos han permitido rebatir la idea difundida crecientemente entre la sociedad boliviana referida a que el regionalismo exacerba la polarización política.

La importancia de lidiar con la excesiva polarización política reside en el posible riesgo que esta conlleva en materia de debilitar el sano ejercicio de la democracia, dañar los procesos legislativos, socavar la imparcialidad del Poder Judicial, exacerbar la intolerancia y la discriminación, disminuir la confianza social y aumentar la conflictividad y la violencia en la sociedad.

Para contrastar los resultados presentados y analizar la dinámica de la polarización en Bolivia, se debe continuar con el esfuerzo de

medir la polarización en el país. En consecuencia, dado el clima de alta polarización política que se vive, los proyectos y las políticas de despolarización son centrales para que en el futuro los bolivianos no corramos el riesgo de dividirnos como nación.

Recomendaciones

Ante la polarización creciente, que incluso está alcanzando máximos históricos en Bolivia, desde que se tienen datos para medirla, es necesario entender y atender este fenómeno. Una de las principales ventajas que ofrece el IMPP es la caracterización de perfiles socio-demográficos relacionados con mayores o menores niveles de polarización política, por lo que resulta útil para definir políticas públicas e intervenciones focalizadas.

En general, los esfuerzos podrían estar enfocados en hombres de mediana edad, puesto que son el grupo de población más susceptible de polarizarse y de tomar acciones en consecuencia. Las mujeres jóvenes, que tienden a estar menos polarizadas, podrían liderar los esfuerzos de despolarización.

Los indicadores con los cuales ha sido construido el IMPP justifican la necesidad de contar con espacios seguros en los que las personas puedan expresar su opinión política, sin que esta dañe una amistad o una relación. Por ello, la promoción del diálogo y del entendimiento entre diferentes partes es fundamental para empezar a despolarizar a la población boliviana. Esto se puede lograr mediante iniciativas como mesas de diálogo, foros públicos y campañas de sensibilización.

En ese marco, el fomento al pluralismo y a la diversidad de opiniones es lo que construye y fortalece la democracia. A su vez, el involucramiento y la participación de todos los sectores de la sociedad generan un entorno en el que las personas se sienten representadas y en capacidad de aportar a la construcción del país.

Transversal a esas dos recomendaciones está la educación. Asegurar el respeto en los intercambios por medio de la no-discriminación por prejuicios étnicos, raciales, religiosos, de orientación sexual y de autoidentificación de género es crucial para construir confianza entre conciudadanos y generar un entorno inclusivo y menos polarizado.

Otra arista importante para considerar en todo el proceso de polarización es el rol de los medios de comunicación y de las redes sociales. Esos canales de difusión masiva pueden alimentar los prejuicios de las personas y ser altamente eficientes en la difusión de mensajes polarizantes. Por tanto, es crucial realizar un monitoreo de medios de comunicación y promocionar una comunicación objetiva y equitativa.

En estrecha vinculación con lo anterior están la protección y la moderación del discurso público. El discurso público boliviano no solo refleja los elevados niveles de polarización presentes en la ciudadanía, sino que la fomenta. En tal sentido, los líderes políticos y de opinión pueden aportar cuidando el lenguaje que utilizan al referirse a sus adversarios políticos. Se pueden realizar campañas de sensibilización para mejorar este aspecto.

Fuentes citadas

- Alkire, S. y Foster, J. (2011). Counting and multidimensional poverty measurement. *Journal of public economics, 95*(7-8), 476-487.

- Carothers, T. y O'Donohue, A. (2019). *Democracies divided: The global challenge of political polarization*. Washington D. C.: Brookings Institution Press.

- Galef, J. (2017). Why you think you're right, even when you're wrong. ideas.ted.com

- Heltzel, G. y Laurin, K. (2020). Polarization in America: Two possible futures. *Current opinion in behavioral sciences*, (34), 179-184.

- LeBas, A. (2011). *From protest to parties: Party-building and democratization in Africa*. Nueva York: Oxford University Press.

- Levitsky, S. (2018). Latin America's shifting politics: Democratic survival and weakness. *Journal of Democracy, 29*(4), 102-113.

- McCoy, J. (2019). Polarization harms democracy and society. *Peace in progress*, (36).

- McCoy, J. y Somer, M. (2019). Toward a theory of pernicious polarization and how it harms democracies: Comparative evidence and possible remedies. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science, 681*(1), 234-271.

- Milacic, F. (2021). *The negative impact of polarization on democracy*. Viena: Friedrich-Ebert-Stiftung.

- Olvera, A. J. (2021). Polarización como base del populismo: el caso de México. *Ecuador Debate*, (112), 113-138.

- Pirker, K. (2019). Espacios en disputa: universidades, conflicto y polarización política en Nicaragua. *Universidades*, (80), 69-86.

- Prinz, J. (2021). Emotion and political polarization. En *The politics of emotional shockwaves* (pp. 1-25). Palgrave-Macmillan.

Fuentes no citadas

- Abramowitz, A. I. y Saunders, K. L. (2008). Is polarization a myth? *The Journal of Politics, 70*(2), 542-555.

- Bonica, A.; McCarty, N.; Poole, K. T. y Rosenthal, H. (2015). Congressional polarization and its connection to income inequality: An update. En *American Gridlock. The Sources, Character, and Impact of Political Polarization* (pp. 357-377). Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

- Diamond, L. J. (1990). Three paradoxes of democracy. *Journal of Democracy, 1*(3), 48-60.

- Dutta, I.; Nogales, R. y Yalonetzky, G. (2021). Endogenous weights and multidimensional poverty: A cautionary tale. *Journal of Development Economics*, (151), 102649.

- Fiorina, M. P. y Abrams, S. J. (2008). Political Polarization in the American Public. *Annual Review of Political Science*, (11), 563-588.

- Fiorina, M. P.; Abrams, S. J. y Pope, J. C. (2005). *Culture war? The myth of a polarized America*. Nueva York: Pearson Longman.

- Jain, V. (2014). 3D Model of Attitude. *International Journal of Advanced Research in Management and Social Sciences, 3*(3), 1-12.

- Lindh, J.; Fábrega, J. y González, J. (2019). La fragilidad de los consensos. polarización ideológica en el Chile post Pinochet. *Revista de Ciencia Política, 39*(1), 99-127.

- Lipset, S. M.; (1960). *Political man. The Social Bases of Politics*. Nueva York: Doubleday & Company Inc.

- López Maya, M. (2021). La Venezuela de Nicolás Maduro: polarización sin populismo. *Ecuador Debate*, (112), 139-156.

- Mason, L. (2015). "I disrespectfully agree": The differential effects of partisan sorting on social and issue polarization. *American Journal of Political Science, 59*(1), 128-145.

- McCarty, N.; Poole, K. T. y Rosenthal, H. (2003). Political Polarization and Income Inequality. https://dx.doi.org/10.2139/ssrn.1154098

- Moncagatta, P. y Poveda, A. E. (2021). La creciente polarización ideológica en Ecuador bajo el Gobierno de Rafael Correa. *Estado & comunes, 1*(12), 55-71,

- Nolan, P. y Lenski, G. E. (1999). *Human societies: An introduction to macrosociology*. Boston: McGraw-Hill College.

- Ortellado, P.; Ribeiro, M. M. y Zeine, L. (2022). ¿Hay polarización política en Brasil? Análisis de las evidencias en dos series de encuestas de opinión. *Opinião Pública, 28*(1), 62-91.

- Schuliaquer, I. y Vommaro, G. (2020). Introducción: La polarización política, los medios y las redes. Coordenadas de una agenda en construcción. *Revista SAAP, 14*(2), 235-247.

- Singer, M. (2016). Elite polarization and the electoral impact of left-right placements: Evidence from Latin America, 1995-2009. *Latin American Research Review, 51*(2), 174-194.

- Tausanovitch, C. y Warshaw, C. (2017). Estimating Candidates' Political Orientation in a Polarized Congress. *Political Analysis, 25*(2), 167-187.

- United Nations Development Programme (2023). "With me, or against me": The intensification of political polarization in Latin America and the Caribbean. https://www.undp.org/latin-america/blog/me-or-against-me-intensification-political-polarization-latin-america-and-caribbean

Anexo 1
Indicadores tomados para cada dimensión del IMPP

Dimensión 1. Polarización de comportamiento. Se mide mediante tres indicadores, tomando en cuenta una afirmación de la Primera Encuesta Nacional de Polarización mencionada para cada uno:

- *D1. Indicador 1. Consumo de medios de comunicación:* "Evito consumir información de medios de comunicación que no son afines a mi posición política".
- *D1. Indicador 2. Participación en manifestaciones:* "He participado de protestas callejeras, cabildos o reuniones políticas convocadas por personas o grupos políticos que me agradan, después de la crisis del 2019-2020".
- *D1. Indicador 3. Relacionamiento con otros:* "He cortado lazos con familiares, amigos o colegas por su postura política referente a la crisis del 2019-2020".

Los tres indicadores tomarán el valor de 1 cuando la respuesta a la afirmación sea "Verdadero" y 0 cuando sea "Falso" o "No aplica".

Dimensión 2. Polarización afectiva. Las tres afirmaciones tomadas para armar los tres indicadores de esta dimensión son:

- *D2. Indicador 4. Desagrado ante relacionamiento entre políticos opuestos:* "Me siento traicionado/a cuando veo que un político que me agrada está conversando o tiene una relación con algún político que me desagrada".
- *D2. Indicador 5. Molestia por la inclusión y respeto de grupos opuestos:* "Me enoja pensar que las personas que son responsables por la situación del país tengan que ser incluidas y respetadas a título de la democracia".
- *D2. Indicador 6. Confianza en votantes distintos:* "No confío en quienes votaron por un candidato diferente al mío".

Al igual que en la anterior dimensión, en los tres casos el indicador tendrá un valor de 1 si la respuesta a la afirmación fue "Verdadero" y de 0 si fue "Falso" o "No aplica".

Dimensión 3. Polarización Cognitiva. Los tres indicadores de esta dimensión se arman utilizando seis preguntas de la encuesta.

- *D3. Indicador 7. Fraude electoral versus golpe de Estado.* Dos afirmaciones: "El MAS ha hecho fraude en las elecciones del 2019";

"Jeanine Añez y su entorno han hecho golpe de Estado el 2019". El indicador toma un valor de 1 si respondió "Verdadero" a cualquiera de las dos afirmaciones (pero no ambas simultáneamente) y de 0 en los demás casos.

- *D3. Indicador 8. Relacionamiento con masistas/pititas.* Dos afirmaciones: "Es muy difícil hablar de forma racional y respetuosa con alguien del MAS"; "Es muy difícil hablar de forma racional y respetuosa con un/a "pitita". El indicador toma un valor de 1 si respondió "Verdadero" a cualquiera de las dos afirmaciones, excepto cuando la persona que respondió afirmativamente a la primera oración se considera a sí misma oficialista o si la persona que respondió afirmativamente a la segunda oración se considera opositora. Si respondió que sí a ambas simultáneamente o respondió que no a ambas se toma el valor de 0.
- *D3. Indicador 9. Racismo versus Resentimiento.* Dos afirmaciones: "Las personas de clase alta/clase media alta son racistas"; "Las personas de ascendencia indígena están resentidas con los no indígenas". El indicador toma un valor de 1 si respondió "Verdadero" a cualquiera de las dos afirmaciones (pero no ambas al mismo tiempo) y de 0 en los demás casos.

Anexo 2
Índice global de polarización y subíndices

Desagregaciones		Global		Comportamiento		Afectivo		Cognitivo	
		Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %
Nacional	Nacional	0,39	2,44	0,30	4,28	0,38	4,30	0,49	2,18
Sexo	Hombre	0,40	3,05	0,33	4,85	0,38	5,40	0,50	2,75
	Mujer	0,37	2,65	0,27	4,97	0,38	4,47	0,47	2,56
Grupo de edad (en años)	Entre 18 y 30	0,36	3,31	0,28	5,75	0,35	5,56	0,45	2,96
	Entre 30 y 60	0,41	2,57	0,32	4,61	0,40	4,50	0,50	2,57
	Mayor de 60	0,38	4,86	0,24	9,85	0,39	7,65	0,52	5,84
Por qué partido votó en 2020	MAS	0,41	3,00	0,34	5,43	0,37	5,62	0,53	2,91
	CC	0,44	3,39	0,32	6,18	0,45	5,35	0,54	4,48
	CREEMOS	0,45	4,57	0,34	6,69	0,48	8,92	0,52	3,83
	Otro	0,33	6,36	0,23	14,53	0,32	12,11	0,43	11,64
	Ninguno	0,32	4,15	0,23	9,06	0,35	5,50	0,39	4,59
	NS/NR	0,32	7,00	0,23	11,16	0,30	10,39	0,42	7,61
Estrato electoral	MAS Alto	0,43	5,30	0,34	10,23	0,36	9,77	0,58	4,78
	MAS Medio	0,39	5,36	0,29	10,94	0,37	9,51	0,50	4,78
	Mixto	0,37	5,28	0,33	7,68	0,36	9,20	0,42	5,80
	CC	0,36	6,20	0,24	10,98	0,35	9,32	0,49	5,34
	Creemos	0,40	5,14	0,29	8,07	0,44	9,26	0,45	3,78
Oficialista/ Opositor	Oficialista	0,41	3,44	0,34	6,10	0,36	5,80	0,54	3,10
	Opositor	0,41	3,22	0,31	4,70	0,42	5,83	0,52	2,97
	Ninguno	0,32	4,01	0,23	7,61	0,36	5,60	0,38	4,65
Vive en el eje	Sí	0,40	5,26	0,32	8,56	0,43	7,41	0,44	4,43
	No	0,39	2,70	0,29	4,85	0,36	5,03	0,50	2,50
Indígena	Sí	0,39	2,61	0,29	4,42	0,39	4,64	0,47	2,40
	No	0,40	4 09	0,32	7,49	0,34	6,49	0,53	4,06
Migrante	Sí	0,39	2,49	0,29	4,31	0,38	4,40	0,49	2,21
	No	0,38	5,19	0,33	9,14	0,39	7,79	0,43	6,26
Religión	Cristiano	0,39	2,56	0,30	4,30	0,39	4,57	0,49	2,35
	Católico	0,37	3,62	0,30	6,71	0,34	6,31	0,48	3,60
	Otro	0,39	6,34	0,29	11,05	0,43	8,47	0,45	7,29
Si se identifica con su región	No	0,40	3,02	0,32	4,89	0,38	5,05	0,50	2,54
	Sí	0,36	2,77	0,25	5,92	0,38	4,72	0,46	3,72
Si prefiere la etnicidad, raza o gentilicio antes boliviano	No	0,38	2,44	0,29	4,24	0,37	4,43	0,48	2,29
	Sí	0,42	4,54	0,32	8,75	0,43	6,81	0,51	4,22

CV Coeficiente de variación - si es superior a 20% es solo referencial

Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización.

Anexo 3
Porcentaje de población no polarizada, según índice y subíndice

Desagregaciones		Global		Comportamiento		Afectivo		Cognitivo	
		Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %
Nacional	Nacional	34,3	5,24	39,8	4,95	30,5	6,76	18,5	6,29
Sexo	Hombre	31,9	6,98	35,6	6,31	30,7	8,84	17,7	8,29
	Mujer	36,4	5,65	43,7	5,21	30,4	7,15	19,2	7,86
Grupo de edad (en años)	Entre 18 y 30	42,1	5,56	42,6	6,36	34,1	7,85	21,7	8,19
	Entre 30 y 60	29,7	6,43	36,8	6,01	28,8	7,37	17,1	8,04
	Mayor de 60	33,2	13,63	46,3	9,24	28,3	16,23	15,9	20,02
Por qué partido votó en 2020	MAS	31,7	7,05	35,7	7,45	34,5	7,96	14,7	10,80
	CC	23,5	12,38	35,7	9,21	214	13,45	11,1	16,50
	CREEMOS	24,8	16,86	27,1	14,14	22,9	20,19	11,8	20,93
	Otro	39,0	16,48	43,4	16,38	24,0	29,82	25,5	21,00
	Ninguno	44,5	6,96	51,4	6,93	31,2	9,28	29,5	7,94
	NS/NR	46,8	10,31	49,5	9,87	38,5	12,83	24,8	13,44
Estrato electoral	MAS Alto	28,5	13,75	36,6	13,99	36,3	13,87	12,6	18,88
	MAS Medio	33,8	12,02	42,4	10,72	30,6	13,93	16,5	15,07
	Mixto	34,8	10,90	35,2	10,96	29,6	13,21	23,4	14,03
	CC	39,1	11,25	50,3	8,25	32,7	13,38	16,5	12,89
	Creemos	35,0	10,82	36,0	11,33	25,4	19,85	22,0	10,83
Oficialista/ Opositor	Oficialista	31,8	7,83	36,7	8,06	36,5	7,24	13,3	12,29
	Opositor	29,9	8,36	36,1	6,16	26,1	11,13	13,3	11,84
	Ninguno	42,7	6,64	48,4	7,43	28,1	9,62	31,4	7,35
Vive en el eje	Sí	33,7	10,70	40,9	8,63	26,5	12,36	17,2	11,85
	No	34,5	6,00	39,4	5,96	32,0	7,85	19,0	7,42
Indígena	Sí	34,6	5,55	40,1	5,04	29,4	7,57	19,7	6,95
	No	33,2	10,23	38,8	10,21	34,5	10,17	14,4	13,04
Migrante	Sí	33,9	5,47	39,8	4,97	30,5	6,94	17,7	6,79
	No	38,2	1122	39,8	10,80	311	12,89	26,5	14,68
Religión	Cristiano	33,3	5,87	38,5	5,24	29,4	7,86	17,3	8,39
	Católico	37,0	7,39	43,0	7,35	35,3	7,93	210	9,42
	Otro	34,1	13,54	41,7	1165	25,1	16,16	20,9	16,15
Si se identifica con su región	No	33,4	6,49	37,5	6,37	32,0	7,34	17,3	8,29
	Sí	35,7	6,66	43,7	6,17	28,0	9,00	20,5	10,57
Si prefiere la etnicidad, raza o gentilicio antes boliviano	No	35,6	5,20	40,0	4,99	311	6,94	18,8	6,43
	Sí	27,7	12,07	38,8	11,21	27,7	11,97	16,8	14,51

CV Coeficiente de variación - si es superior o 20% es solo referencial

Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización.

Anexo 4
Porcentaje de población polarizada, según índice y subíndice

Desagregaciones		Global		Comportamiento		Afectivo		Cognitivo	
		Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %
Nacional	Nacional	65,7	27,3	60,2	32,7	69,5	29,7	81,5	14,3
Sexo	Hombre	68,1	32,7	64,4	34,9	69,3	39,1	82,3	17,8
	Mujer	63,6	32,4	56,3	40,4	69,6	31,2	80,8	18,7
Grupo de edad (en años)	Entre 18 y 30	57,9	40,5	57,4	47,3	65,9	40,6	78,3	22,6
	Entre 30 y 60	70,3	27,1	63,2	35,0	71,2	29,8	82,9	16,6
	Mayor de 60	66,8	67,6	53,7	79,8	71,7	64,2	84,1	37,7
Por qué partido votó en 2020	MAS	68,3	32,7	64,3	41,5	65,5	41,9	85,3	18,6
	CC	76,5	37,9	64,3	51,0	78,6	36,6	88,9	20,7
	CREEMOS	75,2	55,7	72,9	52,6	77,1	59,9	88,2	27,9
	Otro	61,0	10,53	56,6	12,57	76,0	94,1	74,5	78,6
	Ninguno	55,5	55,9	48,6	73,3	68,8	42,0	70,5	33,2
	NS/NR	53,2	90,8	50,5	96,6	61,5	80,5	75,2	44,3
Estrato electoral	MAS Alto	71,5	54,8	63,4	80,7	63,7	79,2	87,4	27,2
	MAS Medio	66,2	61,3	57,6	79,0	69,4	61,4	83,5	29,9
	Mixto	65,2	58,2	64,8	59,6	70,4	55,5	76,6	42,9
	CC	60,9	72,3	49,7	83,6	67,3	64,9	83,5	25,5
	Creemos	65,0	58,3	64,0	63,8	74,6	67,6	78,0	30,6
Oficialista/ Opositor	Oficia lista	68,2	36,5	63,3	46,7	63,5	41,6	86,7	18,9
	Opositor	70,1	35,6	63,9	34,7	73,9	39,3	86,7	18,2
	Ninguno	57,3	49,6	51,6	69,5	71,9	37,6	68,6	33,7
Vive en el eje	Sí	66,3	54,3	59,1	59,7	73,5	44,6	82,8	24,7
	No	65,5	31,6	60,6	38,7	68,0	37,0	81,0	17,4
Indígena	Sí	65,4	29,3	59,9	33,7	70,6	31,4	80,3	17,1
	No	66,8	50,8	61,2	64,9	65,5	53,5	85,6	21,9
Migrante	Sí	66,1	28,0	60,2	32,8	69,5	30,4	82,3	14,6
	No	61,8	69,4	60,2	71,4	68,9	58,2	73,5	52,8
Religión	Cristiano	66,7	29,3	61,5	32,8	70,6	32,8	82,7	17,6
	Católico	63,0	43,5	57,0	55,5	64,7	43,2	79,0	25,0
	Otro	65,9	70,0	58,3	83,2	74,9	54,1	79,1	42,8
Si se identifica con su región	No	66,6	32,6	62,5	38,3	68,0	34,5	82,7	17,4
	Sí	64,3	37,1	56,3	47,9	72,0	35,0	79,5	27,2
Si prefiere la etnicidad, raza o gentilicio antes boliviano	No	64,4	28,7	60,0	33,3	68,9	31,3	81,2	14,9
	Sí	72,3	46,2	61,2	71,2	72,3	45,9	83,2	29,4

CV Coeficiente de variación - si es superior o 20% es solo referencial

Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización.

Anexo 5
Porcentaje de población no polarizada, según índice y subíndice

Desagregaciones		Global		Comportamiento		Afectivo		Cognitivo	
		Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %
Nacional	Nacional	16,0	8,65	23,1	7,23	32,6	6,81	49,5	3,43
Sexo	Hombre	18,1	10,73	26,6	8,28	32,8	8,63	51,9	4,10
	Mujer	14,0	10,00	19,8	8,68	32,5	7,05	47,2	4,33
Grupo de edad (en años)	Entre 18 y 30	13,7	12,45	20,4	8,98	28,1	9,12	43,7	4,75
	Entre 30 y 60	18,2	9,69	25,9	8,28	35,3	7,19	51,7	4,15
	Mayor de 60	12,1	19,75	17,3	20,53	335	13,11	56,3	8,17
Por qué partido votó en 2020	MAS	18,7	11,25	28,9	8,98	32,6	8,42	55,3	4,02
	CC	19,6	13,70	26,6	11,85	38,7	9,02	55,4	7,15
	CREEMOS	21,6	16,29	23,1	17,54	47,7	12,98	57,1	7,77
	Otro	3,8	71,26	10,9	38,19	17,0	32,04	41,2	19,74
	Ninguno	10,6	18,69	15,6	15,12	27,7	10,70	37,0	7,72
	NS/NR	9,4	29,06	15,1	19,75	22,0	19,88	39,9	12,83
Estrato electoral	MAS Alto	20,5	16,35	29,9	15,60	33,6	13,94	63,3	5,64
	MAS Medio	16,2	20,83	23,4	19,60	31,2	15,33	49,3	6,62
	Mixto	11,2	24,04	26,2	11,88	278	15,0S	40,8	9,80
	CC	13,4	20,63	18,7	17,11	25,4	16,14	47,4	9,35
	Creemos	18,2	16,49	18,4	14,50	42,1	13,85	47,9	7,63
Oficialista/ Opositor	Oficialista	19,0	12,32	29,2	9,23	32,7	8,26	55,7	4,44
	Opositor	19,1	11,02	22,2	10,44	36,4	9,17	53,3	5,49
	Ninguno	8,4	19,58	16,0	11,91	27,9	11,17	36,8	7,30
Vive en el eje	Sí	18,0	17,53	27,4	14,06	38,2	11,26	41,0	8,35
	No	15,2	9,64	21,4	8,16	30,5	8,10	52,7	3,67
Indígena	Sí	15,9	9,40	21,8	7,81	34,3	7,45	48,2	3,92
	No	16,2	14,71	27,5	11,38	27,2	9,79	53,7	5,59
Migrante	Sí	16,2	8,71	22,4	7,39	32,5	7,02	50,3	3,53
	No	13,8	20,84	30,1	14,05	34,2	12,40	41,1	8,85
Religión	Cristiano	16,8	9,12	22,3	7,54	33,6	7,34	50,9	3,84
	Católico	13,3	14,53	24,5	10,55	28,4	10,77	48,5	5,34
	Otro	17,2	26,69	25,9	19,68	37,4	12,79	40,0	12,15
Si se identifica con su región	No	19,3	9,36	26,5	7,69	32,4	7,62	52,5	3,96
	Sí	10,3	13,89	17,1	11,79	33,1	8,76	44,3	5,77
Si prefiere la etnicidad, raza o gentilicio antes boliviano	No	15,0	9,11	22,2	7,19	31,5	7,26	48,5	3,64
	Sí	21,1	14,57	27,2	13,33	38,4	10,42	54,3	6,53

CV Coeficiente de variación - si es superior a 20% es solo referencial

Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización.

Anexo 6
Porcentaje de población no polarizada, según índice y subíndice

Desagregaciones		Global		Comportamiento		Afectivo		Cognitivo	
		Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %	Media	CV en %
Nacional	Nacional	0,7	34,50	6,0	13,02	12,4	97,5	14,9	77,1
Sexo	Hombre	0,9	46,60	6,8	16,86	12,6	12,21	16,1	98,5
	Mujer	0,4	46,32	5,3	15,88	12,3	11,57	13,8	90,4
Grupo de edad (en años)	Entre 18 y 30	1,0	42,19	5,9	16,74	10,1	14,67	13,4	10,83
	Entre 30 y 60	0,5	47,37	6,8	14,73	14,1	10,91	15,8	94,0
	Mayor de 60	0,5	100,56	2,5	50,77	11,4	21,19	14,7	22,89
Por qué partido votó en 2020	MAS	0,5	44,59	8,2	15,16	12,8	13,34	18,2	10,41
	CC	0,5	99,43	5,8	25,90	17,2	14,95	19,0	16,51
	CREEMOS	1,2	71,49	4,5	31,70	19,1	18,66	11,5	18,92
	Otro	0,0	0,00	1,2	101,69	4,1	59,78	13,8	31,20
	Ninguno	1,1	52,38	5,2	24,77	8,8	17,85	10,2	16,41
	NS/NR	0,0	0,00	2,4	57,53	6,6	30,57	10,5	32,84
Estrato electoral	MAS Alto	0,7	56,39	7,4	24,43	12,2	18,08	22,5	15,59
	MAS Medio	0,7	58,33	4,9	31,55	11,4	26,98	17,7	16,70
	Mixto	0,0	0,00	8,2	24,35	10,0	28,30	9,2	21,60
	CC	0,4	70,53	4,5	36,43	11,4	20,15	16,0	16,69
	Creemos	1,3	61,51	5,3	31,89	16,2	16,66	10,5	14,76
Oficialista/ Opositor	Oficialista	0,7	46,44	9,0	15,76	12,0	14,83	19,8	9,81
	Opositor	0,7	53,36	6,1	17,93	16,1	13,86	14,6	11,35
	Ninguno	0,6	60,93	2,0	31,96	8,5	18,94	9,0	16,77
Vive en el eje	Sí	0,4	56,06	8,8	20,35	16,5	16,74	9,0	17,36
	No	0,7	40,34	4,9	16,32	10,9	11,24	17,1	8,13
Indígena	Sí	0,9	34,49	6,0	13,80	13,1	10,25	13,5	8,74
	No	0,0	0,00	6,2	22,88	10,2	16,60	19,6	13,90
Migrante	Sí	0,7	34,48	5,9	13,53	12,3	10,01	15,1	7,82
	No	0,0	0,00	7,4	32,20	13,4	20,08	12,9	21,28
Religión	Cristiano	0,9	35,98	5,9	14,70	12,7	10,41	14,8	8,00
	Católico	0,2	99,87	7,1	18,95	10,0	18,16	15,1	13,78
	Otro	0,0	0,00	3,6	48,78	17,7	26,38	15,3	22,79
Si se identifica con su región	No	1,0	36,84	7,8	13,51	14,4	11,12	15,8	8,14
	Sí	0,1	100,21	2,9	22,80	9,0	13,28	13,3	11,88
Si prefiere la etnicidad, raza o gentilicio antes boliviano	No	0,7	38,22	5,7	14,51	11,4	10,12	14,5	8,28
	Sí	0,5	72,99	7,5	22,96	17,3	17,33	1,66	13,03

CV Coeficiente de variación - si es superior a 20% es solo referencial

Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización.

2

Polarización: cuando "todos" somos los "otros"
Etnicidad, racismo y nación en el contexto de la desagregación

Rafael Loayza Bueno[1]

Introducción

La polarización es una de las ideas más recurridas en el debate contemporáneo para describir la tendencia de la sociedad moderna hacia la concentración de fuerzas radicales y opuestas. Ese contraste está generalmente asociado al conflicto. Si bien muchas de las tipologías sociológicas que analizan el orden social son descripciones de tipos polares que podrían asemejarse (tales como las distinciones entre "comunidad" y "asociación" de Tönnies o entre las solidaridades "orgánica" y "mecánica" de Durkheim), la polarización actual se refiere, más bien, a la separación y a la oposición entre grupos que, aunque estén categorizados como desiguales, son equivalentes en recursos de movilización.

Ciertamente, las tipologías sociológicas citadas plantean que la divergencia se da entre las demandas colectivas y el interés individual (entre el grupo y el individuo), en un contexto en el que discrepan los órdenes institucional e individual (la estructura y la agencia). Esa es pues la clásica tensión entre el colectivismo y el individualismo que forma la ansiedad dialéctica de Marx entre burguesía y proletariado. Sin embargo, la polarización contemporánea parece eludir estas categorías analíticas cuando se muestra como una colisión entre corporaciones equivalentes en vigor social, aforadas por una diversidad de identidades que, además, pujan por el poder reclamando un derecho exclusivo a él.

1 Comunicador social y sociólogo especialista en etnicidad, racismo y socialización política. Tiene un máster en Teoría Social por la Universidad de Bristol. Ha sido profesor de Sociología y Teoría Social en la Universidad Mayor de San Andrés y la Universidad Católica Boliviana.

En América del Sur la polarización se publicita a partir de las clásicas tensiones entre el progresismo y el conservadurismo, mostrando en muchos casos los brincos vertiginosos (de izquierda a derecha) con los que el electorado suramericano parece estar acarreando una alternancia gubernamental histérica: del kirchnerismo al macrismo y del macrismo al kirchnerismo, del lulismo al bolsonarismo y del bolsonarismo al lulismo. De hecho, el desate de esas variaciones, al no terminar de decantar la tenencia del poder a favor de una de las corrientes en puja, ha terminado vigorizando la identidad de los cuerpos sociales que representan a las corrientes en discordia.

En los últimos años Chile, Colombia, Ecuador y Perú parecen haberse sumado a Argentina y a Brasil en el centrifugado resultante de la polarización política, mostrando que el fenómeno ha tomado fuerza en América del Sur. Aunque Bolivia no haya tenido tales ejercicios pendulares, pues el Movimiento al Socialismo (MAS) ha gobernado casi ininterrumpidamente por 17 años, su sociedad puede ser representada como el encono de fuerzas radicales y opuestas devenidas de una tensión de identidades que, aunque ha tenido su fundo en la historia colonial de Bolivia, hoy parece haber cobrado más fuerza que nunca.

Bolivia está actualmente polarizada por la tensión entre dos cuerpos sociales fornidos. Esa segmentación (que se observa en la distribución diferenciada de la autoafirmación étnica, del ingreso, de la personificación racial y del voto) está fijando estereotipos que categorizan a los bolivianos en bandos de *blancos, cambas*[2]*, burgueses y capitalistas*, opuestos a *indígenas, collas*[3]*, proletarios y socialistas*, en el ejercicio de una construcción ideológica del otro que tiene los sentidos de origen y destino común de la identidad nacional en una crisis honda.

Hoy, la composición de la sociedad boliviana podría ser explicada por el encaramiento entre *indígenas, pobres y habitantes del occidente* y *no-indígenas prósperos del oriente*, que se han fijado desde un sentido de pertenencia diferenciado y han optado por visiones de destino opuestas, las cuales se agencian en el voto y en la movilización social.

2 Camba: adjetivo coloquial que se refiere al poblador del oriente boliviano, que comprende los departamentos de Santa Cruz, Beni y Pando.

3 Colla: adjetivo coloquial que se refiere al poblador del occidente boliviano, que comprende los departamentos de La Paz, Cochabamba, Oruro y Potosí. Deriva del gentilicio otorgado por los quechuas a los aimaras que habitaban el Kollasuyo (el Altiplano).

También hoy, Bolivia puede ser explicada desde la dicotomía del estereotipo racial masista/pitita[4], de derecha a izquierda y de oriente a occidente, pues el prejuicio se ha transformado en un modo de conocimiento y de poder que fomenta formas peligrosas de diferenciación. Se ha transformado en una narrativa que emerge en el ejercicio diario de la política y estalla en los contextos de competencia electoral. Es un producto discursivo (una forma de categorización) que está invistiendo a los bolivianos (en el imaginario racial) de "nosotros", los "civilizados", frente a "aquellos", los "salvajes", haciendo que las personificaciones del "otro" funcionen por encima de la realidad y produzcan un efecto de verdad probabilística.

La polarización actual en Bolivia es la implicación empírica de cómo la coexistencia entre sus ciudadanos está hecha por sentidos de identidad nacional divergentes en el origen y en los destinos comunes. En esa simplificación, Bolivia es una partidura de dos conjuntos interpelados por su ascendiente étnico y por su personificación racial que, además, se encuentran segmentados cultural, territorial, económica y políticamente.

El más reciente hecho que ilustra esa partición ha sido el derrocamiento de Morales en 2019 por una insurrección alojada en un movimiento urbano personificado por los descendientes de quienes en 1492 habían "llegado en barcos a América Latina" (Deutsche Welle, 06/09/2021). La insurrección urbana/no-indígena contra el régimen del MAS se mostró sociodemográficamente inversa al ensamble rural/étnico que 16 años antes (en 2003) había derribado al último gobernante "no-indígena". La remoción de Morales es una de las señales de cómo la coexistencia entre los bolivianos pende de un sentido de pertenencia nacional que se presenta ligero, mutable y quebradizo, pero que, al mismo tiempo, está encajado en una bipolaridad étnico-racial que se muestra inversamente intensa, asentada y maciza.

4 Masista/pitita: adjetivos con los que se designa, respectivamente, al militante o simpatizante del MAS y al opositor o contrario a ese partido. El término 'pitita' deriva de un comentario del expresidente Evo Morales, que al referirse a las protestas opositoras a su gobierno en 2019 (que derivaron en su derrocamiento) afirmó que estaban organizadas por personas de clases acomodadas que bloqueaban las calles con "pititas". A partir de ahí, y en contraste con el término 'masista', se transformaron en expresiones polisémicas y funcionales que en la mayoría de los casos son eufemismos raciales de "indio" y de "blanco".

Basado en la Primera Encuesta Nacional de Polarización (PENP)[5], este acápite discute el fenómeno de los contrastes descritos, derivados de los constructos modernos de identidad en la Bolivia contemporánea. Para ello, se describe la sociodemografía de la polarización a partir de una representación simplificada del país, utilizando la figura de un eje cartesiano ordenado de la siguiente manera: las tracciones de la identidad política están en la coordenada abscisa 'y' (mostrando a la izquierda la autoafirmación étnica y a la derecha la no-indígena, distinciones que sirven para colocar la posición política); las segmentaciones de clase social se plantean en la coordenada ordenada 'x' (mostrando en la parte inferior del eje a los habitantes que viven bajo la línea de la pobreza y en la superior a quienes tienen las necesidades básicas satisfechas); por último, el eje está dividido por una tangente del cuadrante superior izquierdo al inferior derecho que ilustra la partidura regional entre occidente y oriente (gráfico 1).

Este escrito también analiza la construcción del sentido de origen común de las comunidades "étnicas" y de las "caucásicas", a partir del examen de la *calidad poscolonial de su identidad* y de la *construcción ideológica de la otredad*. Las personificaciones raciales de ambos son observadas a partir de su modo de representación en la autoafirmación y en la personificación que aparece "como signo de diferencia cultura/histórica/racial en el discurso postcolonial", y que termina produciendo la diferenciación de origen a través de un estereotipo que, ciertamente, "emerge como la representación de una diferencia y que es en sí misma un proceso de 'negación'" (Bhabha, 2004, pp. 91-112).

Por último, se explica el sentido de destino de las comunidades diferenciadas en los escenarios de socialización política y en la politización de la identidad que le dan forma a la polarización.

5 Esta encuesta fue realizada en Bolivia en diciembre de 2022 con el financiamiento de las fundaciones Konrad-Adenauer-Stiftung (KAS) y Frederich-Ebert-Stiftung (FES). Los datos fueron levantados y procesados por la Fundación ARU.

Gráfico 1
Simplificaciones de la polarización

Fuente: Elaboración propia.

Sociodemográfica de la polarización

Aunque las cifras no siempre armonizan en porcentajes semejantes, está claro que Bolivia tiene la población indígena más extensa del continente americano, según todas las fuentes que se puedan consultar sobre el tema. Al respecto, los censos nacionales de población y vivienda de 2001 y de 2012 ratifican esta apreciación mostrando que el 62% y el 42% de los bolivianos, respectivamente, se asumen como miembros de una de las 36 etnicidades que componen el Estado (en el primer caso) o se afirman descendientes de los habitantes precoloniales al destacarse como "indígenas originarios" (en el segundo); el resto (38% y 58%) niega una filiación o pertenencia a cualquiera de ambas categorías (Instituto Nacional de Estadística, 2023).

Cabe agregar que entre las opciones de adscripción de las boletas censales no se contaba con una categoría que permitiera la afiliación del ascendiente de la población "no-indígena". Por tanto, a gran parte de los bolivianos se les imposibilitó certificar una identidad cultural específica que enriquezca la calidad plurinacional del Estado. En el contexto de esa carencia, si para los indígenas la identidad étnica resultó en acto de afirmación simbólicamente inclusiva, para los no-indígenas implicó un acto de refutación de la "otredad", la cual edificó un profundo sentimiento de apartamiento, asunto que es discutido más adelante.

En el campo de las distinciones regionales y de clase social, en Bolivia el 63% de la población se concentra en las tierras altas del occidente del país (Potosí, Oruro, La Paz, Cochabamba y Chuquisaca), región que reúne al 70% de la población vulnerable. Por otro lado, el 37% de los bolivianos se asienta en las tierras bajas del oriente (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija), territorio donde reside el mayor porcentaje de personas con necesidades básicas satisfechas (NBS)[6]; el 85% de esa población habita solamente en Santa Cruz.

En lo que a las NBS respecta, en 2001 la pobreza alcanzó al 58,6% de los habitantes y en 2012, al 48,8%. Indisputablemente, existe una correlación positiva entre etnicidad, lengua materna y situación económica que plantea una honda relación entre el ascendiente "indígena" y la clase social. Esa afinidad explica la etnicidad como la variable principal de la desigualdad social. En ese sentido, los datos nos muestran que la población étnicamente diferenciada (particularmente aimara y quechua) está concentrada en las tierras altas, en un porcentaje del 55%. Esto significa que el 87% de los indígenas de Bolivia vive en el occidente del país, dejando solo al 13% en las tierras bajas del oriente; más de la mitad de ese porcentaje (alrededor del 9%) corresponde a indígenas andinos migrantes que equivocadamente son denominados "interculturales"[7]. En general, la tendencia de las tierras bajas es representar a las comunidades "caucásicas" y a las etnicidades de las tierras bajas.

Es importante hacer una aclaración en este punto. Se ha criticado mucho las boletas de exploración de los censos de 2001 y 2012, atacando puntualmente la metodología para indagar la identidad de ambos procesos. Si por un lado el Censo 2001 buscó establecer exclusivamente si los bolivianos se identificaban con un origen aimara, quechua, guaraní, otro o ninguno, el de 2012 le añadió requisitos raciales, territoriales y de clase social a tal interrogación. En concreto, el Censo 2012 preguntó

6 Para facilitar la explicación, se ha incluido a Chuquisaca en la región occidental de Bolivia y a Tarija en la oriental (aunque geográficamente esos departamentos estén insertos en el sur del país), pues su comportamiento sociodemográfico (relativo a necesidades básicas satisfechas, pertenencia étnica y voto) corresponden a la asignación planteada.

7 Las políticas de distribución de tierras de la República de Bolivia (particularmente la Ley de Participación Popular, que planteó el concepto de tierras comunitarias de origen - TCO) sugieren que la calidad étnica de los ciudadanos estaría dada por la conexión entre tierra y territorio. Sin embargo, no más de un cuarto de los indígenas del país vive en sus territorios originarios; el resto está urbanizado o ha migrado a otros pisos ecológicos. Pues bien, en la disyuntiva del indígena migrante ha sido acuñado el término 'colonizador' como distintivo legal en la distribución de la tierra. Una vez instalado el Estado Plurinacional, con su filosofía descolonizadora, se sustituyó el término (que hacía una resonancia incómoda al colonialismo) por el de 'intercultural'.

en primera instancia si los bolivianos se consideraban "indígenas, originarios y campesinos", solo para posteriormente autorizar, a quienes habrían respondido afirmativamente, a señalar el grupo de pertenencia. La crítica a tal formulación distinta de una pregunta que indaga lo mismo señala como error el hecho de que ninguno de los cuestionarios aplicados tenía entre sus opciones de respuesta la categoría "mestizo".

Dichos argumentos están hincados en el supuesto de que los procesos de mestizaje habrían diluido los sentimientos de pertenencia característicos del país. Por tanto, aquel 62% de bolivianos que en 2001 dijo pertenecer a una de las etnicidades o el 42% que en 2012 declaró ser "indígena originario campesino" serían el resultado de una distorsión ocasionada por la falta de la alternativa de pertenencia híbrida. Sin embargo, ese análisis pasa por alto el hecho de que la categoría en cuestión es una personificación racial (y en consecuencia una percepción ajena y extensional) antes que una autoafirmación étnica (que es por extrapolación propia e intencional), pues enuncia los procesos por los que la "otredad" representa al "nosotros", relacionándolos a las superficialidades de lo que se observa (al fenotipo, primordialmente, y eventualmente al lenguaje y a la vestimenta).

También se ha discutido respecto a las diferencias entre los porcentajes de afiliación étnica de los censos referidos, dado que en una sola década dos millones de bolivianos habrían dejado de representarse como pertenecientes a las comunidades étnicas. Es decir que el 20% de quienes se autoafirmaban como "originarios" habría abandonado esa representación entre 2001 y 2012, paradójicamente en el contexto de la *etnificación* impulsada por las políticas públicas del Estado Plurinacional.

Diversas hipótesis alimentan ese debate, desde aquellas que alegan que la incorporación de la palabra 'campesino' en la pregunta habría retraído a los indígenas urbanoasentados a representarse de ese modo hasta las que plantean que la urbanización y el éxito de las políticas económicas del MAS habrían logrado que los indígenas de las zonas urbanas desistieran de su filiación para acompañar su ascenso a la clase media. El que un millón de bolivianos, que además abandonó su lengua materna indígena, haya ascendido a la clase media alimentó mucho este último argumento.

Ahora bien, la etnicidad (como todas las identidades) es una construcción social inestable y volátil, primordialmente funcional a la categorización, ya que distribuye de manera indistinta la inclusión o la exclusión social. Esto implica que su consideración en el imaginario social tiene una profunda relación con los procesos de distribución del poder. Según Jenkins, la colectivización del "yo" es el germen de una "movilización" que con frecuencia es política y que, siempre, es "uno de los contextos más importantes en los que la identidad tiene consecuencias sociales" (2014, p. 252). Así, el drenaje de la identidad producido entre aquellos censos también debe ser explicado en el contexto de las luchas por el poder.

Cabe preguntarnos qué tanto condicionó a la representación étnica el deslustre de la gestión de 14 años del proyecto plurinacional y, en un sentido más específico, si el referéndum consultivo de 2016, que el expresidente Morales perdió en su propósito de hacerse de un periodo más al frente del Estado, sumado al desconocimiento conciso del resultado que su habilitación en la papeleta electoral (y su consiguiente condena moral), profundizó el declive de la autoafirmación étnica. En la misma vía, ¿será que el movimiento urbano que derrocó a Morales en 2019 tenía aquellas banderas que influenciaron a los indígenas a matizar su autoafirmación? En el sentido opuesto, ¿el aventurado e infausto gobierno de Jeanine Añez habrá frenado la contracción de la etnicidad al haberse representado como reaccionario al plurinacionalismo, incluso desde las cataduras raciales de los ministros de la presidenta y de su retórica republicana y antiindígena?

Ilustra también este punto el hecho de que la oposición al gobierno del MAS haya protestado enfáticamente (durante 2023) contra la boleta censal del pendiente censo de 2024, al no tener entre las alternativas de pertenencia étnica la categoría "mestizo". Esa solicitud fue representada en un paro de más de 30 días por los comités cívicos de Santa Cruz, en el contexto de la contabilidad de la militancia ciudadana a la causa opositora que no se autoafirma étnicamente, en una especie de reclamo por el reconocimiento de una identidad no-indígena. Está claro que la afinidad electiva que existe entre la preferencia electoral y la identidad (en la que 8 de cada 10 indígenas y 7 de cada 10 caucásicos votan regularmente por el MAS y en contra de él) es una evidencia de la importancia política de la autoafirmación en Bolivia.

Cuadro 1
Autoafirmación étnica

Autoafirmación étnica		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válido	Quechua	582	27,9	27,9	27,9
	Aimara	467	22,4	22,4	50,3
	Guaraní	25	1,2	1,2	51,5
	Chiquitano	20	1,0	1,0	52,4
	Mojeño	46	2,2	2,2	54,6
	Otro nativo	79	3,8	3,8	58,4
	Ninguno	868	41,6	41,6	100,0
	Total	2.087	100,0	100,0	

Fuente: PENP, 2022.

Pues bien, para evitar las controversias citadas, la PENP hizo dos preguntas partiendo de la separación metodológica de la autoafirmación étnica (a través de la solicitud de afiliación a una de las 36 etnicidades oficializadas en la Constitución del Estado Plurinacional) y de la personificación racial (mediante la representación de la percepción racial en las categorías "indígena", "mestizo" o "blanco"). Esa separación permite depurar la pregunta de 2012 al sustraer aquellas categorías distorsivas de clase y de raza ("campesino" e "indígena originario") de su ilación con la autoafirmación étnica. El propósito de esa media fue tantear la influencia de la pregunta mal formulada de 2012 con el decremento discutido. En este punto nos ocuparemos exclusivamente de la autoafirmación, a fin de discutir en el acápite siguiente su relación con la personificación racial.

En el cuadro 1 podemos evidenciar que la autoafirmación étnica está en el orden de 58,4%, que es en la práctica el mismo porcentaje del Censo 2001, con una diferencia del 1,4%, que está en los márgenes razonables de error. Esa estabilidad es destacable y coincide con la inmovilidad de la geografía electoral que se presenta recíproca a la identidad. En primera instancia, los quechuas se contabilizan en el orden del 28% y los aimaras en el orden del 22,4%; cabe resaltar que ambas culturas suman el 50,3% del total de la población boliviana, cifra que constituye la mitad matemática de la población. A su vez, los indígenas de las tierras bajas (guaranís, mojeños y otros) acumulan el 8,1%. Otro porcentaje destacable lo componen quienes no se adscriben a ninguna

de las etnicidades, que están en el orden del 41,6%, cifra igualmente consistente con el dato de 2001, que llegaba al 38%.

Por otro lado, la encuesta también replica la distribución territorial mostrando que el 63% de la población vive en el occidente, donde están contenidos el 80% de la población diferenciada étnicamente y el 39% de los no-indígenas. Así, en el oriente vive el 37% de la población, agrupando al 61% de los bolivianos sin filiación étnica, más un 20% de población indígena, cuya mitad son migrantes aimaras y quechuas, en tanto que el resto son indígenas de las tierras bajas.

En lo referido a la afiliación religiosa (cuadro 2), asunto que nunca fue sujeto de consulta por ninguno de los censos que Bolivia ha realizado desde 1976, el 68,7% de los bolivianos es católico, el 23,7% es evangélico y un porcentaje estadísticamente irrelevante (0,2%) se afilia a los cultos "indígena originarios", mostrando que el 93% se adscribe a la religiones poscoloniales. El catolicismo es, quizá, una de las herencias más poderosas del Estado colonial, que ha terminado profundamente arraigada en la cultura nacional.

A pesar de muchas predicciones respecto a la disminución de su relevancia social (sea por el avivamiento evangélico desde la llegada de Julio César Ruibal a Bolivia, a principios de la década de 1970, o por la recalada inminente de la secularización como fenómeno de la modernidad), el catolicismo es en Bolivia la más vigorosa de las representaciones culturales. Sin embargo, es por demás interesante que, aunque la filiación religiosa es transversal a la autoafirmación en general, haya una variación específica por etnicidad, la cual muestra una acumulación del evangelismo en la cultura aimara. De ese modo, mientras que el 72% de los católicos no tiene filiación étnica (porcentaje similar al de los quechuas, 75%, y al de los indígenas de las tierras bajas, 75%), los aimaras son notablemente más protestantes: el 35% de ellos manifiesta tener esa confesión religiosa (54% son católicos, porcentaje que está 20 puntos por debajo de la media nacional).

Paradójicamente, acumulaciones similares ocurren en el lado de la "no filiación religiosa", haciendo que (una vez más) los aimaras (36%), junto con los no-indígenas (43%), constituyan el 80% de los ateos en Bolivia. Este dato, lejos de ser una anécdota, tiene relevancia política, como veremos más adelante.

Cuadro 2
Autoafirmación por religión

Autoafirmación		Religión				
		Católica	Cristiana/ Evangélica	Indígena originaria	Ninguna	Otra
Étnica	Recuento	807	321	5	74	12
	% dentro de Autoafirmación	66,2%	26,3%	0,4%	6,1%	1,0%
	% dentro de Religión	56,3%	64,8%	100,0%	56,5%	52,2%
	% del total	38,7%	15,4%	0,2%	3,5%	0,6%
No étnica	Recuento	626	174	0	57	11
	% dentro de Autoafirmación	72,1%	20,0%	0,0%	6,6%	1,3%
	% dentro de Religión	43,7%	35,2%	0,0%	43,5%	47,8%
	% del total	30,0%	8,3%	0,0%	2,7%	0,5%
Total	Recuento	1.433	495	5	131	23
	% dentro de Autoafirmación	68,7%	23,7%	0,2%	6,3%	1,1%
	% dentro de Religión	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	68,7%	23,7%	0,2%	6,3%	1,1%

Fuente: PENP, 2022.

Siendo que la diferencia étnica en Bolivia es bastante marcada, tanto por la cualidad poscolonial del país como por la variación de culturas diversas entre los pisos ecológicos (los Andes centrales y las tierras bajas), son notables la prominencia del catolicismo en general y la nula existencia de las religiones indígenas originarias, asunto que muestra un punto en común crucial. Esto se debe, fundamentalmente, a que la sobresaliente diversidad cultural del país ha entrado en afinidad con la "remarcable diversidad interna de la iglesia", creando una "subcultura" que (en la modernidad) practica una deferencia con la autoridad religiosa" y que, al no ser "nacionalista", no es política (Aldridge, 2000, p. 195). Esto quiere decir que la práctica del catolicismo en Bolivia tiene que ver más con los usos y las costumbres (con las formas de hacer) que con los contenidos trascendentales de la doctrina religiosa (con las formas de pensar). En ese sentido, las representaciones del catolicismo obviamente tienen variaciones conducentes con la representación de la autoafirmación (ahí están las fiestas patronales diferenciadas y diversas por pisos ecológicos) que se acomodan a las diferentes culturas y representaciones de la identidad.

Ahora bien, hay una tendencia mayor al catolicismo en el oriente del país, con el 72,4% de sus habitantes afiliados a esa confesión

religiosa, en tanto que en el occidente el porcentaje llega al 66,5%. Por extrapolación, la tendencia mayor en las tierras altas de Bolivia es hacia el evangelismo, que tiene consistencia con el dato anterior. Así, tenemos que el 65% de los protestantes (fundamentalmente pentecostales) vive en el occidente, contra el 35% que habita en el oriente. En el mismo sentido, es interesante comprobar que el 79% de los ateos vive en las tierras altas, contrastando con el 21% que vive en las tierras bajas.

Esas acumulaciones diferenciadas servirán para entender más adelante los procesos de politización de la identidad que han hecho que la ideología política también entre en afinidad con la autoafirmación, pues, en las simplificaciones más mundanas de la ideología política, los progresista que habitan en el occidente tenderán a ser más ateos que los conservadores del oriente boliviano.

Sentido de origen común diferenciado

La etnicidad en Bolivia tiene, como diría Weber, una afinidad electiva con la pobreza. Eso hace que su adscripción o su negación sean la implicación empírica de una "asociación o conexión" entre la identidad y la distribución del ingreso (Scott, 2014, p. 204). Claramente, esa distinción produce una fricción entre "indígenas" y "no-indígenas" que aparece en la interacción pública rutinaria, en los escenarios de la membresía de grupos informales, en el empleo y en la asignación administrativa, haciendo que la correlación entre identidad y clase social sea la primera instancia de politización de lo social. De ese modo, la base de identidad étnica tiende a ideologizarse, no como resultado axiomático de la relación entre autoafirmación y pobreza, sino por las implicaciones políticas de tal afinidad.

Al respecto, Bhabha diría que aquella analogía entre identidad y clase social (en un contexto poscolonial) "lleva a la meditación de la experiencia del despojamiento y la dislocación […] que habla a la condición del marginado y de todos los que viven bajo la vigilancia de un signo de la identidad […] que niega su diferencia" (2004, p. 90). Entonces, el contraste de origen común (en el que por un lado están los descendientes de los habitantes "originarios, pobres y despojados" y por el otro los "sucesores" de los colonizadores, ricos y usurpadores) genera una tracción entre la visión "panóptica sincrónica de la dominación" (la identidad) y la "contrapresión de la diacronía

de la historia" (la diferencia) (*ibid.*, p. 409). Así, la posición de ser los "originarios" o los "colonizadores", que representa en sí misma una causa por la que deben pugnar "unos" contra "otros", produce la consciencia ideológica condicionada por la ansiedad que representa la presencia de la "otredad".

En efecto, la base de identidad étnica en Bolivia no ha estado permanentemente ideologizada, pues (a decir de Bhabha) la segregación indígena (vista en la afinidad entre identidad y pobreza ya mencionada) estaba "mimetizada" (normalizada) por el "sueño de la civilidad pos iluminista que el lenguaje de libertad" republicano edificó en su asociación con las comunidades étnicas en la génisis de Bolivia (*ibid.*, p. 112). Sin embargo, la prevalencia de la distribución étnicamente diferenciada del ingreso a finales del siglo XX (que a la fecha sigue siendo el problema irresuelto del Estado) aportó pruebas al movimiento popular indígena de una intransigencia "caucásica" hacia su desarrollo, que tampoco había sido resuelto por el proceso de la Revolución Nacional y su primordialismo "campesino".

Al finalizar el siglo XX (particularmente en el periodo de la democracia pactada) emergió un proceso de construcción de consciencia política en torno a la identidad étnica, la cual partió por las reformas constitucionales de 2003 y el reconocimiento de la calidad multicultural y pluriétnica de Bolivia, que tuvo un punto crucial con los resultados del Censo 2001, el cual mostró que el país estaba constituido por una mayoría indígena abrumadora. Necesariamente, la identidad nacional y el nacionalismo implican identificación y categorización (es decir, inclusión y exclusión), y la diferencia étnica (correlacionada a la pobreza), que ese censo publicitó con tanta potencia, transformó la autoafirmación étnica y la personificación racial en "cuerpos de conocimiento" que dictaron la forma en la que la que la sociedad boliviana se debía estructurar (Jenkins, 2001, pp. 84-85).

Sin duda, el Censo 2001 y su contabilidad de indígenas terminaron vigorizando la consciencia indígena en torno a la idea de que los indígenas "somos más", que luego se constituyó en el eslogan del Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP) del MAS para tomar el poder en 2006. Al mismo tiempo, esa contabilidad terminó descontando en el imaginario nacional a los "no-indígenas". Cabe agregar que entre las opciones de adscripción en las boletas del Censo 2001 (de ambos censos en realidad) no había una categoría que permitiera la afiliación del ascendiente de la población "no-indígena".

Por tanto, se imposibilitó certificar una identidad cultural específica que enriqueciera la calidad plurinacional del Estado. En esa carencia, si para los indígenas la identidad étnica resultó en acto de afirmación simbólicamente inclusiva, para los no-indígenas implicó un acto de negación de la "otredad" que edificó un profundo sentimiento de "dislocación".

El dato anterior podría extrapolarse hacia las manifestaciones de la identidad colectiva. De hecho, en los sucesivos censos nacionales que indagaron la identidad étnica de los bolivianos, la identidad de los "caucásicos" se mostró en una impugnación de la otredad, puesto que, si para los indígenas su adscripción es un acto de afirmación de ascendiente común, para los "no-indígenas" la "denegación" de tal condición es la que tiene carácter público; es decir, mientras que el indígena afirma ser tal cosa, el "no indígena" niega ser el otro.

Gráfico 2
Simplificaciones de la autoafirmación

Fuente: Elaboración propia.

El efecto práctico de que las comunidades sociales en Bolivia tengan un sentido de origen y destino común diferenciado produce tensiones axiomáticas en la categorización de los grupos. De tal manera, la *personificación* del "otro" ha separado a los bolivianos a partir de la percepción racial de quien no les es afín étnicamente. Al respecto, aunque el "no-indígena" da la impresión de no estar racializado, porque prescinde de afiliarse racialmente, se comporta como si lo estuviera.

Ciertamente, la encarnación fenotípica del "criollo" elude la concertación en las categorías opuestas ("indígena"/"caucásico"), pues su adscripción mayor a una personificación por raza (indígena, mestizo o blanco) está en el mestizaje, con el 46,5%, en tanto que en la categoría de "blancos" se adscribe el 4,8% y en la de indígenas, el 3,1%. Sin embargo, y este es uno de los hallazgos más interesantes de la PENP, en el descarte de todas las opciones citadas, los no-indígenas se niegan (asimismo) a adscribirse en cualquiera de las categorías raciales en un orden del 44,8% y el 40% de ellos se encuentra en el departamento de Santa Cruz. Por el contrario, la mayoría de quienes lo hacen (los que se adscriben a una etnicidad) internaliza su personificación racial en mayor medida (36,8% indígena, 51,2% mestizo, 2,1% blanco y 9% ninguna). Entonces, los quechuas son quienes más mestizos se sienten (52%) y los aimaras son los que más indígenas se sienten (52%).

Lo anterior es interesante, primero, porque, siendo "lo indígena" un eufemismo de despojo económico y de explotación, todas las etnicidades (salvo la aimara) tienden a apartarse todo lo que pueden de la categoría y, segundo, porque esto es recíproco (en la polaridad de los extremos) con los no-indígenas, que no quieren adscribirse a ninguna racialidad o etnicidad. Por tanto, mientras que en uno de los polos están los aimaras con más nitidez (pues han internalizado su categorización racial en mayor cuantía), en el otro están los "caucásicos", mimetizados en el confort del "color mezclado" y en el descarte de todas las personificaciones, en otro acto de denegación del "yo". Si la negación del ascendiente étnico es el aspecto notable de su autoafirmación, el ocultamiento de su racialidad es el más interesante de su personificación. Así, mientras que los "indígenas" plantean con menos pudor los aspectos raciales de su identidad, los "caucásicos" los mimetizan con su estratificación social (PENP, 2022).

Cuadro 3
Autoafirmación étnica por personificación racial

Autoafirmación		Personificación racial					
		Indígena	Mestizo	Blanco	Afro	Otro	Ninguno
Étnica	Recuento	442	624	25	4	14	110
	% dentro de Etnicidad	36,3%	51,2%	2,1%	0,3%	1,1%	9,0%
	% dentro de Personificación racial	94,2%	60,7%	37,3%	57,1%	82,4%	22,0%
	% del total	21,2%	29,9%	1,2%	0,2%	0,7%	5,3%
No étnica	Recuento	27	404	42	3	3	389
	% dentro de Etnicidad	3,1%	46,5%	4,8%	0,3%	0,3%	44,8%
	% dentro de Personificación racial	5,8%	39,3%	62,7%	42,9%	17,6%	78,0%
	% del total	1,3%	19,4%	2,0%	0,1%	0,1%	18,6%
Total	Recuento	469	1.028	67	7	17	499
	% dentro de Etnicidad	22,5%	49,3%	3,2%	0,3%	0,8%	23,9%
	% dentro de Personificación racial	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	22,5%	49,3%	3,2%	0,3%	0,8%	23,9%

Fuente: PENP, 2022.

Acá cabe preguntarnos por qué los caucásicos tienen más pudor de reconocerse como tales, mientras que los indígenas lo hacen con menos tapujos. Al respecto, Dyer afirma que en el contexto de las sociedades poscoloniales existe una construcción fetichista del "otro racializado" que pesa más sobre los afroamericanos y los indígenas originarios que sobre los descendientes de los europeos (en Back y Solomos, 2000, pp. 538-539). Ahora bien, en los procesos de personificación de los caucásicos en Bolivia se produce una conjunción entre recato y vergüenza sobre quienes tienen ascendiente ibérico producto, precisamente, de los procesos de diferenciación poscoloniales.

Pasamos a explicar. Primero, los descendientes de los colonizadores monopolizaron el discurso de "autoridad" y de "poder", resultantes de la ocupación europea que los separa de aquellos que han sido históricamente inferiorizados por los procesos de esclavitud, servidumbre y pongueaje. Por tanto, "no han sido segregados, y eventualmente marcados en el discurso y el lenguaje", merced a sus cataduras raciales; así, los caucásicos aparentan no estar racializados (*ibid.*, p. 540). Bhabha (2004) afirma que ese sentido de autoridad ha sido construido a partir

de una "compleja estrategia de reforma, regulación y disciplina" que se apropia del "otro" mientras visualiza el poder de "uno". A ese sentido de autoridad (presente en el discurso poscolonial) lo llama "mimetismo" y es la representación de la diferencia a partir de la negación del "otro". Negar al otro es, entonces, la acción constitutiva de autoafirmarse "uno".

Ahora bien, el discurso libertario de 1825 (fundacional de la República de Bolivia) ha hecho que el dominio colonial sea visto como opresor de las libertades individuales, en particular indígenas y, tangencialmente, criollas. Ciertamente, ha sido construido sobre el sentimiento de culpa del ascendiente dominante, en una transacción paradójica. Por un lado, la ocupación ibérica ha conculcado los derechos y las libertades generales de los indígenas (que han sido racializados e inferiorizados), y, por el otro, los derechos a la representación política de los españoles nacidos en América (de los criollos o caucásicos) también han sido conculcados por cuestiones de linaje. En el momento fundacional de Bolivia, los indígenas y los criollos entraron en una colusión de intereses compartidos que, sin disminuir la subalternización de los "unos" respecto a los "otros", ha logrado la fundación del país, pues ambos querían desprenderse de un yugo. En el momento de la génesis nacional, esa alianza ha sido construida sobre los preceptos paternales del poder colonial y sobre los sentimientos de culpa del ejercicio de tal autoridad.

En segundo término, ser descendiente español conlleva el pecado de la opresión indígena, la vergüenza de la genealogía sefardí y la calamidad de la carencia de linaje. Claro está que, en la fundación de la República, mientras que el criollo boliviano se fijaba como regente del poder político, cultural y social, floreció su ciudadanía carente de identidad alguna. Sin embargo, aun cuando el "caucásico" se niegue a llamarse tal cosa, actúa en el intercambio y en la racionalidad social como tal, representando la condición dominante.

Dado que ser "blanco" es también un acto de certificación de ascendiente europeo (asunto que implica suspicacias opresivas), el "no-indígena" prefiere el confort de no adscribirse a ningún grupo étnico y escoger el disfraz de la adscripción racial más neutral, el mestizaje, o, cándidamente, eludir la tarea de identificarse. Esto se produce sobre todo porque el dominante tiende a ser más autentificado que el dominado, precisamente por sus prerrogativas de poder. Es decir, ya que el poder deviene de su ascendiente, entonces, para ejercerlo, debe

autentificarlo. Un ejemplo interesante de esa certificación (aunque en el lado opuesto del espectro racial) es que antropólogos, periodistas, cronistas y políticos empezaron a dudar del ascendiente indígena de Evo Morales solo cuando se encumbró como presidente de Bolivia. Según Bhabha, ese "mimetismo" también "coarta la función estratégica del poder postcolonial", en la medida en que se transforma en una amenaza para ambos: "conocimientos normalizados y poderes disciplinares" (2004, p. 122).

Por último, siendo que los blancos están vigilados y autenticados por sus prerrogativas de poder, llamarse uno mismo "descendiente directo de los españoles" supone la responsabilidad de demostrar una condición de la que la sociedad exigirá evidencia y presentará suspicacia.

Tal como en la etnicidad, la colusión entre racialidad y pobreza es la que parece mostrar a los bolivianos diferenciados (segregados) y jerarquizados (discriminados) a partir de las percepciones sobre la calidad de su economía (formal o informal), el carácter de su trabajo (empleado o empleador) y la función de su oficio (proveedor o consumidor). Precisamente, está claro que los aspectos más internalizados de la racialidad tanto de "indígenas como de "caucásicos" tienen que ver con su estratificación de clase y con los procesos de diferenciación resultantes de aquella.

Como muestra el cuadro 4, la PENP trató de explorar la relación entre la asignación administrativa y la socialización política preguntándoles a los bolivianos cuál de las instituciones sociales citadas generaba mayor bienestar y progreso al país. Se agrupó en una primera opción a aquellas que representan los intereses de los trabajadores y del movimiento popular (sindicatos, organizaciones sociales, gremialistas), y en la segunda opción a aquellas que encarnan los intereses de las élites (cámaras de comercio, asociaciones de ciudadanos y plataformas ciudadanas). Los partidos políticos fueron medidos en una opción diferenciada. Los datos dejan ver que los "indígenas" han internalizado su condición "proletaria" (el 64,4% se adscribió a la opción 1) y los "no-indígenas", la suya, "burguesa" (el 50,1% se adscribió a la opción 2). A partir del hecho de que los "unos" están "aburguesados", mientras que los "otros" están "proletarizados", la personificación se politiza y hace que los indígenas (tal cual ocurrió con la autoafirmación) prefieran un gobierno del MAS y los "no-indígenas" prefieran cualquier alternativa frente a él. Teniendo en cuenta que los resultados de la encuesta

evidenciaron que la polaridad también se expresa en el hecho de que los "unos" prefieren la empresa privada y los "otros" prefieren la empresa pública, en el *summum* del cliché, los "indígenas" serían "socialistas" y los "no-indígenas", capitalistas.

Cuadro 4
Autoafirmación y preferencias de organizaciones políticas y grupos informales

Autoafirmación		Preferencia política organizada y de grupos informales			Total
		Sindicatos, organizaciones sociales y economía informal	Empresarios, cámaras de comercio, plataformas ciudadanas	Partidos políticos	
Étnica	Recuento	785	312	122	1.219
	% dentro de Autoafirmación	64,4%	25,6%	10,0%	100,0%
	% dentro de Política organizada y grupos informales	68,5%	41,8%	62,9%	58,4%
	% del total	37,6%	14,9%	5,8%	58,4%
No étnica	Recuento	361	435	72	868
	% dentro de Autoafirmación	41,6%	50,1%	8,3%	100,0%
	% dentro de Política organizada y grupos informales	31,5%	58,2%	37,1%	41,6%
	% del total	17,3%	20,8%	3,4%	41,6%
Total	Recuento	1.146	747	194	2.087
	% dentro de Autoafirmación	54,9%	35,8%	9,3%	100,0%
	% dentro de Política organizada y grupos informales	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	54,9%	35,8%	9,3%	100,0%

Fuente: PENP, 2022.

Claramente, el último eslabón de la cadena de diferenciación de origen es la distribución co-residencial regional. Hasta acá hemos visto cómo la autoafirmación étnica, secundada por la personificación racial (ambas vigorizadas por la distribución étnicamente diferenciada del ingreso), ha generado dos polos de diferenciación distinguibles. Pues bien, la distribución regional de las identidades (entre oriente

y occidente) simplifica aún más la polaridad al generar escenarios específicos de acumulación de las identidades en pugna.

De acuerdo con el cuadro 5, el 80% de quienes tienen adscripción étnica vive en el occidente de Bolivia versus el 61% de los que niegan la etnicidad, que vive en el oriente. En general, la base de identificación regional asociada a la autoafirmación es un abono para la ideologización de la etnicidad. En Bolivia, especialmente en el caso de los indígenas, al estar su personificación racial enaltecida respecto a su co-residencialidad (pues la mayoría de quienes se adscriben a una etnicidad vive fuera de sus tierras de origen, en particular en las zonas periurbanas de occidente), la identidad regional no está ideologizada. Ocurre lo opuesto en el caso de los "no-indígenas" (cuadro 6): el 54% de quienes habitan en el oriente se identifica con su región, en tanto que el porcentaje homólogo en el occidente llega al 72%, haciendo de esta región la de mayor identificación étnica y la de menor identificación regional versus el oriente, donde la relación matemática es inversa: mayor identificación regional y menor identificación étnica.

Cuadro 5
Autoafirmación por co-residencia

Autoafirmación		Co-residencia regional		Total
		Occidente	Oriente	
Étnica	Recuento	974	245	**1.219**
	% dentro de Autoafirmación	79,9%	20,1%	**100,0%**
	% Co-residencia regional	74,0%	31,8%	**58,4%**
	% del total	46,7%	11,7%	**58,4%**
No étnica	Recuento	342	526	**868**
	% dentro de Autoafirmación	39,4%	60,6%	**100,0%**
	% Co-residencia regional	26,0%	68,2%	**41,6%**
	% del total	16,4%	25,2%	**41,6%**
Total	Recuento	1.316	771	**2.087**
	% dentro de Autoafirmación	63,1%	36,9%	**100,0%**
	% Co-residencia regional	100,0%	100,0%	**100,0%**
	% del total	63,1%	36,9%	**100,0%**

Fuente: PENP, 2022.

Cuadro 6
Región por identificación regional

Región		¿Se identifica con alguna identidad regional?		Total
		Sí	No	
Occidente	Recuento	372	944	**1.316**
	% dentro de Región	28,3%	71,7%	**100,0%**
	% dentro de ¿Se identifica con alguna identidad regional?	46,9%	73,0%	**63,1%**
	% del total	17,8%	45,2%	**63,1%**
Oriente	Recuento	422	349	**771**
	% dentro de Región	54,7%	45,3%	**100,0%**
	% dentro de ¿Se identifica con alguna identidad regional?	53,1%	27,0%	**36,9%**
	% del total	20,2%	16,7%	**36,9%**
Total	Recuento	794	1.293	**2.087**
	% dentro Región	38,0%	62,0%	**100,0%**
	% dentro de ¿Se identifica con alguna identidad regional?	100,0%	100,0%	**100,0%**
	% del total	38,0%	62,0%	**100,0%**

Fuente: PENP, 2022.

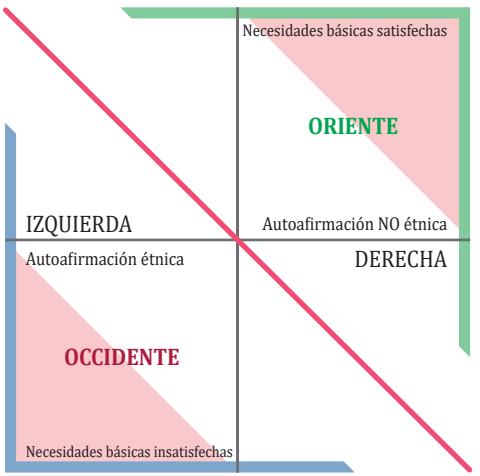
Sentido de destino común diferenciado

Aun cuando la identidad es variable y volátil, como lo es en general en la modernidad radicalizada, el estudio de la PENP muestra con claridad que las aspiraciones de origen y destino común aparecen notoriamente opuestas en cada uno de los segmentos racializados. Entonces, el etiquetamiento de los "caucásicos" como "ricos" y de los "indígenas" como "pobres" es internalizado a consecuencia de la preocupación de que el "otro" es una amenaza práctica al bienestar de "uno". Como explicaría Jenkins, en el contexto de la interacción rutinaria, las imágenes propias se diluyen en una "negociación compleja de significados compartidos, entendimiento y prácticas racistas" (2001, p. 69) que contribuyen a la diferenciación. Entonces, la autoafirmación y la categorización se combinan fijando relaciones específicas de "refuerzo" en los "unos" y de "resistencia" en los "otros", las cuales producen la polarización en Bolivia.

Esas correlaciones subjetivas (relativas, pues están encaramadas en la percepción ansiosa de los "unos" respecto a los "otros") muestran a los "caucásicos" etiquetados de poderosos, autoritarios y conservadores (capitalistas), y a los "indígenas" etiquetados de pobres, explotados e

insurrectos (socialistas). Esto hace que el enlace entre el ascendiente étnico (o no étnico) con la condición económica y las aspiraciones políticas de los bolivianos, que le dan cuerpo a la identidad, esté ideologizado y, por tanto, profundamente politizado.

Gráfico 3
Simplificaciones de la autoafirmación



Fuente: Elaboración propia.

En este punto no solamente referimos a cómo los caucásicos, en los sucesivos censos (2001, 2012), escogieron entre las opciones de ascendiente étnico aquella que no se anexa a grupo alguno, sino a las implicaciones políticas derivadas de semejante elección. Por ejemplo, las preferencias mayoritarias de quienes niegan tener ascendiente étnico, referidas a la representatividad estatal republicana y a la posición política opositora al gobierno del MAS, se plantean antónimas a las preferencias de los "indígenas" que se sienten representados por la calidad plurinacional del Estado y afines al partido del expresidente Evo Morales (cuadro 7). Es decir, las comunidades sociales están diferenciadas tanto por su ascendiente y su sentido de origen común (por su percepción intersubjetiva de ser los descendientes de los originarios de la tierra o de la genealogía extranjera e invasora) como por su cultura política y su sentido de "destino común". Así, los bolivianos parecen estar parcelados entre "indígenas" *plurinacionalistas* (69%) y "caucásicos" *republicanos* (56%), que más allá de sentirse bolivianos, primordialmente, no avizoran un destino común a través de la política.

Cuadro 7
Autoafirmación y preferencia de organización estatal

Autoafirmación		Preferencia estatal			Total
		Estado Plurinacional de Bolivia	República de Bolivia	Ninguna	
Étnica	Recuento	843	339	37	**1.219**
	% dentro de Autoafirmación	69,2%	27,8%	3,0%	**100,0%**
	% dentro de Preferencia estatal	71,4%	41,2%	43,5%	**58,4%**
	% del total	40,4%	16,2%	1,8%	**58,4%**
No étnica	Recuento	337	483	48	**868**
	% dentro de Autoafirmación	38,8%	55,6%	5,5%	**100,0%**
	% dentro de Preferencia estatal	28,6%	58,8%	56,5%	**41,6%**
	% del total	16,1%	23,1%	2,3%	**41,6%**

Fuente: PENP, 2022.

Por otro lado, particularmente desde la Elección Nacional de 2005 hasta la de 2020, ha emergido una correlación positiva entre el ascendiente con el voto. Tal correlación evidencia que cerca de 7 de cada 10 electores que niegan filiación étnica han votado en los últimos cinco procesos electorales en contra del IPSP-MAS y 8 de cada 10 identificados étnicamente lo han hecho a su favor. Esa no es una relación causal, sino, más bien, una "afinidad electiva", en el sentido signado por Weber, que exhibe una "asociación o conexión entre sistemas de creencias que operan en diferentes esferas de la vida social" (Scott, 2014, p. 204). Tal es el caso de la autoafirmación étnica y de la preferencia electoral. Entonces, el contenido de uno de los sistemas (la autoafirmación étnica) engendra una tendencia de significados para la construcción de otro sistema de creencias (la preferencia electoral).

Cuadro 8
Autoafirmación, necesidades básicas satisfechas (NBS) y voto opositor al MAS

Departamento	Identidad	NBS	Identidad	NBS	Voto promedio opositor 2005-2020 (%)
	Censo 2001 (%)	Censo 2001 (%)	Censo 2012 (%)	Censo 2012 (%)	
Chuquisaca	34,5	29,9	50,1	39,9	44,4
La Paz	22,6	33,7	45,4	43,7	29,0
Cochabamba	25,7	45,1	52,5	54,9	33,7
Oruro	26,2	32,2	48,9	39,5	32,2
Potosí	16,2	20,3	30,8	29,6	34,2
Tarija	80,4	49,2	85,4	59,9	51,5
Santa Cruz	62,6	61,9	79,8	69,3	59,1
Beni	67,3	23,9	67,9	29,9	67,5
Pando	83,8	27,5	75,9	34,8	59,2
Bolivia	**38,0**	**41,4**	**58,0**	**51,2**	**41,2**

Fuente: Censos 2001-2012, Tribunal Supremo Electoral (2005, 2009, 2014, 2020).

Cuadro 9
Identidad "no-indígena", necesidades básicas satisfechas (NBS) y voto opositor al MAS

Correlaciones	Voto opositor	Identidad	NBS
Voto opositor	1,000	0,683	0,392
Identidad	0,683	1,000	0,273
NBS	0,392	0,273	1,000

Fuente: Censos 2001-2012, Tribunal Supremo Electoral (2005, 2009, 2014, 2020).

En general, el voto contra el MAS (cuadros 8 y 9) tiene las siguientes características. Es fundamentalmente urbano, pues votan opositoramente 6,5 de cada 10 habitantes de las urbes (salvo la ciudad de El Alto, que tiene una identidad aimara del 70%). Es oriental, porque el 75% de ese voto se produce en los departamentos de Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando. Está ordenado en función de la identidad racial, ya que, como hemos dicho, el coeficiente de correlación promedio entre voto e identidad no étnica en las elecciones nacionales de 2005, 2009, 2014 y 2020 es de 0,68; es decir, casi 7 de cada 10 bolivianos que niegan filiación étnica han votado en contra del MAS en cada una de las elecciones mencionadas. Es principalmente castellanohablante y católico. También presenta correlaciones positivas con los indicadores

de ingreso. Como en el oriente de Bolivia la prosperidad tiene un rostro caucásico, la correlación se superpone.

Cuadro 10
Etnicidad, pobreza y voto por el MAS

Departamento	Etnicidad	Pobreza	Etnicidad	Pobreza	Voto promedio por el MAS 2005-2020 (%)
	Censo 2001 (%)	Censo 2001 (%)	Censo 2012 (%)	Censo 2012 (%)	
Chuquisaca	65,5	70,1	49,9	60,1	55,6
La Paz	77,4	66,3	54,6	56,3	71,0
Cochabamba	74,3	54,9	47,5	45,1	66,3
Oruro	73,8	67,8	51,1	60,5	67,8
Potosí	83,8	79,7	69,2	70,4	65,8
Tarija	19,6	50,8	14,6	40,1	48,5
Santa Cruz	37,4	38,1	20,2	30,7	40,9
Beni	32,7	76,1	32,1	70,1	32,6
Pando	16,2	72,5	24,1	65,2	40,8
Bolivia	**62,0**	**58,6**	**42,0**	**48,8**	**58,8**

Fuente: Censos 2001-2012, Tribunal Supremo Electoral (2005, 2009, 2014, 2020).

Cuadro 11
Coeficientes de correlación entre voto por el MAS, etnicidad, lengua materna y pobreza

Correlaciones	Voto por el MAS	Etnicidad	Lengua materna	Pobreza
Voto por el MAS	1,000	0,833	0,784	0,392
Etnicidad	0,833	1,000	0,948	0,273
Lengua materna	0,784	0,948	1,000	0,313
Pobreza	0,392	0,273	0,313	1,000

Fuente: Censos 2001-2012, Tribunal Supremo Electoral (2005, 2009, 2014, 2020).

Por el contrario, el voto por el MAS (cuadros 10 y 11) tiene las siguientes características. Es un voto fundamentalmente rural, pues 8 de cada 10 habitantes del campo lo representan. Es occidental, dado que el 75% de ese voto se produce en los departamentos de La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca. Está ordenado en función de la identidad étnica, porque el coeficiente de correlación promedio entre voto y etnicidad en las elecciones nacionales de 2005, 2009, 2014 y 2020 es del 0,80, es decir que 8 de cada 10 bolivianos autoidentificados étnicamente han votado por el MAS en cada una de las elecciones mencionadas; refuerza esa aserción la constatación de que el 83% de quienes hablan lenguas nativas votan igualmente por ese partido. Es principalmente aimara y quechua, pues 8,5 de cada 10 autoafirmados en ambas etnicidades votan

regularmente por esa alternativa política. Las correlaciones entre las etnicidades de las tierras bajas, la guaraní entre las más cuantificables, muestran un coeficiente de 0,2. Por tanto, el MAS fundamenta su voto con las culturas andinas antes que con las amazónicas; asimismo, siendo que los amazónicos constituyen apenas el 3% de la población general, según el Censo 2012, la preferencia electoral de esas comunidades es poco relevante en los resultados generales. También presenta correlaciones positivas con los indicadores de pobreza, especialmente en aquellos de las necesidades básicas insatisfechas. Como en el occidente de Bolivia la pobreza tiene rostro étnico, la correlación se superpone. Sin embargo, ese paralelismo puede ser apreciado de mejor manera en el oriente, donde (especialmente en Pando y en Tarija) el coeficiente de correlación entre pobreza y voto llega a 0,6; en general, las correspondencias entre ambas variables alcanzan un promedio de 0,3.

La PENP buscó igualmente medir esas correlaciones en torno a la posición política, pero no tanto a la preferencia electoral, indagando la posición política de los encuestados, auscultando si los bolivianos se sentían opositores u oficialista. Los resultados (cuadro 12) evidencian la misma parcelación remarcada a lo largo de este apartado. Así, tenemos que el 49% de los indígenas se ven a sí mismos como oficialistas, contra el 45% de los no-indígenas que se ven como opositores. Esos dos estamentos, que se consideran de tal forma, podrían constituir los segmentos más polarizados de la ecuación, dado que asumen una posición independientemente de la contienda electoral.

Cuadro 12
Autoafirmación y posición política

Autoafirmación		Posición política			Total
		Oficialismo	Oposición	Ninguno	
Étnica	Recuento	592	316	311	**1.219**
	% dentro de Autoafirmación	48,6%	25,9%	25,5%	**100,0%**
	% dentro de Posición política	75,0%	44,5%	52,9%	**58,4%**
	% del total	28,4%	15,1%	14,9%	**58,4%**
No étnica	Recuento	197	394	277	**868**
	% dentro de Autoafirmación	22,7%	45,4%	31,9%	**100,0%**
	% dentro de Posición política	25,0%	55,5%	47,1%	**41,6%**
	% del total	9,4%	18,9%	13,3%	**41,6%**
Total	Recuento	789	710	588	**2.087**
	% dentro de Autoafirmación	37,8%	34,0%	28,2%	**100,0%**
	% dentro de Posición política	100,0%	100,0%	100,0%	**100,0%**
	% del total	37,8%	34,0%	28,2%	**100,0%**

Fuente: PENP, 2022.

Como hemos dicho, tales conjunciones están parceladas según el ascendiente étnico, a partir de sentidos distintivos (diferenciados por la autoafirmación y la personificación) de origen común y destino común. Es decir, mientras que los indígenas reclaman tener un ascendiente "indígena originario" que les daría ciertas prerrogativas sobre el derecho privilegiado del país (si se lo pudiera decir así), por extrapolación, los "caucásicos" declaran una pertenencia basada en su competencia histórica, economía y cultural; entre ambos, existe la percepción de que el "otro" es ajeno a las aspiraciones de origen y destino del mundo social que habita cada "uno".

Conclusiones

La diferenciación presentada por los datos desplegados en este trabajo, y por la mayoría de los estudios que exploran la relación entre las percepciones raciales con la política y la economía en Bolivia, exterioriza no solamente diferencias étnicas y raciales en la distribución del ingreso y en el acceso al poder político, sino, principalmente, "tendencias de comportamiento que exhiben un sistema de valores". Es decir, los procesos de diferenciación y de segregación habrían tomado (a lo largo de la historia) una forma colectiva, llegándose a transformar en "una ristra de expectativas normativas especializadas" (Scott, 2014, p. 357) que compondrían a la sociedad boliviana.

Las diferenciaciones raciales en Bolivia son tan prácticas como simbólicas, pues pueden escudriñarse desde la socialización primaria, la interacción pública rutinaria, la distribución del empleo y el ingreso hasta la política formal y la distribución del poder. Si bien aparecen en correlaciones positivas observables (tales como la correspondencia entre la identidad, el voto y la distribución de la clase social), florecen asimismo como fijaciones que, muchas veces, funcionan por encima de la realidad.

En efecto, todos los grupos (y su identidad) son instituciones, ya que generan patrones en la práctica social que se han establecido en el tiempo por "un modo particular de hacer las cosas" (Jenkins, 2001, p. 61). En consecuencia, la racialización del "boliviano" muestra que el ascendiente colonial se ha desarrollado normativamente y alimenta el orden social. Ahora bien, las categorías sociales, tales como la personificación, no son necesariamente institucionales, dado que no están

regidas por un orden central, sino por la extensionalidad del prejuicio racial. Sin embargo, si convenimos en que la personificación de los "no-indígenas" genera percepciones que derivan en acción social hacia los "indígenas", al ser ajenos al orden cultural del otro (al orden conceptual, como diría Durkheim), los "caucásicos" tenderán a tipificar su prejuicio haciendo que la diferenciación emerja políticamente. Y este es el peligro de la racialización como impugnación a la otredad.

El propósito en este texto ha sido exponer esa contingencia a partir de las correlaciones innegables que existen entre la autoafirmación con el ingreso y la distribución del poder político. Para que la mayoría de los prósperos en Bolivia sean "caucásicos" (y el dato matemáticamente opuesto aplicable a los indígenas) y para que solo haya habido un presidente de ascendiente étnico en la historia del Estado (ambas contingencias en 200 años de existencia boliviana), las comunidades "caucásicas" han tenido que ser situadas en las jerarquías sociales superiores, reglamentaria y recursivamente. Es decir, tanto las reglas (las leyes, las normas y los valores sociales) como los recursos que facilitan el orden social frenan (o por lo menos reducen) el ascenso y la movilidad social de los indígenas. Así, la voluntad sola de un "indígena" no basta para conseguir movilizarse al estrato superior de clase, porque, aunque las reglas legislen la equidad, los recursos requeridos están restringidos socialmente.

Una implicación empírica que ilustra lo anterior es el promedio de reducción de la pobreza en Bolivia: 1% por año, desde 1996. Mientras que los "indígenas" tienen 10% de probabilidades de entrar en esa estadística (al acceso a mejor educación, empleo, salud o justicia), los "no-indígenas" tienen nueve veces más oportunidades de lograr el mismo cometido. Ahora bien, el ascenso y la movilidad social no solo tienen que ver con el acceso a recursos para permitir el ascenso, sino también con la capacidad de autodeterminación del individuo y, en última instancia, del grupo.

¿Qué hacer cuando los avances de un grupo son contenidos por el otro? Responder a esa pregunta nos permitirá evaluar la capacidad de autodeterminación de un grupo, más aún sobre la voluntad del otro de contener tal avance, para conectar la interacción social en el nivel microsocial de la autoafirmación y la imagen pública con el orden institucional de grupos y de categorías (Jenkins, 2001, pp. 62-63). En efecto, la identificación del grupo y la categorización que este hace sobre los otros se combinan en relaciones específicas situadas de resistencia

y de refuerzo, a fin de producir la realidad social en un espacio y en un tiempo históricos de la colectividad étnica institucionalizada.

Es evidente que el espíritu indigenista y descolonizador del Estado Plurinacional ha hecho que los "no-indígenas" se sientan dislocados (segregados) de su rol central en la historia de Bolivia. Hoy, la irrupción de líderes como Luis Fernando Camacho en Santa Cruz y Horacio Poppe en Chuquisaca está vigorizando un sentimiento de regreso a la República, instrumentalizado por preocupantes movimientos conservadores situados en la derecha religiosa, que intervienen en la esfera pública con la misión de contener el "primordialismo" del movimiento popular indígena, desde el mismo ímpeto con el que los indígenas están dispuestos a defender la vigencia del Estado Plurinacional.

La polarización explica la prevalencia de los epifenómenos de la discriminación y de la segregación, en un mundo donde el orden reglamentario, particularmente en la Bolivia plurinacional, ha penalizado el racismo y lo ha transformado en una práctica inmoral. En otras palabras, aun cuando el orden estructural (legal, religioso y, eventualmente, cultural) trata el racismo como una conducta antisocial, la discriminación y la segregación (agenciada por la praxis social) se siguen abriendo paso en la sociedad moderna por medio de la socialización y de la política, y a pesar de la contención que la ley y la moral podrían presentar.

En el mundo del siglo XXI, los grupos de supremacía blanca parecen haber brotado con mayor vigor y abundancia, tal vez con mayor fuerza que nunca desde la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos y de la Reforma Agraria en Bolivia. El racismo político ha proliferado con más crudeza, paradójicamente, luego del quiebre de los techos de cristal que las elecciones, casi simultaneas, de Barack Obama y de Evo Morales lograran en el continente americano. La política ha dado paso a liderazgos con bases electorales racializadas, como las de Donald Trump y de Jair Bolsonaro en América. Y es que, incluso cuando la penalización del racismo está institucionalizada en el régimen normativo, la discriminación y la segregación son contingentes y abiertas a través de las prácticas sociales.

Fuentes citadas

- Bhabha, H. (2004). *The Location of Culture*. Londres: Routledge.
- Back, L. y Solomos, J. (2000). *Theories of Race and Racism (A reader)*. Londres: Routladge.
- Instituto Nacional de Estadística - INE (2023). www.ine.gob.bo
- Jenkins, R. (2014). *Social Indentity*. Nueva York: Routledge.
- Jenkins, R. (2001). *Rethinking ethnicity: Arguments and explorations*. Londres: Sage.
- Scott, J. (2014). *Oxford. A Dictionary of Sociology*. Oxford: Oxford University Press.

Fuentes no citadas

- Calhoun, G.; Greteis, J.; Moody, J.; Pfaff, S. y Virk, I. (2002). *Contemporary sociological theory (Reader)*. Estados Unidos: Wiley-Blackwell.
- Dyer, R. (2017). *White*. Nueva York: Routladge.
- Jary, D. y Jary, J. (2000). *Sociology dictionary*. Glasgow: Harper Collin.
- Loayza, R. (comp.) (2018). *Las caras y taras del racismo: segregación y discriminación en Bolivia*. La Paz: Plural editores.

3

Moralidad y sensibilidad democrática: influencia de las convicciones, las percepciones y las emociones que unen y dividen a los bolivianos en la práctica política

Eric Roth Unzueta[1] / Ana Lucía Velasco Unzueta[2] / Luis Diego Baudoin Castillo[3]

Introducción

La democracia, entendida como "ideal de autogobierno que se origina en los valores de igualdad y libertad políticas de los individuos" (Munck, 2016, p. 11), ha sido por mucho tiempo el modelo de gobierno para muchas naciones. Su logro y su conservación no han estado exentos de obstáculos y de sacrificios. A su vez, sus principios y sus resultados la han convertido en una promesa para los grupos humanos excluidos y en una alternativa ante las posturas autocráticas. Con todo, la democracia no es una propuesta homogénea, unívoca o invariable; suele ser una construcción social heterogénea matizada con ingredientes culturales (Almond y Verba, 1963), psicológicos, morales y contextuales que le otorgan identidad, influyen en su práctica y moldean la conducta de las personas. Es, asimismo, muy permeable a las externalidades y a las condiciones económicas y sociales circunstanciales (Kauffman, 2023; Przeworski *et al.*, 2000). Tales características hacen que las personas no tengan una percepción única sobre la democracia como un sistema político de gobierno y que se justifique, por tanto, la necesidad de vigilar su influencia en la preferencia de la gente.

1 Unidad de Investigación Experimental, Universidad Católica Boliviana "San Pablo" (La Paz).
2 Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung Bolivia.
3 Unidad de Investigación Experimental, Universidad Católica Boliviana "San Pablo" (La Paz).

Los problemas planteados por la democracia han sido estudiados extensamente y es posible encontrar mucha información acumulada. Sin embargo, aquí solo consideramos aquella que tenga estrecha relación con las influencias sociodemográficas, los determinantes morales, la posición sobre la institucionalidad, la impronta sobre la polarización y las características morales de la violencia política; es decir, con la sensibilidad democrática y los principios morales.

El propósito de la investigación cuyos resultados exponemos en este escrito ha sido explorar las relaciones entre el sentimiento democrático expresado por las bolivianas y los bolivianos y sus percepciones, convicciones y creencias, así como los principios morales que configuran su sentir y su forma de ser en el contexto de la práctica ciudadana. Dicho estudio ha sido realizado con información recuperada por la Fundación ARU a partir de una muestra representativa urbana y rural en los nueve departamentos de Bolivia, y ha estado guiado por las siguientes preguntas de investigación: 1) ¿De qué manera ciertas características personales, sociales y demográficas influyen sobre la sensibilidad democrática de las personas?; 2) ¿Qué tan determinantes son los principios morales personales en el sentimiento democrático de los participantes?; 2) ¿Está la importancia que la gente otorga a las instituciones sociales relacionada con su convicción democrática?; y 4) ¿Influyen las posturas antagónicas y la violencia sociopolítica en el sentimiento moral de las y los bolivianos?

En cuanto a los supuestos de partida de ese estudio, estos han sido los siguientes: 1) Los rangos de menor edad y la identidad étnica originaria de los participantes son determinantes de una mayor sensibilidad democrática de la muestra; 2) Los altos principios morales expresados por la gente favorecen los altos niveles de sensibilidad democrática; 3) A mayor convicción de la gente sobre la importancia de las instituciones ciudadanas, mayor será la adhesión a los principios democráticos; 4) Las emociones de miedo y de enojo están negativamente relacionadas con la sensibilidad democrática; 5) Toda postura dogmática, polarizante y violenta se relaciona con bajos niveles de sensibilidad democrática; y 6) Delitos como el narcotráfico y la corrupción están influenciados principalmente por una baja moralidad.

Sobre la literatura en este ámbito temático

Influencias personales y demográficas

Monsivais-Carrillo (2019), en un estudio en el que acopió información entre los años 2013 y 2017, en 18 países de América Latina (entre ellos Bolivia), reconoce que los hombres muestran mayor apego a la democracia que las mujeres, que los mestizos manifiestan más interés por la democracia que los grupos étnicos minoritarios y que quienes no son católicos o no profesan alguna religión tienen menos probabilidad de preferir la democracia. El autor coincide con Munck (2016) al señalar que los jóvenes son más indiferentes que las personas mayores y que a menor educación el aprecio por la democracia también es menor.

Moralidad y democracia

La democracia lleva implícita una serie de principios morales que influyen en una ciudadanía éticamente responsable, situándola al frente de otros sistemas de gobierno no democráticos. La inclusión, el poder compartido, la participación en igualdad de condiciones, la libertad de acción y la expresión, la tolerancia y el respeto son algunos atributos de la democracia que la alinean con el ejercicio moral de la política. Asimismo, la decadencia de los sistemas totalitarios evidenciada durante el siglo XX ha fortalecido y consolidado los principios básicos de la democracia, extendiendo su vigencia. Sin embargo, la actuación democrática no está exenta de múltiples distorsiones y perversiones que desafían y degradan su sentido moral, por lo que resulta importante entender las mutuas relaciones entre moral y democracia.

Algunas investigaciones de la psicología social (Schwartz, Caprara y Vecchione, 2010) señalan que la relación entre moral y democracia se concibe en la relación que existe entre los valores personales y los valores políticos básicos. Los primeros son principios superiores más abstractos que delimitan la moralidad (Converse, 1964) y los segundos ayudan a consolidar dichos principios abstractos en actitudes, preferencias y valoraciones (Converse, 1964; Feldman, 1988; Schwartz Caprara y Vecchione, 2010). Los valores morales sirven como referencia general que parecería influir en las actitudes de las personas hacia determinados sistemas políticos, como el democrático, en la medida en que avalan (o no) las creencias, las actitudes, las preferencias, etcétera, que se construyen en el marco de sus valores políticos básicos (Hurwitz y Peffley, 1987; Schwartz, 2006; Schwartz Caprara y Vecchione, 2010).

Las investigaciones sobre esa relación han estado concentradas en estudiar el vínculo entre el voto como procedimiento democrático y la moral (Hansson, Persson y Tinghög, 2022). Sus autores han analizado la difusión de la responsabilidad por el voto mayoritario, que reduce la opción del votante para confrontar resultados. Esto podría inducir inmoralidad por voto irresponsable. Sin embargo, no ha sido encontrada evidencia de que votar genere comportamiento inmoral o distorsione la responsabilidad; en todo caso, más bien, votar hace de la gente menos inmoral. Los investigadores han demostrado que no se votan las preferencias por los productos electorales, como las políticas o los candidatos, sino por el hecho mismo de votar (Shayo y Harel, 2012). El voto parece obedecer a decisiones no consecuencialistas y puede estar determinado por el propio principio democrático.

Otros estudios (Kivikangas *et al*., 2021) intentaron relacionar las preferencias políticas (conservadoras versus liberales) con valores altos y bajos de moralidad, desde la perspectiva de la teoría de los fundamentos morales de Haidt (2013). Los autores han reportado que esa asociación es muy compleja y que varía culturalmente, dependiendo de la región y del país, de las dimensiones sociales y económicas, y del significado de los términos que describen la postura política.

Institucionalidad y democracia

Las instituciones son las reglas del juego de una sociedad, son las obligaciones creadas por los individuos, que le dan forma a la interacción entre las personas (Douglas, 1984). En un contexto político, la institucionalidad es un punto clave para el desarrollo de la democracia en tanto permite un adecuado funcionamiento social y promueve el compromiso político de los ciudadanos (Dalton, 2008; Katsanidou y Eder, 2015). La institucionalidad está, pues, íntimamente ligada a la integridad democrática (Ayala-Espino, 2002); postula que el origen de muchos problemas de la democracia se debe a la fragilidad de las instituciones que la soportan. La gobernanza, señala Pratz (2001), solo es posible cuando existen normas que definen autores, procesos y medios para la acción colectiva, lo cual define la institucionalidad democrática. Así, la democracia depende de las instituciones que organizan las relaciones que la caracterizan (Przeworski, 2001). Las consecuencias de un bajo nivel de confianza en las instituciones parecen generar en los actores políticos mayor inactividad y, por tanto, menor representación política. El resultado es evitar las instituciones que generan desconfianza, negando su importancia y eventualmente ejerciendo violencia organizada contra ellas (Katsanidou y Eder, 2015).

Puede entenderse que la participación política es una consecuencia de la aceptación de las instituciones que sostienen la democracia (Verba, Brady y Schlozman, 1995; Dalton, 2008; Katsanidou y Eder, 2015). Sin embargo, es necesario aclarar que la relación entre la confianza en la institución y la participación política no solo depende de su credibilidad; también existe cierta dependencia del acto de participación respecto a la naturaleza de la institución (Hooghe y Marien, 2013; Katsanidou y Eder, 2015). No debe pasarse por alto que la participación política no institucionalizada, como la protesta callejera, por ejemplo, no constituye necesariamente una señal de ausencia democrática (Christensen, 2016). Al contrario, puede considerarse una forma de llevar la discusión y el ejercicio políticos al espacio público, así como un mecanismo de participación complementario a otras formas institucionalizadas (Katsanidou y Eder, 2015).

Polarización y democracia

Polarización es cuando una población adopta y ejerce actitudes, creencias, sentimientos y acciones contrarios y extremos, del uno hacia el otro, que suponen desacuerdo y pueden conducir al enfrentamiento (McCarty, Poole y Rosenthal, 2006; McCoy, Rahman y Somer, 2018).

La polarización puede ser político-ideológica o afectiva (Heltzel y Laurin, 2020). La primera tiene que ver con una toma de posición serena de la ciudadanía sobre diferentes temas debatibles, antagónicos, que dividen la visión de una comunidad o de un país; la segunda es una polarización atrincherada, defensiva y conducente al conflicto (DiMaggio, Evans y Bryson, 1996), basada en posiciones emocionales casi siempre maniqueas, que convierte al oponente en el enemigo al que se debe destruir. La polarización ideológico-reflexiva puede ser positiva para la democracia porque ofrece alternativas deseables al pensamiento y al accionar políticos. Pensar diferente, votar con alternativas, participar, incluso protestar por la opción con la que no se comulga y debatir constructivamente son parte de una democracia saludable. La divergencia de ideas ayuda a evitar el *statu quo* y a considerar ideas alternativas, y una polarización racional asegura gobiernos equilibrados y justos (Stavrakakis, 2018; Shi *et al.*, 2019). Por el contrario, una polarización irracional, ensimismada y conflictiva constituye una amenaza para la democracia (McCoy, Rahman y Somer, 2018). Una población altamente polarizada rehúsa,

en general, a comprometerse con otros que piensan diferente y descartan reactivamente, de plano, tanto los posibles defectos de sus propios puntos de vista como los méritos de los de sus oponentes (Stavrakakis, 2018; Skitka, Washburn y Carsel, 2015; Piazza, 2023).

La investigación sobre los factores que inciden en la polarización está todavía en ciernes, aunque se ha encontrado (Dalton, 2021) que las características del sistema electoral determinan, en gran medida, la continuidad de la polarización del sistema de partidos. Dalton (2021) sostiene que los niveles de polarización parecen vinculados a factores de corto plazo, como la menor confianza de los ciudadanos en la economía, y, en ciertos países, a las crecientes preocupaciones sobre la inmigración. Otros autores (Skitka, Bauman y Sargis, 2005; Clifford, 2018) señalan que algunas de las variables que definen la polarización política son la convicción moral y la firmeza de la actitud hacia ciertos factores políticos.

Moralidad y violencia política

En apariencia, la violencia en política está íntimamente ligada a la identidad de grupo promovida por el partidismo político y al grado de polarización. Un estudio reciente (Pew Research Center, 2017) ha encontrado que aproximadamente el 80% de los afiliados a organizaciones políticas partidistas reportaron sentimientos desfavorables hacia los miembros de otros partidos políticos. Los partidistas altamente polarizados, en su mayoría, excluyen, discriminan y castigan a los miembros de otros partidos políticos (Broockman, Joshua y Westwood, 2022; Ryan y Love, 2013; Haidt, Rosenberg y Hom, 2003).

Otras investigaciones sobre las pugnas ideológicas que conducen a relaciones violentas y polarizadas, basadas en el miedo y en los prejuicios, fueron dadas a conocer por Iyengar y Westwood (2015), y Stagnaro, Dunham y Rand (2018), quienes recalcan que la hostilidad y la polarización sustentadas en el partido son tan fuertes que son capaces de ejercer una clara influencia sobre el juicio y la conducta de la gente no partidista. Westwood *et al.* (2018) han encontrado que los ciudadanos están más fuertemente vinculados a los partidos políticos que a cualquier otro grupo social; allí, los partidistas suelen discriminar a sus oponentes en un grado que supera el rechazo que sufren otros grupos religiosos, lingüísticos, étnicos o nacionales foráneos.

Respecto a la justificación de la violencia, una reciente encuesta (Kornfield y Alfaro, 2021) ha revelado que alrededor de un tercio de sus ciudadanos piensa que en política el uso de la violencia contra la autoridad es una opción aceptable. En otro estudio sobre el uso de la violencia para fines políticos, en 31 democracias, la World Values Survey ha concluido que la violencia puede ser aceptable (Russell, 2023). Los datos de esa encuesta para Bolivia[4] muestran que alrededor del 5% de la muestra (n = 2.200) juzga la violencia política como justificable en ciertas circunstancias o siempre justificable.

El presente estudio

El propósito de esta investigación ha sido explorar las relaciones entre el sentimiento democrático expresado por los bolivianos y sus percepciones, convicciones y creencias, así como sus principios morales, que configuran un sentir y una forma de ser en el contexto de la práctica ciudadana. Este estudio ha estado guiado por las siguientes preguntas de investigación: 1) ¿De qué manera ciertas características personales, sociales y demográficas influyen sobre la sensibilidad democrática de las personas?; 2) ¿Qué tan determinantes son los principios morales personales en el sentimiento democrático de los participantes?; 3) ¿Está la importancia que la gente otorga a las instituciones sociales relacionada con su convicción democrática?; y 4) ¿Influyen las posturas antagónicas y la violencia sociopolítica en el sentimiento moral de los bolivianos?

El desarrollo de la investigación ha seguido los siguientes supuestos: 1) Los rangos de menor edad y la identidad étnica originaria de los participantes son determinantes de una mayor sensibilidad democrática de la muestra; 2) Los altos principios morales expresados por la gente favorecen los altos niveles de sensibilidad democrática; 3) A mayor convicción de la gente sobre la importancia de las instituciones ciudadanas, mayor será la adhesión con los principios democráticos; y 4) Toda postura dogmática, polarizante y violenta se relaciona con bajos niveles de sensibilidad democrática.

4 La encuesta World Values Survey Wave 7 (2017-2022) está disponible en: https://www.worldvaluessurvey.org/WVSDocumentationWV7.jsp

Método

Muestra y participantes

Se obtuvo una muestra probabilística[5] conformada por 2.087 personas de ambos sexos: hombres (n = 907; 43,5%) y mujeres (n = 1.180; 56,5%) entre los 18 y los 87 años (MEdad = 37,47; DE = 14,39). La muestra tuvo un alcance nacional, abarcando sectores urbanos y rurales de los nueve departamentos de Bolivia.

Escala Básica de Principios Morales (EBPM)[6]

Esta escala ha sido construida para propósitos del presente estudio a partir de ítems disponibles en la Primera Encuesta Nacional de Polarización. Se trata de una escala tipo Likert de seis puntos (1 "muy en desacuerdo" y 6 "muy de acuerdo") y de 11 ítems. Cinco de esos ítems miden el factor 'Cuidado y Protección': "Maltratar animales es inadmisible", "Nunca es correcto matar a un ser humano", "La justicia es lo más importante", "No se debe ser desagradable" y "Debe preocuparse por el más débil". Los seis ítems restantes miden el factor 'Lealtad y Respeto': "No se debe ser desleal", "El respeto a la autoridad es algo que todos los niños deberían aprender", "Se deben respetar los derechos de otros", "No se debe causar caos", "No se debe actuar injustamente" y "No se debe ser excluyente".

5 Los datos obtenidos para la presente investigación han sido proporcionados por la Fundación ARU, en el marco de la Primera Encuesta Nacional de Polarización, auspiciada por la Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung y la Fundación Konrad-Adenauer-Stiftung, y llevada a cabo entre noviembre y diciembre de 2022. Dicha encuesta incorpora el cuestionario de fundamentos morales propuesto por Jonathan Haidt (2008), el cual fue implementado por primera vez en Bolivia en una encuesta de alcance nacional.

6 Con el propósito de explorar la validez de la prueba, los 11 ítems fueron sometidos a un Análisis Factorial Exploratorio (AFE) con la ayuda del programa estadístico IBM-SPSS. Las medidas de adecuación muestral indicaron la pertinencia del AFE y se obtuvieron comunalidades con valores de entre ,234 y ,846; es decir, con varianzas explicadas aceptables en todos los ítems de la prueba. El AFE extrajo dos factores ('Respeto-Lealtad' y 'Cuidado-Protección') con el 56,167% de la varianza total explicada, utilizando el método de extracción de cuadrados mínimos generalizados y el método de rotación Oblimin con normalización Kaiser. Ambos factores se correlacionaron positiva y significativamente (rho = ,213; p< .01). La consistencia interna obtenida mediante el Alfa de Cronbach fue de ,858, lo que indica un instrumento de fiabilidad aceptable. Por otra parte, el Análisis Factorial Confirmatorio (AFC) practicado con el software IBM-AMOS arrojó estimados ('Máxima Verosimilitud') altamente significativos (p< ,000), con pesos factoriales de entre ,377 y ,905, y correlaciones múltiples al cuadrado (R2) de entre ,142 y ,820. Los resultados arrojaron un modelo bien ajustado según los siguientes indicadores: RMR = ,104; NFI = ,981; IFI = ,984; TLI = ,979; RFI = ,975; GFI = ,979; RMSEA = ,049. En conclusión, la EBPM es una escala válida y confiable para estimar moralidad.

Escala de Sensibilidad Democrática (ESD)

Esta escala también ha sido construida a partir de la Primera Encuesta Nacional de Polarización, incluyendo cinco ítems: "Los votos de todos los bolivianos valen lo mismo", "Se puede expresar libremente el descontento", "Se cumplen las leyes electorales", "Los partidos políticos y los candidatos compiten en igualdad de condiciones", y "Los bolivianos cuentan con información plural e independiente". Por la naturaleza de los ítems de la escala, su propósito ha sido valorar la actitud de la muestra hacia la democracia, más que su apego o su indiferencia. Se trata igualmente de una escala tipo Likert de cinco puntos (1 "nunca" y 5 "todas las veces") y cinco ítems con capacidad de medir el constructo 'sensibilidad democrática'.

El cuadro 1 resume los valores de fiabilidad y del Análisis Factorial Confirmatorio (AFC) de ambas escalas, mostrando el buen ajuste estadístico de su modelo métrico.

Cuadro 1
Valores de fiabilidad y validez factorial de las escalas de moralidad y de sensibilidad democrática

Escala	α Crombach	RMR	NFI	IFI	TLI	RFI	GFI	RMSEA
Escala Básica de Principios Morales	,858	,104	,981	,984	,979	,975	,979	,049
Escala de Sensibilidad Democrática	,758	,011	,998	,999	,996	,992	,999	,022

Fuente: Elaboración propia.

Resultados

Los resultados han sido divididos en dos grandes áreas: la de los efectos sobre el sentimiento democrático y la de los efectos sobre los principios morales. A continuación presentamos los resultados referidos a la sensibilidad democrática, secuenciados en cuatro secciones: una mostrando los efectos de las variables sociales y demográficas sobre la disposición democrática, otra que presenta las influencias encontradas desde el ejercicio de los principios morales sobre la sensibilidad democrática, una tercera sobre la importancia percibida por la gente acerca de la vigencia y la utilidad de ciertas instituciones respecto al compromiso democrático, y una última sobre la verificación de la influencia de algunas variables que indican polarización ideológica sobre el sentimiento democrático y la libertad de pensamiento.

Más adelante describimos las causales sobre la moralidad a partir de variables tales como la normativo-legal y la violencia política, para luego explorar sus efectos combinados sobre la sensibilidad democrática.

Influencias sobre la sensibilidad democrática

Variables sociodemográficas

De acuerdo con el cuadro 2, las comparaciones entre hombres y mujeres no han mostrado diferencias en los valores medios de aceptación de la democracia. Las variables edad, religión e identidad étnica, en cambio, sí parecen gravitar sobre dicha variable dependiente. Nótese que la edad dividida en dos rangos (mayor de 35 y menor de 36 años) señala efectos significativos en cuanto a la sensibilidad democrática a favor de la población más joven. De igual modo, la religión categorizada en tres opciones muestra diferencias solamente entre la religión evangélica y otras opciones (indígena-originario, ninguna y otras). Finalmente, la identidad étnica, distribuida en cuatro categorías, evidencia una relación significativa destacando diferencias entre aimaras y quechuas con relación a los autodeclarados como mestizos, resultado que deja ver un mayor compromiso de los grupos étnicos con la democracia, en comparación con los no originarios.

Cuadro 2
Descripción de las variables sociodemográficas y su influencia sobre la sensibilidad democrática de la muestra

		Sensibilidad democrática								
		N	**Baja %**	**Alta %**	**Total %**	***Media***	***F Levene***	***t***	***p***	***d Cohen***
Sexo	Mujeres	1.180	43,00	57,00	100,00	15,46	,434	,130	,896	—
	Hombres	907	41,60	58,40	100,00	15,43				
Edad	18 a 35 años	839	39,00	61,00	100,00	15,67	,946	2,509	,012*	,112
	36 a 87 años	1.248	46,20	53,80	100,00	15,19				
		N	**Baja %**	**Alta %**	**Total %**	***Media***	***F Levene***	***t***	***p***	***d Cohen***
Religión	Católica	1.433	41,70	58,30	100,00	15,58	,401	C-E C-O E-O	,799 ,014* ,150	,236
	Evangélica	495	42,60	57,40	100,00	15,33				
	Otra	159	47,80	52,20	100,00	14,57				
		N	**Baja %**	**Alta %**	**Total %**	***Media***	***F Levene***	***t***	***p***	***d Cohen***
Identificación étnica	Quechua	582	38,30	61,70	100,00	1.110,70	—	34,11	,000**	,307
	Aimara	467	34,70	65,30	100,00	1.128,50				
	Otra	170	41,80	58,20	100,00	1.018,20				
	Ninguna	868	49,30	50,70	100,00	958,90				

Fuente: Elaboración propia.
Nota: * p < ,05; ** p < ,01

Institucionalidad y sensibilidad democrática

El pensamiento democrático se nutre de la vigencia y del funcionamiento saludable de una serie de instancias sociales que le sirven de soporte y, consecuentemente, con la aceptación de su funcionamiento regulado. Una democracia sólida debe contar con el respaldo ciudadano a dicha institucionalidad, evitando el rechazo y la suspicacia que la debilitan. Autores como Linz (1978), Ostrom (2013) y Fukuyama (2014), entre otros, han señalado la importancia de las instituciones en la estabilidad democrática.

Seguidamente comparamos los puntajes medios de la aceptación de la democracia, según la importancia o el reconocimiento que la población asigna a dichas instituciones sociales. El cuadro 3 resume dicho análisis.

Cuadro 3
Comparación entre la importancia y la no importancia asignada a ciertas instituciones sociales y su influencia sobre la sensibilidad democrática

	Libre expresión y democracia								
	Sí/No	***N***	**%**	***M***	***DE***	***F Levene***	***t***	***p***	***d Cohen***
Representatividad de los gobiernos locales	Sí	1.208	57,90	15,89	4,32	,072	5,647	,000**	, 251
	No	879	42,10	14,83	4,10				
Importancia de los sindicatos	Sí	740	35,50	15,96	4,19	,938	4,064	,000**	,223
	No	1.347	64,50	15,16	4,31				
Importancia de los movimientos sociales	Sí	777	37,20	16,65	4,12	,420	10,090	,000**	,434
	No	1.310	62,80	14,73	4,22				
Importancia de los partidos políticos	Sí	525	25,20	15,63	4,19	,947	-1,165	,244	—
	No	1.562	74,80	15,38	4,31				
Importancia de las plataformas ciudadanas	Sí	6,78	32,50	14,92	4,23	,501	3,902	,000**	,261
	No	1.409	67,50	15,70	4,34				
Importancia de la actividad privada	Sí	589	28,20	1.050,80	—	—	-,837	,403	—
	No	1.498	71,80	1.026,40					
Práctica de la protesta callejera	Sí	638	33,00	1.055,50	—	—	-4,887	,000**	,223
	No	1.296	67,00	924,16					

Fuente: Elaboración propia.
Nota: * p< ,05; ** p < ,01

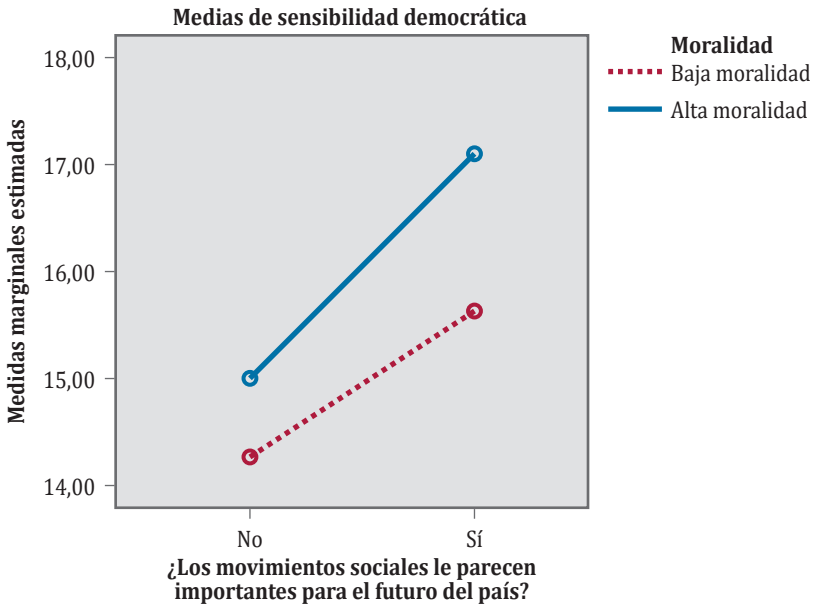
Nótese que los valores medios de sensibilidad democrática difieren cuando comparamos el grado de importancia/no importancia que los participantes asignan a la representatividad de las autoridades locales/nacionales, los sindicatos y los movimientos sociales. Esto estaría significando que quienes confieren mayor importancia a esas instituciones expresan también un mayor grado de aceptación democrática. Es interesante advertir también que la institucionalización de la protesta callejera en Bolivia está asociada a altos valores de sensibilidad democrática. En el caso de las plataformas ciudadanas, su aceptación está más bien relacionada con bajos valores medios de aceptación democrática.

En sentido contrario, no encontramos diferencias en la aceptación democrática al comparar la importancia/no importancia asignada a los partidos políticos y a la actividad económica privada. Es decir, la importancia asignada a esas instancias institucionales no aumenta ni disminuye la sensibilidad democrática de la muestra. Esa falta de relación podría señalar probablemente la pérdida de predicamento de los partidos políticos como instituciones democráticas, así como un prejuicio respecto a la iniciativa privada.

Si bien los datos respaldan la influencia de la institucionalidad en la convicción democrática, hacemos notar el énfasis puesto en instituciones menos convencionales, entre ellas los movimientos sociales, los gobiernos locales y las organizaciones laborales, e incluso la protesta social, mientras que las instituciones más convencionales, como los partidos políticos, por ejemplo, ejercen poca influencia sobre el sentimiento democrático.

Con el propósito de ilustrar la importancia de la moralidad sobre la sensibilidad democrática (tomando el caso de la opinión vertida sobre los movimientos sociales), veamos los resultados obtenidos en el análisis de varianza de doble vía (ANOVA) que se exponen en la gráfico 1. Dicho análisis explora las relaciones bivariadas (moralidad e importancia de los movimientos sociales) sobre la sensibilidad democrática y expone, además, la interacción entre ambas para moderar o influir en su efecto sobre esta última.

Gráfico 1
Análisis de la varianza que destaca la relevancia de la moralidad sobre la relación entre la importancia percibida de los movimientos sociales y la sensibilidad democrática



Fuente: Elaboración propia.

Los puntajes medios de sensibilidad democrática son, como ha quedado demostrado, siempre más altos para quienes muestran una moralidad más alta (*F* Moralidad = 30,083; *p*< ,000). El gráfico 1 también evidencia que, cuando se destaca la importancia de los movimientos sociales, los valores de sensibilidad democrática son notablemente más altos en el grupo de mayor moralidad (*F* Importancia MS = 75,420; p< ,000), lo que muestra su capacidad moderadora (*F* Int. Moral*Importancia = 3,380; *p*< ,05).

Polarización ideológica y democracia

Un análisis de la polarización en varios países ha sido dado a conocer por Barreda-Díez y Ruiz-Rodríguez (2020), que califican a Bolivia como un país de nivel medio de polarización. Sin embargo, Bolivia parece haber alcanzado muy altos niveles de polarización política que se reflejan en percepciones, convicciones y posturas divididas acerca de la naturaleza y de las características de la vida nacional, tal como sugiere la Primera Encuesta Nacional de Polarización. Tal polarización se expresa claramente en la confianza ciudadana, la aceptación y el respeto de quienes piensan diferente, y en las concepciones de la gente tanto sobre el sentido otorgado a la democracia en los últimos años como acerca del destino mismo del país y de su gente.

Con el propósito de medir el efecto de la polarización sobre la democracia en Bolivia (cuadro 4), se han elegido seis ítems agrupados en tres categorías: comunicación entre oponentes políticos, percepción acerca de la sucesión presidencial en 2019[7] y posturas excluyentes de tipo étnico-clasistas.

7 Controversia que dividió Bolivia a raíz de un movimiento social que culminó con la renuncia del entonces presidente y condujo a la consecuente sucesión presidencial.

Cuadro 4
Comparación entre diferentes opiniones comúnmente expresadas por la muestra sobre temas de polarización y su influencia sobre la sensibilidad democrática

Sensibilidad democrática	Sí/No	*N*	%	*M*	*DE*	*F Levene*	*t*	*p*	*d Cohen*
Las personas de clase alta son racistas	Sí	1.007	53,60	15,65	4,15	,602	1,796	,073	,083
	No	872	46,40	15,30	4,38				
Es difícil hablar con oficialistas	Sí	647	34,70	13,95	4,33	,446	-11,590	,000**	,564
	No	1.215	65,30	16,29	4,05				
Es difícil hablar con la oposición	Sí	639	35,70	16,00	4,10	,309	3,643	,000**	,180
	No	1.148	64,30	15,24	4,30				
El oficialismo hizo fraude	Sí	1.015	54,80	14,35	4,07	,446	13,512	,000**	,631
	No	838	45,20	16,91	4,02				
La oposición hizo golpe	Sí	942	50,30	16,53	4,02	,212	10,592	,000**	,490
	No	930	49,70	14,49	4,29				

Fuente: Elaboración propia,
Nota: * p< ,05; ** p< ,01,

Para cada ítem, la muestra ha sido dividida en dos grupos, dependiendo de su percepción acerca de la dificultad de comunicarse o no con el adversario político. El propósito ha sido estudiar el comportamiento de la variable sensibilidad democrática. La media resultante de quienes piensan que la comunicación con el oficialismo es difícil es superior a la de los que piensan que resulta fácil hacerlo. Esa diferencia es altamente significativa, lo que deja dudas sobre la convicción democrática de las personas participantes. Por el contrario, esa misma comparación, pero en referencia a la oposición, muestra una media mayor para los que sí creen que es más fácil hablar con ellos. Tal diferencia deja en claro que quienes consideran a la oposición como más accesibles expresan un mayor sentido democrático, aunque el tamaño del efecto sugiere precaución con dicha conclusión.

Respecto a la discrepancia fraude-golpe, al dividir la muestra en dos porciones (el oficialismo hizo y no hizo fraude en las elecciones presidenciales de 2019), las medias más altas de sensibilidad democrática corresponden a quienes consideran que el oficialismo no realizó fraude. Consecuentemente, quienes puntuaron más alto en aceptación democrática son también quienes expresan dicha convicción, diferenciándose de manera

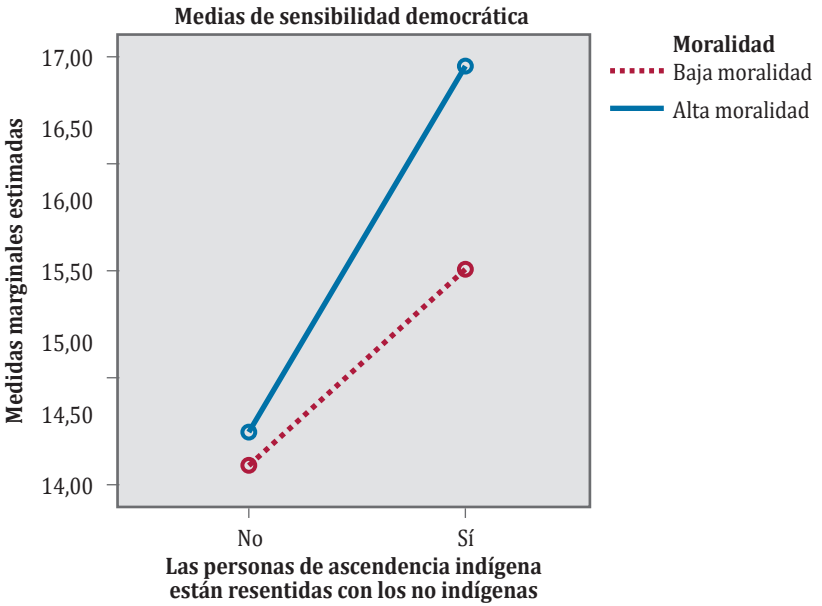
significativa de los que piensan que el oficialismo hizo fraude. En contraposición con ese resultado, las personas que mantienen la convicción de que la oposición cometió un golpe de Estado ese año son también las que muestran mayores valores medios de convicción democrática con relación a los que sostienen que no hubo golpe.

Por último, no hay diferencia estadísticamente significativa referida a la convicción democrática si comparamos a los que piensan que las personas de clase alta son racistas con los que piensan que no lo son. Sin embargo, las diferencias observadas entre los valores de convicción democrática de quienes piensan y no piensan que los indígenas conforman un segmento de población resentida favorecen a los últimos de manera muy significativa.

Esos resultados señalan con claridad que la convicción democrática está parcialmente determinada por percepciones sociales contrapuestas que profundizan antagonismos políticos y partidarios, más que por razones derivadas de la discriminación clasista étnico-cultural.

Como en los casos anteriores, el ANOVA (gráfico 3) confirma gráficamente que los valores de sensibilidad democrática son más altos para las personas que muestran mayor moralidad (F Moralidad = 17,408; p< ,000). Esa figura aclara también que, cuando hay convicción de rencor interracial, los valores de sensibilidad democrática son notablemente más bajos que cuando la gente no reporta esa creencia (F Rencor = 95,538; p< ,000). Debe notarse también que la ausencia de esa convicción negativa modera la influencia de la moralidad sobre la sensibilidad democrática, incrementando sus efectos; no obstante, tal influencia es mucho mayor para quienes expresan mayor moralidad (F Int. Moralidad*Rencor = 8,576; p< ,000).

Gráfico 3
Análisis de la varianza que clarifica el efecto moderador del rencor interracial sobre la relación previamente definida entre moralidad y sensibilidad democrática



Fuente: Elaboración propia,

Efectos sobre la moralidad

Lind (2012) considera necesario contar con ciertas habilidades morales para convivir en democracia: la habilidad de juzgar y de actuar en concordancia con los propios principios morales, y la capacidad para solucionar conflictos por medio de la discusión franca y libre de temores, en lugar de usar la violencia y ejercer poder.

Dada la creciente evidencia sobre la influencia de la moralidad sobre el comportamiento democrático (Norton, 1991; Larmore, 2008), así como del ejercicio democrático sobre el desarrollo de la moralidad (Verdorfer y Weber, 2016), es preciso establecer también los principios, los valores personales, las creencias, etcétera, que determinan la conducta moral, como por ejemplo la aceptación (o el rechazo) de ciertas prácticas jurídicamente cuestionables o su relación con la violencia política. A continuación reportamos el comportamiento de algunas de esas variables.

Violencia política y moralidad

La violencia política es una forma cada vez más frecuente de degradación de la moral cuando es ejercida contra los ciudadanos para acallar, reprimir, ridiculizar o amedrentar el ejercicio democrático y la libre expresión de ideas. Como dicho comportamiento busca imponer un modo particular de pensamiento político o anular o desacreditar otro, en general a través de medios socialmente desaprobados, se considera contrario al ejercicio y a la integridad moral de las personas y de los grupos humanos. La relación entre violencia política y moral es compleja porque está mediada por el uso de argumentos morales para su legitimación, según lo señala la Teoría Social Cognitiva (Bandura, 1999; Bandura, 2016; Zimbardo *et al*., 1986; Milgram, 1963; Staub, 1992).

En este estudio se han explorado las siguientes variables relacionadas con la violencia política: la evasión del diálogo político para evitar la confrontación (una especie de autocensura de la expresión libre de ideas), el acoso político a través de las redes sociales y la ruptura social por razones ideológicas. El cuadro 5 resume los resultados estadísticos con relación a la moralidad.

Cuadro 5
Comparación de acciones realizadas y no realizadas, relacionadas con la violencia política, expresadas por la muestra, y su influencia sobre los principios morales

Moralidad	Sí/No	*N*	%	*M*	*DE*	*F Levene*	*t*	*p*	*d Cohen*
Evito hablar de política para no pelear	Sí	1.081	54,90	98,94	17,98	,183	2,055	,040*	,093
	No	887	45,10	97,25	18,40				
Rebato ideas de otros en redes sociales	Sí	406	21,80	99,15	18,76	,601	,877	,380	—
	No	1.453	78,20	98,25	18,12				
He cortado lazos con amigos y familia por política	Sí	372	19,10	100,52	17,22	,110	-2,686	,007*	,155
	No	1.573	80,90	97,74	18,18				
	Sí/No	***N***	**%**	**Rangos**	***DE***	***F Levene***	***Z***	**p**	***d Cohen***
He insultado en redes sociales	Sí	485	25,90	938,00	—	—	-,096	,924	—
	No	1.386	74,10	935,25					

Fuente: Elaboración propia,

Las proporciones de quienes optan por evadir la confrontación para evitar el conflicto y quienes no lo hacen muestran diferencias significativas (t = 2,055; p< ,04,), aunque el tamaño del efecto es casi nulo (*d* = ,093) respecto a su comportamiento moral. La moralidad ha sido más alta entre los que aceptan privarse de la discusión política para evitar confrontaciones. La prevención del conflicto evitando la discusión sobre las ideas parecería ser aquí una opción moral, sobre todo si está acompañada de la idea de respeto. Sin embargo, el reconocimiento de haber roto relaciones familiares o de amistad a causa de diferencias políticas se asociaría también con una mayor moralidad. Esto privilegiaría el debate político sobre las relaciones personales. Entonces, por un lado, habría quizá razones para preferir evitar la confrontación, lo cual señala una postura moral; pero, por otro lado, buscar el intercambio de ideas sin temor a sus consecuencias podría entenderse como un acto de honestidad intelectual, a pesar del riesgo de ruptura. Ese es, en todo caso, un tema sobre el que se debe obtener mayor evidencia en lo referido a las características situacionales o contextuales de la moralidad.

Las controversias en las redes sociales no parecen afectar la moralidad. No obstante, a pesar de no haber encontrado diferencias significativas de expresión moral entre quienes insultan en las redes sociales por razones políticas y quienes no lo hacen, se evidencia que los agresores constituyen un importante segmento de la muestra (al menos una cuarta parte). De esa manera, los intercambios cuestionables suscitados por razones ideológicas parecerían estar ganando espacio también en el ámbito virtual, al amparo de la impersonalidad y del anonimato.

Finalmente, la correlación entre violencia política (agrupando las variables "Rebato ideas de otros en redes sociales", "He cortado lazos con amigos y familiares por la política" y "He insultado a través de redes sociales") y polarización (agrupando las variables "Las personas de clase alta/media son racistas", "Es difícil hablar con oficialistas", "Es difícil hablar con opositores", "El oficialismo hizo fraude", "Los opositores hicieron golpe" y "Los indígenas están resentidos") nos ha mostrado una fuerte y positiva relación entre ambos constructos (*rs* = ,54; *p*< ,014). Ese resultado está en línea con lo reportado por la investigación internacional sobre dicho tema (Piazza, 2023).

Conclusiones

En este estudio han sido rescatadas algunas variables que en la encuesta de polarización política demostraron ser relevantes y proyectadas para profundizar el estudio de las influencias sobre la sensibilidad democrática y la moralidad. La investigación ha explorado varias preguntas para las cuales nos disponemos ahora a discutir sus respuestas, a la luz de los propios resultados y de los obtenidos por investigaciones recientes.

En lo referido a cómo las influencias personales y demográficas afectan el apego con la democracia, Foa y Mounk (2016) han encontrado que las generaciones más jóvenes de Estados Unidos y de Europa muestran una notable disminución en el apego a la democracia. Tal "desconexión" parecería estar acompañada de una mayor inclinación hacia alternativas políticas autoritarias.

Esos autores también han reportado que quienes se reconocen como minorías étnicas, profesan religiones diferentes a la católica, son mujeres y poseen bajos niveles de escolaridad muestran una menor conexión con la democracia. Nuestros resultados coinciden con los suyos solo en lo que respecta a la variable religión. La población boliviana menor de 35 años ha evidenciado un nivel de sensibilidad democrática más alto que los mayores de dicha edad; asimismo, quienes se consideran de origen aimara o quechua, o se identifican con esos grupos étnicos, también han mostrado mayor sensibilidad democrática. Si bien nuestro estudio no aborda la desconexión con la democracia, es posible hacer un paralelo con el de Foa y Munk (2016), aunque nuestros hallazgos discrepen con las variables mencionadas. El estudio de esos autores señala que los bajos niveles de escolarización alejan a la gente de la democracia. En nuestro estudio no ha sido analizado el peso de la educación y no se han encontrado diferencias entre la sensibilidad democrática de los hombres y la de las mujeres.

Debido a la contundencia del estudio de Foa y Mounk (2016) respecto a la importancia de la edad sobre la conexión con la democracia, debería vigilarse su influencia sobre la sensibilidad democrática, pues es preocupante para la democracia constatar que las nuevas generaciones, en otros países, están cada vez más alejadas de su planteamiento ideológico y menos convencidas de su promesa de un mundo mejor. La diferencia observada con relación a la variable

étnica no nos extraña porque la población originaria en Bolivia no se considera una minoría étnica y, a diferencia de los estratos socioeconómicos medios y altos, se encuentra permanentemente movilizada y políticamente representada.

A principios del siglo XX, el filósofo francés Boutroux (1921), para explicar la relación entre democracia y moralidad, estableció un afortunado paralelo etimológico entre ambos términos de origen griego, a los que relaciona tanto en su significado como en su función social. Sócrates, nos dice Boutroux, definió moralidad como "el arte de la autoposesión y del autogobierno" (1921, p. 166), y recuerda que la democracia se trata del gobierno del pueblo por sí mismo; es decir, el autogobierno. En consecuencia, la democracia debe ser la aplicación de la idea de la moral a la política.

El gobierno del pueblo por el pueblo supone un contrato social entre unos y otros, que obliga a los gobernantes a ejercer control soberano para asegurar bienestar, libertad, justicia, inclusión y crecimiento a los gobernados. Al mismo tiempo, los gobernados convienen en respetar las normas, ser productivos y participar activa y deliberativamente en las instituciones democráticas, fortaleciéndolas en beneficio del Estado. Se trata de un contrato que debe tener una fuerza moral para su cumplimiento. De ahí que, cuando una o ambas partes contravienen la esencia moral del contrato, sobreviene su resquebrajamiento y el colapso del sistema democrático. El estado de situación de la democracia requiere, por tanto, vigilar la integridad moral del acto político. Los resultados de esta investigación muestran claramente la estrecha relación entre moralidad y democracia, y sugieren su valoración a partir de los hechos que corrompen moralmente tanto la gestión pública como la ciudadanía plena y responsable.

Un tercer elemento que debe ser discutido se deriva de la aceptación de la importancia de la institucionalidad para la democracia. Ninguna sociedad está lista para la democracia hasta que es capaz de desarrollar y de mantener instituciones fuertes nacidas de la sociedad civil, destinadas, sobre todo, a proteger a los individuos de los excesos del poder estatal y a operar sobre la base de liderazgos democráticos y de principios morales inalterables que las haga dignas de confianza (Myerson, 2021). Algunas de esas instituciones son los partidos políticos, los sindicatos y otras agrupaciones sociales de base, como también las plataformas ciudadanas, entre otras.

El presente estudio nos deja en claro que la población boliviana es consciente de la importancia de las instituciones sobre las que se asienta la democracia, aunque otorga más credibilidad a unas que a otras; por ejemplo, de modo evidente, los partidos políticos no son considerados por los bolivianos como fuertes pilares de la democracia. Según Hofmeister y Grabow, "La política requiere de instituciones que reúnan, representen, discutan, decidan e implementen las propuestas de conformación. Los parlamentos y los gobiernos, que por regla general se apoyan en los partidos, son las instituciones más importantes de la política en un Estado democrático" (2013, p. 5).

El mensaje que nos dejan los participantes en el estudio debería suponer una especial preocupación a ser recogida por los partidos políticos acerca de su función de representación de los intereses de la población. Dalton (2008), Norris (2002) y Zukin *et al.* (2006) señalan que esa credibilidad hacia las instituciones tradicionales, así como la participación electoral, disminuyeron hacia el inicio del siglo XXI. No obstante, las sociedades han encontrado nuevos mecanismos menos formales, como la protesta callejera, el activismo en las redes sociales y el consumismo político (Dalton, 2008; Katsanidou y Eder, 2015; Norris, 2002).

A diferencia de los partidos políticos, la población boliviana tiene clara la importancia de las instituciones u organizaciones sociales de base, cuya función es más bien dinamizar las acciones colectivas (Cruz-Rodríguez, 2012), la defensa de los intereses sectoriales, la gestión del conflicto, el fortalecimiento de la identidad, la solidaridad y la resistencia, en busca de la inclusión de los privados de voz en el sistema político, para que adquieran legitimidad y representatividad (Zamora-Lomelí, 2016).

La historia de los movimientos sociales que promueven la defensa de los derechos humanos parece indicar que la protesta social es uno de los caminos más transitados por las sociedades, en especial por la boliviana, para lograr cambios en sus condiciones de vida. El arraigo de la protesta pacífica en todas sus formas, la naturaleza de los problemas que la suscitan, su contundencia para lograr resultados a corto plazo y la frecuencia con la que se la práctica le brindan la legitimidad necesaria para constituirse en un medio "institucionalizado" para la expresión democrática de los colectivos ciudadanos agraviados por el poder estatal (Roth *et al.*, en prensa; Van Stekelenburg, Klandermans y Van Dijk, 2009). Asimismo, ha demostrado ser un medio eficaz para

llevar el conflicto al espacio público, para su escrutinio por parte de la población no directamente involucrada (Moreno-Morales, s. f.; Norris, 2002). En nuestro estudio, los participantes han reconocido expresamente la importancia de la protesta callejera y la han ubicado como un derecho democrático *ad hoc* que asiste a los grupos que carecen de alternativas para comunicar sus necesidades (García-Jaramillo, 2008).

Una cuarta cuestión tiene que ver con las percepciones y las convicciones que polarizan a la población y la enfrascan en posiciones enguerrilladas sin salida democrática posible, y que la aprestan al comportamiento violento. Nuestro estudio ha constatado una correlación fuerte y positiva entre polarización y violencia. Esa evidencia nos sugiere que el tipo de polarización que prevalece a los ojos de la población no es necesariamente de tipo constructiva, es decir que conduce a la sana confrontación de ideas, sino aquella afectiva, la cual nos lleva al enfrentamiento irreflexivo y descalificador (Heltzel y Laurin, 2020).

Fuentes citadas

- Almond, G. y Verba, S. (1963). La cultura política. En Batlle, A. (ed.), *Diez textos básicos de Ciencia Política* (pp. 172-201). Madrid: Ariel.

- Ayala-Espino, J. (2002). *Fundamentos Institucionales del Mercado*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Bandura, A. (2016). *Moral Disengagement. How people do harm and live with themselves*. Nueva York: Worth Publishers.

- Bandura, A. (1999). Moral Disengagement in the Perpetration of Inhumanities. *Personality and Social Psychology Review, 3*(3), 193-209. https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0303_3

- Barreda-Díez y Rodríguez R. (2020). Polarización ideológica y satisfacción con la democracia en América Latina: un vínculo polémico. *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, (78). https://www.redalyc.org/journal/3575/357568455001/html/

- Boutroux, E. (1921). Morality and Democracy. *The North American Review, 214*(789), 166- 176.

- Brader, T.; Valentino, N. A. y Suhay, E. (2008). What triggers public opposition to immigration? Anxiety, group cues, and immigration threat. *American Journal of Political Science*, (52), 959-978.

- Broockman, D. E; Joshua L. K. y Westwood, S. J. (2022). Does affective polarization undermine democratic norms or accountability? Maybe not. *American Journal of Political Science, 67*(3), 808-828. https://doi.org/10.1111/ajps.12719

- Christensen, S. (2016). All the same? Examining the link between three kinds of political dissatisfaction and protest. *Comparative European Politics, 14*(6), 781-801. https://doi.org/10.1057/cep.2014.52

- Clifford, S. (2018). How emotional frames moralize and polarize political attitudes. *Political Psychology, 40*(1), 75-91. https://doi.org/10.1111/pops.12507

- Clifford, S. y Jerit, J. (2018), Disgust, Anxiety, and Political Learning in the Face of Threat. *American Journal of Political Science*, (62), 266-279. https://doi.org/10.1111/ajps.12350

- Converse, P. E. (1964). The nature of belief systems in mass publics. *Critical Review, 18*(1-3), 1-74. https://doi.org/10.1080/08913810608443650

- Cruz-Rodríguez, E. (2012). Movimientos sociales y democracia: una reflexión a propósito del caso colombiano. *Diálogos de Saberes*, (37), 115-128. https://revistas.unilibre.edu.co/index.php/dialogos/article/view/1841/1373

- Dalton, R. J. (2021). Modeling ideological polarization in democratic party systems. *Electoral Studies*, (72), 102346. https://doi.org/10.1016/j.electstud.2021.102346

- Dalton, R. J. (2008). Citizenship norms and the expansion of political participation. *Political Studies, 56*(1), 76-98. https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.2007.00718.x

- DiMaggio, P.; Evans, J. y Bryson, B. (1996). Have Americans' social attitudes become more polarized? *American Journal of Sociology, 102*(3), 690-755. https://doi.org/10.1086/230995

- Douglas, N. (1984). *Estructura y cambio en la historia económica*. Madrid: Alianza Universidad.

- Feldman, S. (1988). Structure and consistency in public opinion: The role of core beliefs and values. *American Journal of Political Science*, (32), 416-440. http://dx.doi.org/10.2307/2111130

- Foa, R.bS. y Mounk, Y. (2016). The Democratic Disconnect. *Journal of Democracy, 27*(3), 5-17. DOI: 10.1353/jod.2016.0049

- Fukuyama, F. (2014). *Political order and political decay. From the industrial revolution to the globalization of democracy*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

- García-Jaramillo, L. (2008). La relación entre el derecho a la protesta y las teorías deliberativas de la democracia. *Co-herencia, 5*(8), 227-256. https://orcid.org/0000-0002-8721-2342

- Haidt, J. (2013). *The righteous mind. Why good people are divided by politics and religion*. Penguin Books.

- Haidt, J. (2003). The moral emotions. En Davidson, R. J.; Scherer, K. R. y Goldsmith H. H. (eds.), *Handbook of affective sciences* (pp. 852-870). Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.

- Haidt, J.; Rosenberg, E. y Hom, H. (2003). Differentiating diversities: Moral diversity is not like other kinds. *Journal of applied social psychology, 33*(1), 1-36. https://doi.org/10.1111/j.1559-1816.2003.tb02071.x

- Hansson, K.; Persson, E. y Tinghög, G. (2022). Voting and (im)moral behavior. *Sci Rep*, (12), 22643. https://doi.org/10.1038/s41598-022-24360-w

- Heltzel, G. y Laurin, K. (2020). Polarization in America: two possible futures. *Current Opinion in Behavioral Sciences*, (34), 179-184. https://doi.org/10.1016/j.cobeha.2020.03.008

- Hofmeister, W. y Grabow, K. (2013). *Partidos políticos en la democracia. Organización y Funciones*. Guatemala: Konrad-Adenauer-Stiftung.

- Hooghe, M. y Marien, S. (2013). A comparative analysis of the relation between political trust and forms of political participation in Europe.

European Societies, 15(1), 131-152. https://doi.org/10.1080/14616696.2012.692807

- Hurwitz, J. y Peffley, M. (1987). How are foreign policy attitudes structured? A hierarchical model. *American Political Science Review, 81*(4), 1099-1120. https://doi.org/10.2307/1962580

- Iyengar, S. y Westwood, S. J. (2015). Fear and loathing across party lines: new evidence on group polarization. *American Journal of Political Science, 59*(3), 690-707. https://doi.org/10.1111/ajps.12152

- Katsanidou, A. y Eder, C. (2015). Vote, party, or protest: The influence of confidence in political institutions on various modes of political participation in Europe. *Comparative European Politics, 16*(2), 290-309. https://link.springer.com/article/10.1057/cep.2015

- Kivikangas, J. M.; Fernández-Castilla, B.; Järvelä, S.; Ravaja, N. y Lönnqvist, J. E. (2021). Moral Foundations and Political Orientation: Systematic Review and Meta-Analysis. *Psychological Bulletin, 147*(1), 55-94. https://doi.org/10.1037/bul0000308

- Kornfield, M. y Alfaro, M. (1 de enero de 2021). 1 in 3 Americans say violence against government can be justified, citing fears of political schism, pandemic. *Washington Post*.

- Lind, G. (2012). Moral competence and democratic ways of life. En Weber, W. G.; Thoma, M.; Ostendorf, A. y Chisholm, L. (eds.), *Democratic competences and social practices in organizations* (pp. 62-85). https://doi.org/10.1007/978-3-531-19631-2_5

- Linz, J. J. (1978). *The breakdown of democratic Regimes. Crisis, Breakdown and Reequilibration. An introduction*. Estados Unidos: Johns Hopkins University Press.

- McCarty, N.; Poole, K. T. y Rosenthal, H. (2006). *Polarized America: the Dance of Ideology and Unequal Riches*. Massachusetts, Estados Unidos: The MIT Press.

- McCoy, J.; Rahman, T. y Somer, M. (2018). Polarization and the global crisis of democracy: Common patterns, dynamics, and pernicious consequences for democratic politics. *American Behavioral Scientist*, *62*(1), 16-42. https://doi.org/10.1177/00027642187595

- Milgram, S. (1963). Behavioral study of obedience. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, (67), 371-378. https://doi.org/10.1037/h0040525

- Monsivais-Carrillo, A. (2019). La indiferencia hacia la democracia en América Latina. *Íconos, Revista de Ciencias Sociales, XXIV*(66), 151-171. https://doi.org/10.17141/iconos.66.2020.3469

- Moreno-Morales, D. (s. f.). La marcha nuestra de cada día: Normalización de la protesta en Bolivia. En Observatorio de la cultura política en Bolivia (comp.), *Cultura política en tiempos de cambio. Institucionalidad, conflicto y región en Bolivia*. Cochabamba: Ciudadanía, Comunidad de estudios sociales y acción pública. http://ciudadaniabolivia.org/sites/default/files/archivos_articulos/2009%20Cultura%20politica%20en%20tiempos%20de%20cambio.pdf#page=73

- Munck, G. L. (2016) What is democracy? A reconceptualization of the quality of democracy, *Democratization, 23*(1), 1-26. https://doi.org/10.1080/13510347.2014.918104

- Myerson R. B. (2021). Outlook for democracy and democratic institutions. *Business economics, 56*(1), 8-13. https://doi.org/10.1057/s11369-020-00199-9

- Norton, D. L. (1991). *Democracy and moral development*. California, Estados Unidos: University of California Press.

- Norris, P. (2002). *Democratic phoenix: reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Ostrom, E. (2013). *Comprender la diversidad institucional*. Oviedo, España: KRK.

- Pew Research Center (2017). The Partisan divide on political values grows even wider. Report. https://www.pewresearch.org/politics/2017/10/05/the-partisan-divide-on-politicalvalues-grows-even-wider/

- Piazza, J. A. (2023). Political Polarization and Political Violence. *Security Studies, 32*(3), 476-504. https://doi.org/10.1080/09636412.2023.2225780

- Przeworski, A. (2001). Una mejor democracia, una mejor economía. En Camou, A. (comp.), *Los desafíos de la gobernabilidad* (115-130). México, D. F.: FLACSO México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Plaza y Valdés S. A. de C. V.

- Przeworski, A.; Álvarez, M. E.; Cheibub, J. A. y Limongi, F. (2000). *Democracy and Development Political Institutions and Well-being in the World 1950-1990*. Nueva York: Cambridge University Press.

- Roth, E.; Orellana, D.; García, M. F.; Sirlopú, D. y Cakal, H. (en prensa). *Social mobilization in Bolivia: modeling 21f-protest motives and satisfaction with conflict results*.

- Russell, J. D. (2023). Social Modernization and Political Tolerance in America. *World Values Research, 15*(1), 1-29.

- Ryan E. C. y Love, G. J. (2013). The politics of interpersonal trust and reciprocity: An experimental approach. *Political Behavior*, (35), 43-63. https://doi.org/10.1007/s11109-011-9181-x

- Schwartz, S. H. (2006). *Basic Human Values: An Overview*. http://www.yourmorals.org/schwartz.2006.basic%20human%20values.pdf

- Schwartz, S. H.; Caprara, G. V. y Vecchione, M. (2010). Basic personal values, core political values, and voting: a longitudinal analysis. *Political Psychology, 31*(3), 421-452. https://doi.org/10.1111/j.1467-9221.2010.00764.x

- Shayo, M. y Harel, A. (2012). Non-consequentialist voting. *Journal of Economic Behavior y Organization, 81*(1), 299-313. https://doi.org/10.1016/j.jebo.2011.10.021

- Shi, F.; Teplitskiy, M; Duede, E. y Evans, J. A. (2019). The wisdom of polarized crowds. *Nat. Hum. Behav., 3*(4), 329-336. https://doi.org/10.1038/s41562-019-0541-6

- Skitka, L. J.; Washburn, A. N. y Carsel, T. S. (2015). The psychological foundations and consequences of moral conviction. *Curr Opin Psychol*, (6), 41-44. https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2015.03.025

- Skitka, L. J.; Bauman, C. W. y Sargis, E. G. (2005). Moral Conviction: Another Contributor to Attitude Strength or Something More? *Journal of Personality and Social Psychology, 88*(6), 895-917. https://doi.org/10.1037/0022-3514.88.6.895

- Stagnaro, M. N.; Dunham, Y. y Rand, D. G. (2018). Profit versus prejudice: harnessing self-interest to reduce in-group bias. *Social Psychological and Personality Science, 9*(1), 50-58. https://doi.org/10.1177/1948550617699254

- Staub, E. (1992). The origins of aggression and the creation of positive relations among groups. En Staub, S. y Green, P. (eds.), *Psychology and social responsibility: Facing global challenges* (pp. 89-120). Nueva York: New York University Press.

- Stavrakakis, Y. (2018). Paradoxes of polarization: democracy's inherent division and the (anti-) populist challenge. *Am Behav Sci, 62*(1), 43-58. https://doi.org/10.1177/0002764218756924

- Van Stekelenburg, J.; Klandermans, B. y Van Dijk, W. W. (2009). Context matters: Explaining why and how mobilizing context influences motivational dynamics. *Journal of Social Issues*, (65), 815-838. https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.2009.01626.x

- Velasco, A. L. (2023). *Primera Encuesta Nacional de Polarización 2023*. La Paz: Proyecto Unámonos, Friedrich-Ebert-Stiftung, Konrad-Adenauer-Stiftung, Embajada de la República Federal de Alemania, Cooperación Alemana Deutsche Zusammenarbeit.

- Verba, S.; Brady, H. y Schlozman, K. L. (1995). Beyond SES: a resource model of political participation. *American Political Science Review, 89*(2), 271-294. https://doi.org/10.2307/2082425

- Verdorfer, A. P. y Weber, W. G. (2016). Examining the link between organizational democracy and employees' moral development. *Journal of Moral Education, 45*(1), 59-73. https://doi.org/10.1080/03057240.2015.1136600

- Westwood, S. J.; Iyengar, S.; Walgrave, S.; Leonisio, R.; Miller, L. y Strijbis, O. (2018). The tie that divides: Cross-national evidence of the primacy of partyism. *European Journal of Political Research, 57*(2), 333-354. https://doi.org/10.1111/1475-6765.12228

- Zamora-Lomelí, C. B. (2016). Movimientos sociales, democracia y Estado de derecho. Una mirada a la contribución de los movimientos sociales a la democratización e institucionalización del Estado de derecho. *Tlamelaua, 9*(39), 152-171.

- Zimbardo, P. J.; Haney, C.; Banks, W. C. y Jaffe, D. (1986). La psicología del encarcelamiento: Privación, poder y patología. *Revista de Psicología Social*, (1), 95-105.

- Zukin, C.; Keeter, S.; Andolina, M.; Jenkins, K. y Carpini, M. X. D. (2006). *A New Engagement? Political Participation, Civic Life, and the Changing American Citizen*. Nueva York: Oxford University Press e-books.

Fuentes no citadas

- Abelson, R. P.; Kinder, D. R.; Peters, M. D. y Fiske, S. T. (1982). Affective and semantic components in political person perception. *Journal of Personality and Social Psychology*, (42), 619-630. https://doi.org/10.1037/0022-3514.42.4.619

- Brader, T.; Valentino, N. A. y Suhay, E. (2008). What triggers public opposition to immigration? Anxiety, group cues, and immigration threat. *American Journal of Political Science*, (52), 959-978.

- Clifford, S. y Jerit, J. (2018), Disgust, Anxiety, and Political Learning in the Face of Threat. *American Journal of Political Science*, (62), 266-279. https://doi.org/10.1111/ajps.12350

- Cossarin, P. y García-Alonso, R. (2015). El papel de las emociones en la teoría democrática. Desafíos para un uso público de la razón en tiempos de populismo. *Revista de Estudios Políticos*, (168), 291-315. http://dx.doi.org/10.18042/cepc/rep.168.10

- Darley, J. M. y Pittman, T. S. (2003). The psychology of compensatory and retributive Justice. *Personality and Social Psychology Review, 7*(4), 324-336. https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0704_05

- Dworking, R. (2011). *Justice for Hedgehogs*. Cambridge, Estados Unidos: Harvard University Press.

- Erhardt, J.; Freitag, M.; Filsinger, M. y Wamsler, S. (2021). The Emotional Foundations of Political Support: How Fear and Anger Affect Trust in the Government in Times of the Covid-19 Pandemic. *Swiss Political Science Review, 27*(2), 339-352. https://doi.org/10.1111/spsr.12462

- Feldman, Y. y Perez, O. (2009). How law changes the environmental mind: An experimental study of the effect of legal norms on moral perceptions and civic enforcement. *Journal of Law and Society, 36*(4), 501-535. https://doi.org/10.1111/j.1467-6478.2009.00481.x

- Fraccaroli, N.; Druker, N. y Blyth, M. (2022). Political Anger. Evidence from social media campaigns in the Italian elections. https://watson.brown.edu/files/watson/imce/news/ResearchBriefs/2022/Anger___Politics%20%2810%29.pdf

- Garzón-Valdés, E. (2004). Acerca de la calificación moral de la corrupción. Tan sólo una propuesta. *Isonomía*, (21). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-02182004000200001

- Gómez-San Luis, A. H. y Almanza-Avendaño, A. M. (2021). ¿Un trabajo ilegal? Análisis crítico del discurso sobre el narcotráfico en jóvenes de Mexicali, Baja California. *Frontera Norte*, (33). https://doi.org/10.33679/rfn.v1i1.2078

- Groenendyk, E. (2011). Current Emotion Research in Political Science: How Emotions Help Democracy Overcome its Collective Action Problem. *Emotion Review, 3*(4), 455-463. DOI:10.1177/1754073911410746 er.sagepub.com

- Habermas, J. (1986). Law and morality. The Tanner Lectures on Human Values. Delivered at Harvard University. https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/401501/mod_resource/content/2/Habermas-Law%20and%20Morality.pdf

- Lenhard, W. y Lenhard, A. (2016). Computation of effect sizes. *Psychometrica*. https://www.psychometrica.de/effect_size.html

- Marcus, G. E. (1988). The structure of emotional response: 1984 presidential candidates. *American Political Science Review*, (82), 737-761.

- Marcus, G. E. y MacKuen, M. B. (1993). Anxiety, enthusiasm, and the vote: The emotional underpinnings of learning and involvement during presidential campaigns. *American Political Science Review*, (87), 672-685. https://doi.org/10.4324/9780203505984-9

- Marcus, G. E.; Sullivan, J. L.; Theiss-Morse, E. y Wood, S. (1995). *With malice toward some: How people make civil liberties judgments*. Cambridge, Estados Unidos: Cambridge University Press.

- Marcus, G. E.; Wood, S. L. y Theiss-Morse, E. (1998). Linking neuroscience to political intolerance and political judgment. *Politics and the Life Sciences*, (17), 165-178.

- Mooney, C. Z. y Schuldt, R. G. (2008). Does morality policy exist? Testing a basic assumption. *Policy Studies Journal, 36*(2), 199-218. https://doi.org/10.1111/j.1541-0072.2008.00262.x

- Petersen, M. B. (2010). Distinct emotions, distinct domains: anger, anxiety and perceptions of intentionality. *The Journal of Politics, 72*(2), 357-365. https://doi.org/10.1017/s002238160999079x

- Rico, G.; Guinjoan, M. y Anduiza, E. (2017). *Swiss Political Science Review, 23*(4), 444-461. DOI: 10.1111/spsr.12261

- Smith, C. A. y Ellsworth, P. C. (1985). Patterns of cognitive appraisal in emotion. *Journal of Personality and Social Psychology, 48*(4), 813-838. https://doi.org/10.1037/0022-3514.48.4.813

- Wlodarczyk, A.; Basabe, N.; Páez, D. y Zumeta, L. (2017). Hope and anger as mediators between collective action frames and participation in collective mobilization: The case of 15-M. *Journal of Social and Political Psychology, 5*(1), 200-223. https://doi.org/10.5964/jspp.v5i1.471

4

Fundamentos morales y percepciones políticas en Bolivia: resultados de la Encuesta de Polarización

Javier Alberto Olmos Aguilar[1]

Introducción

En la psicología moral, la Teoría de los Fundamentos Morales es ampliamente reconocida como una teoría influyente que aborda la naturaleza de la moralidad humana. Dicha teoría postula que la moralidad es el resultado de una combinación de factores innatos y aprendidos, y destaca la existencia de intuiciones morales fundamentales, como el cuidado, la justicia, la lealtad, la autoridad y la santidad.

En el contexto boliviano, es importante comprender cómo esos fundamentos morales influyen en las percepciones y en las decisiones de la población. Para ello, a fines de 2022 se realizó una encuesta de polarización, con alcance nacional, en áreas tanto urbanas como rurales. Los resultados revelaron que el cuidado, la lealtad, la autoridad, la justicia y la santidad son los fundamentos morales más importantes para los bolivianos.

La población boliviana tiene una agenda moral amplia y sus identidades sociales juegan un papel importante en sus opiniones morales. En el panorama político, se observa un realce de identidades partidarias entre los ciudadanos que se identifican con el oficialismo y la oposición, y con aquellos que no tienen una afiliación política definida, aunque no haya diferencias significativas en sus fundamentos morales. Sin embargo, se destaca un grupo significativo que no considera importantes los espacios de representación política, lo que sugiere la búsqueda de nuevas alternativas o de nuevos líderes que reflejen sus valores y sus perspectivas.

1 Psicólogo social. Forma parte del Laboratorio de Tecnologías Sociales.

A medida que analizamos las interacciones entre las creencias morales y políticas en la sociedad boliviana, se hace evidente la influencia de los líderes políticos en las opiniones morales de la población. Además, el contexto de incertidumbre generado por la crisis política de 2019-2020 ha impulsado la identificación con grupos y puede dar lugar a la aparición de discursos de odio y de polarización, especialmente en las redes sociales.

En este escrito exploramos cómo los fundamentos morales y las identidades sociales partidarias interactúan en la población boliviana, y cómo esto afecta tanto la percepción hacia otros grupos como la disposición para dialogar y resolver desacuerdos. Asimismo, proponemos posibles enfoques para fomentar un ambiente de respeto y de comprensión entre los diversos grupos, con el objetivo de evitar la fragmentación social y buscar un terreno común para construir una sociedad más cohesionada.

Teoría de los Fundamentos Morales

La Teoría de los Fundamentos Morales, creada por Haidt y sus colegas (Haidt y Joseph, 2004; Graham *et al.*, 2013), sostiene que la moralidad humana es una combinación de factores innatos y aprendidos. Las intuiciones morales innatas proporcionan la base para los juicios morales, pero el aprendizaje cultural también juega un papel importante. Distintos contextos culturales pueden amplificar o atenuar diferentes intuiciones morales, lo que da como resultado una variedad de sistemas morales.

Los autores proponen que las intuiciones morales innatas interactúan con la cultura para dar forma a las virtudes morales que valoramos. Estas son: cuidado, justicia, lealtad, autoridad, pureza y, por un tiempo, también fue considerada la libertad (Graham *et al.*, 2013). No obstante, con el desarrollo de la teoría se decidió dividir la virtud de justicia en igualdad y proporcionalidad (Atari *et al.*, 2022). Aunque tales intuiciones dan forma a los juicios en todas las culturas, cada cultura enfatiza diferentes virtudes, amplificando ciertas intuiciones sobre otras.

Para apoyar su idea, citan evidencia de la psicología moral, la biología evolutiva, la antropología cognitiva y los estudios transculturales (Atari y Haidt, 2022). Así, esta teoría se emplea principalmente para entender cómo las personas forman sus juicios y sus valores morales, y cómo difieren entre culturas e ideologías políticas. Además, mantienen

tres principios básicos de la psicología moral: la intuición viene primero, el razonamiento estratégico después; la moralidad es mucho más que justo e injusto; y la moralidad une y ciega (Haidt, 2007; Haidt, 2019). Es importante señalar que esta teoría entiende la moralidad por lo que hace, en lugar de especificar qué contenido cuenta como moral.

La Teoría de los Fundamentos Morales propone cuatro principios fundamentales: nativismo, aprendizaje cultural, intuicionismo y pluralismo (Atari y Haidt, 2022; Graham *et al.*, 2013). El nativismo sugiere que existe un "borrador" de la mente moral; es decir, que la moralidad humana está organizada, en cierto grado, antes de la experiencia. El aprendizaje cultural indica que ese "borrador" se edita durante el desarrollo dentro de un contexto cultural particular. El intuicionismo plantea que las intuiciones son lo primero, antes del razonamiento consciente. Finalmente, el pluralismo argumenta que hubo muchos desafíos recurrentes en nuestra historia evolutiva, que facilitaron la cooperación y la vida social, y, por tanto, existen múltiples "fundamentos" de la intuición moral.

La moralidad surge de una combinación de intuiciones innatas y de aprendizaje cultural, en la que diferentes juicios y valores morales tienen bases universales, pero varían culturalmente. Esas intuiciones morales funcionan como "fundamentos" que proveen la base para juicios y razonamientos morales, tomando formas culturalmente variables al interactuar con las influencias sociales y con el aprendizaje.

Los autores identifican seis intuiciones morales fundamentales universales:

- Cuidado/Daño: Evolucionó para ayudarnos a criar hijos. Nos hace sensibles al sufrimiento y nos incentiva a cuidar a los necesitados.
- Justicia/Engaño: Evolucionó para ayudarnos a cooperar sin ser explotados. Sentido de la equidad, el mercado justo y la venganza proporcional. Nos hace sensibles a signos de confianza y nos impulsa a rechazar a los tramposos.
- Lealtad/Traición: Evolucionó para ayudarnos a formar coaliciones. Deber para con los grupos de pertenencia. Nos impulsa a recompensar a los leales y a castigar a los traidores.
- Autoridad/Subversión: Evolucionó para ayudarnos a navegar jerarquías. Respeto por el estatus social y el orden jerárquico.
- Santidad/Degradación: Evolucionó inicialmente para ayudarnos a evitar parásitos, pero luego se extendió a otros dominios

simbólicos. Sentido de lo sagrado y repulsión por lo que contamina lo puro. Nos permite extremar positiva y negativamente ciertos objetos para unificar a los grupos.

Cada una de esas intuiciones representa aspectos morales que son importantes para la vida social y cooperativa en las sociedades humanas.

La psicología moral se trata fundamentalmente de las creencias de las personas sobre lo que está bien y lo que está mal (Ellemers y van den Bos, 2012); explica que las opiniones y las creencias se vuelven moralizadas cuando se entienden en términos del interés o del bienestar de algo más grande que el individuo, como la sociedad o la cultura. La forma en la que las personas interpretan sus creencias y sus opiniones es clave para la moralización, y cambia cómo juzgan sus acciones (Van Bavel *et al.*, 2012). Además, las creencias morales están fuertemente influenciadas por la identidad social, como la identidad política y la religiosa (Cohen, 2015; Van Bavel y Packer, 2021). Finalmente, la moral influye en nuestras opiniones políticas y en nuestras creencias políticas tienden a moralizarse (Skitka y Washburn, 2016).

Por lo anterior, nuestro abordaje a nivel grupal y los resultados de la encuesta nos permiten tener un acercamiento a la situación como un punto de partida que nos lleve a explorar nuevos horizontes acerca de cómo somos y a poder construir puentes de comprensión mutua.

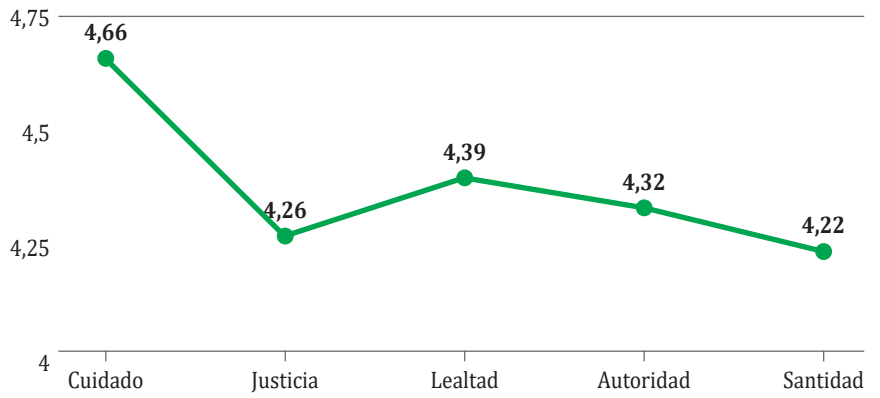
Los fundamentos morales de los bolivianos

La Primera Encuesta Nacional de Polarización en Bolivia fue realizada por la Fundación ARU entre noviembre y diciembre de 2022 con una muestra representativa de 2.087 personas mayores de 18 años y con un alcance nacional urbano y rural. Se tuvo entonces la oportunidad de aplicar el primer cuestionario sobre fundamentos morales. A continuación desglosamos algunos de sus resultados más llamativos, los cuales nos brindan nuevas luces y oportunidades para comprender el fenómeno de la polarización, y nos acercan a conocer un poco más sobre cómo somos los bolivianos.

El gráfico 1 muestra los resultados generales de las puntuaciones de los fundamentos morales. Esto sitúa al cuidado como lo más valorado. En segundo lugar se encuentra la lealtad. En tercer lugar

está la autoridad. El cuarto y el quinto lugar lo ocupan la justicia y la santidad, respectivamente. Al no haber grandes diferencias entre los puntajes, valoramos los cinco fundamentos por igual.

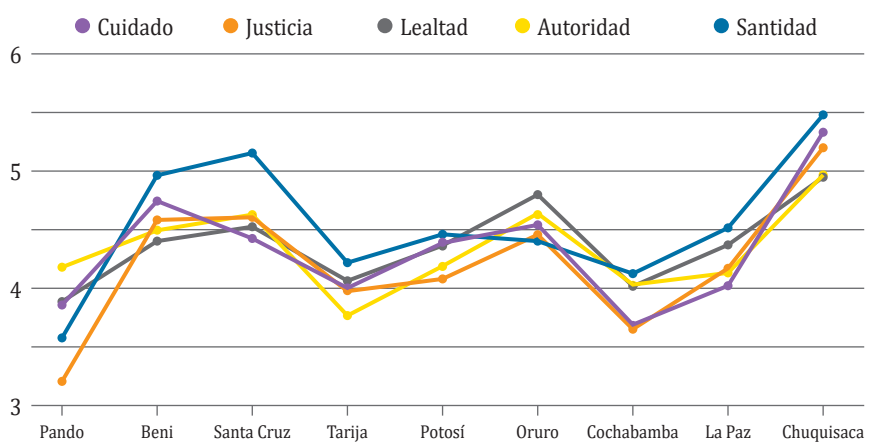
Gráfico 1
Fundamentos morales en Bolivia



Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

Para desglosar esos componentes presentamos los datos por departamento (gráfico 2). Podemos notar que el fundamento de cuidado tiene mayor presencia en los departamentos de Chuquisaca, Santa Cruz y Beni. En cambio, la lealtad es más valorada en el departamento de Oruro; y la autoridad, en Pando.

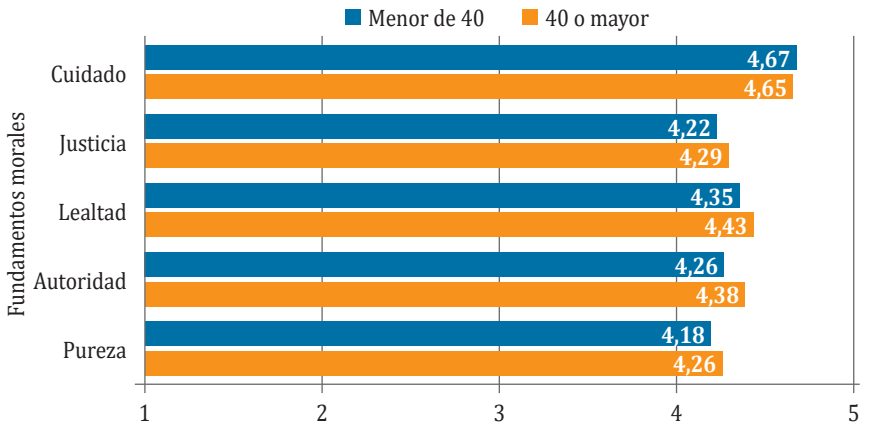
Gráfico 2
Fundamentos morales en Bolivia, según departamento



Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

En el gráfico 3 exploramos que en el componente de la edad no hay diferencias significativas entre menores y mayores de 40 años, y que tanto los adultos mayores como los jóvenes comparten la misma agenda moral.

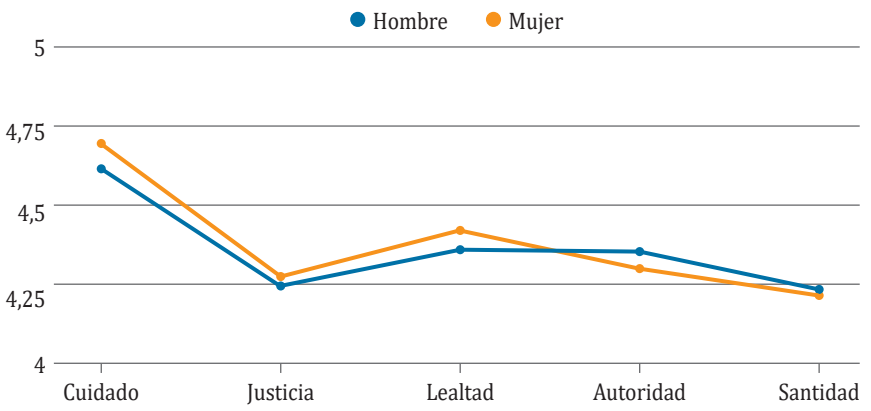
Gráfico 3
Fundamentos morales en Bolivia, según edad



Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

Al desglosar los fundamentos morales por sexo (gráfico 4), no observamos diferencias significativas, salvo una mayor valorización del cuidado y de la lealtad por las mujeres, y de la autoridad en el caso de los hombres.

Gráfico 4
Fundamentos morales en Bolivia, según sexo



Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

Esos datos nos proporcionan un acercamiento al contexto general, pero si vemos más de cerca los puntajes podemos realizar algunas generalizaciones. Una sociedad que valora más los fundamentos de cuidado, lealtad y autoridad es una sociedad que cree que es importante cuidar a los demás, ser leal a los miembros de su grupo y respetar a las figuras de autoridad. Esas sociedades suelen tener culturas basadas más en la comunidad y creen en la importancia de la tradición y de la estabilidad; también suelen ser más religiosas y creen en la importancia de seguir las reglas y las normas establecidas. Por lo general tienden a ser más tradicionales y conservadoras. Haidt (2019) menciona que tales sociedades acostumbran a ser jerárquicas, con límites a la autonomía de las personas, y respaldan tradiciones como los roles tradicionales de género.

En un entorno así podemos mencionar que la sociedad está preocupada por el enclasamiento de las personas. De acuerdo con Sánchez Patzy (2017), la sociedad boliviana tiene sistemas clasificatorios de enclasamientos que sirven para autodefinirse según una jerarquía con marcos de referencia para fortalecer su posición social; es decir, hay una marcada preocupación por la jerarquía social: cada persona se arma una jerarquía en la que está por debajo de alguien y por encima de otros. La sociedad boliviana estaría preocupada por el estatus y la identidad de cada quien.

El enclasamiento es un elemento central para entender la configuración social boliviana; podría incluso explicar la valoración del cuidado. Es posible que exista una preocupación por cuidar a quienes sufren daño, pero limitada a quienes son del mismo grupo. Una forma en la que ese cuidado se expresa sería mediante la compasión, que es la preocupación por el sufrimiento o la desgracia de los demás y tiene una gran capacidad para mitigar el sufrimiento en diversas áreas de nuestras vidas, incluso más que la empatía. Según los estudios de Yu *et al.* (2023), la gente muestra compasión únicamente hacia aquellos que considera que poseen una buena ética y un estatus moral. Entonces, dada la preocupación boliviana por el qué dirán los demás y por la jerarquía social, los grupos a los que pertenecemos o las identidades sociales que tenemos tienen peso.

Datos como los de la Encuesta de Valores (Ciudadanía, Comunidad de Estudios Sociales y Acción Pública, 2019) nos muestran el agrupacionismo que existe en la sociedad boliviana. Esto tiene relevancia ya que el segundo valor más apreciado es la lealtad, que tiene mucha relación con los grupos. Al respecto, Graham y Yudkin (2022) sugieren que todos

los fundamentos morales pueden apoyar visiones amenazantes que involucren objetos sagrados, especialmente cuando se trata de valores como la lealtad, la autoridad y la pureza. De esa manera, al valorar la lealtad, nuestros objetos sagrados serían las nociones de patria, nación, bandera, grupo étnico.

Un 66,9% de la población encuestada pone la bandera nacional en el primer lugar de importancia, seguida del escudo nacional con el 19,2% y de la *wiphala* en tercer lugar con el 7%. En el cuadro 1 podemos explorar en detalle los porcentajes por condición indígena y estrato electoral. Es importante denotar que la bandera nacional tiene importancia para todos en general, pero el escudo nacional tiene mayor importancia para los partidos de oposición, en tanto que la *wiphala* es importante para el sector indígena y para quienes pertenecen fuertemente al Movimiento al Socialismo (MAS). Es posible pensar que dichos símbolos son usados para diferenciar a unos de otros por cuestiones de pertenencia a una identidad social política.

Cuadro 1
Símbolos según la importancia,
por condición indígena y estrato electoral

Símbolo	Indígena	No indígena	MAS medio	Mixto	Comunidad Ciudadana	CREEMOS
Bandera nacional	68,8	64,3	72,2	71,1	62,4	65,3
Wiphala	9,4	3,8	8,8	5,9	2,1	2,3
Escudo del Estado Plurinacional	6,4	4,4	3,8	6,1	4,1	5,8
Escudo nacional	14,8	25,2	13,9	16,2	30,9	23,5
Patujú	0,6	1,8	0,9	0,5	0,6	2,6
Otro	0,0	0,6	0,4	0,2	0,0	0,5

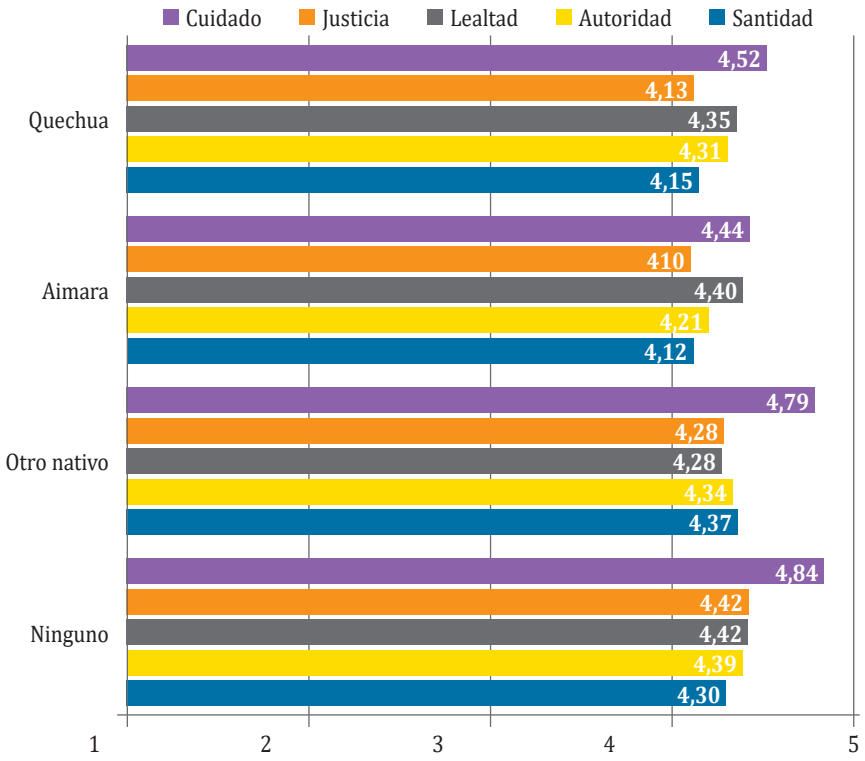
Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

Las identidades políticas realzadas generan un estado de alta tensión en la población. Los líderes políticos tienen una influencia en sus seguidores y, cuando sus discursos o sus mensajes a través de sus redes sociales resaltan más las diferencias que las cosas que se comparten en común, los grupos de seguidores se distancian aún más y los momentos de tensión se agudizan (Van Bavel y Packer, 2021). La polarización se incrementa entre un "nosotros" versus un "ellos".

Queremos hacer notar que hay formas saludables y nocivas de identidad social. De acuerdo con Gronfeldt *et al.* (2023), la tendencia a enfatizar las diferencias entre grupos no surge automáticamente del apego a un grupo. Más bien, es probable que se deba a preocupaciones defensivas sobre el propio grupo, como la preocupación acerca de cómo es percibido, la necesidad de afirmar el dominio sobre otros o la compensación de desventajas del grupo; es decir, la forma en la que las personas se identifican con su grupo nacional puede influir en cómo actúan en nombre de su grupo en contextos intergrupales competitivos. En otras palabras, las personas pueden estar dispuestas a dañar a su propio grupo si es que eso significa que su grupo será visto como superior a otros, en especial si sus líderes se centran en la desventaja o en la superioridad con relación a otros.

En la pregunta sobre la pertenencia a pueblos o a naciones indígenas (quechua, aimara, guaraní, chiquitano, mojeño, otro nativo, ninguno), un 42,2% corresponde a 'ninguno', un 27,8% a 'quechua' y un 23,5% a 'aimara'. En el gráfico 5 notamos que el fundamento del cuidado es muy importante para todos, pero mucho más para quienes no se consideran indígenas. En el caso de quechuas y aimaras, la lealtad ocupa un sólido segundo lugar; en cambio, entre los que no se consideran indígenas, la lealtad empata con la autoridad.

Gráfico 5
Fundamentos morales en Bolivia, según pertenencia a pueblos o a naciones indígenas

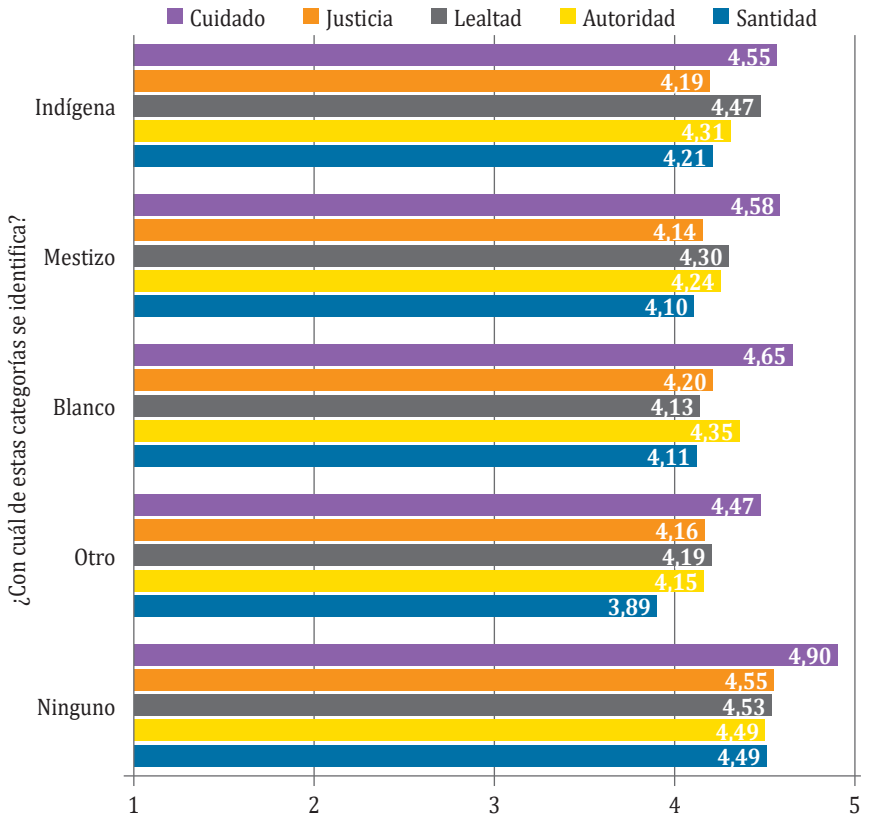


Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

A la pregunta "¿Con cuál de las categorías se identifica?" (indígena, mestizo, blanco, afroboliviano, otro y ninguno), las respuestas son: 48,2% para 'mestizo', 24,9% para 'ninguno' y 22,8% para 'indígena'. Los porcentajes cambian al indagar sobre cómo creen que los ven las otras personas (indígena, mestizo, blanco, afroboliviano, otro y ninguno): el 44,7% indica 'mestizo', el 29% menciona 'ninguno' y el 21,5% responde 'indígena'.

El análisis de los fundamentos según identificación (gráfico 6) no da cuenta de grandes diferencias entre quienes se consideran mestizos e indígenas, salvo una menor preocupación por el fundamento de la santidad en los mestizos. El caso más llamativo se da entre los que no se identifican con ninguna categoría, con puntajes más parejos y con el fundamento del cuidado más priorizado. Es posible que esas personas hayan construido una categoría distinta a las opciones presentadas en la encuesta, pero están muy preocupadas por las víctimas inocentes.

Gráfico 6
Fundamentos morales en Bolivia, según identificación



Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

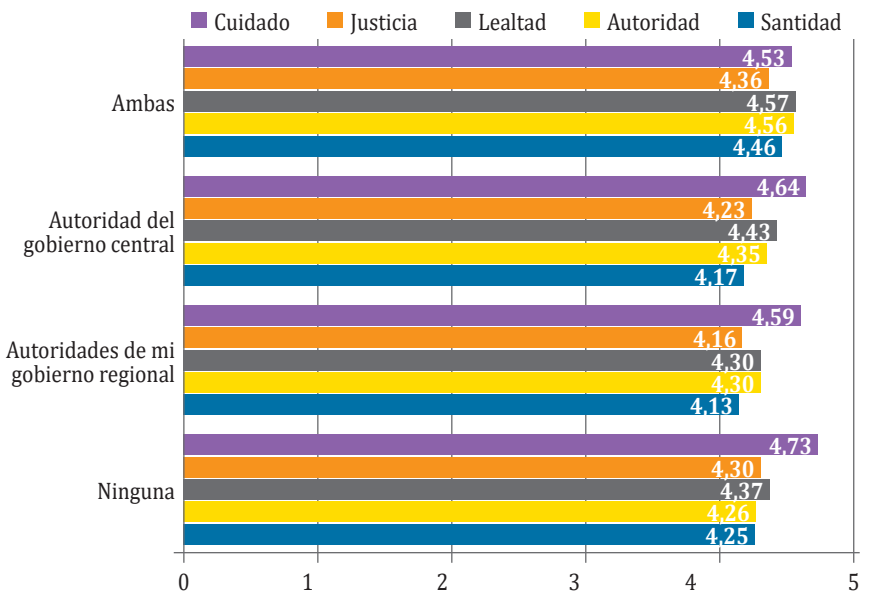
Los datos anteriores apoyan lo planteado por Villanueva (2019), que señala que la identificación con la categoría mestizo es fuerte y que la autoidentificación étnica tiende más hacia el blanqueamiento. De nuevo, es muy posible que esto se deba a la preocupación por la jerarquía de identidades racializadas, en la que importa mucho "ser alguien" y en la que constantemente se evalúan los comportamientos de los demás (Sánchez Patzy, 2017). Y esto resulta más relevante porque los valores morales juegan un papel importante en la formación de prejuicios entre grupos (Molina *et al.*, 2016).

En ese contexto de identidades realzadas se da espacio a conflictos intergrupales (Van Bavel y Packer, 2021; Nawata, 2020); en el caso boliviano la disputa es por los espacios simbólicos donde se reproduce la distinción social (Villanueva, 2020). Los insultos nos pueden brindar un acercamiento a esos momentos de tensión. De

acuerdo con los datos de la encuesta, el 43,6% menciona haber sido insultado peyorativamente y el 33,3% señala haber usado las palabras "masista" o "pitita" con la intención de insultar.

Los conflictos entre grupos pueden incrementarse si los líderes políticos realzan las identidades partidarias de sus seguidores. Bolivia puede ser sensible a esto por el valor que le damos al fundamento de la autoridad. En efecto, nuestros objetos sagrados son las autoridades, la jerarquía, las tradiciones, las instituciones. Encontramos una prueba de ello en el gráfico 7, en el que los fundamentos más relevantes son los de lealtad y de autoridad para quienes se sienten representados por los discursos de las autoridades de los gobiernos central y regional, aunque solo representan el 9,2% de los encuestados; un 41,6% no se siente representado.

Gráfico 7
Fundamentos morales en Bolivia según si se siente representado por los discursos de las autoridades del gobierno central o de su gobierno regional



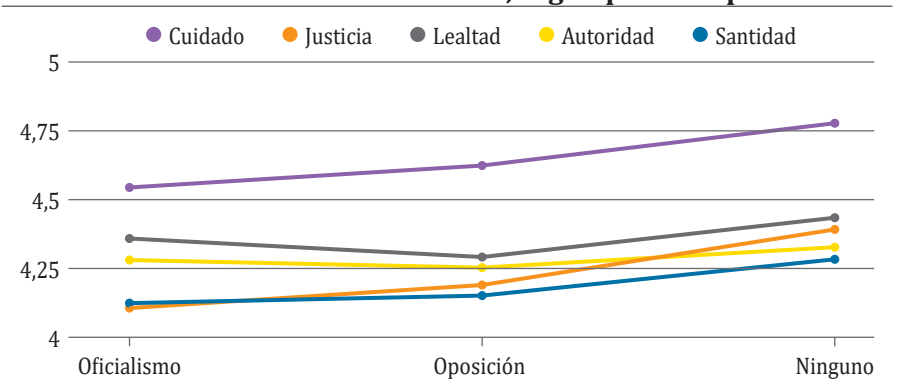
Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

Falta de representatividad

Algo que es muy llamativo en los resultados de la encuesta es que a la población no le parecen importantes para el futuro del país los sindicatos (65,3%), los movimientos sociales (63,1), los activistas (79,7%), las asociaciones de empresarios (72,4), las cámaras de comercio (71,2%), las plataformas ciudadanas (66,8%) y los partidos políticos (73,9%). Los sindicatos y los movimientos sociales tienen un poco más de respaldo de quienes se identifican como indígenas, pero, en líneas generales, esos espacios en los que la gente podía sentirse representada ya no lo están siendo.

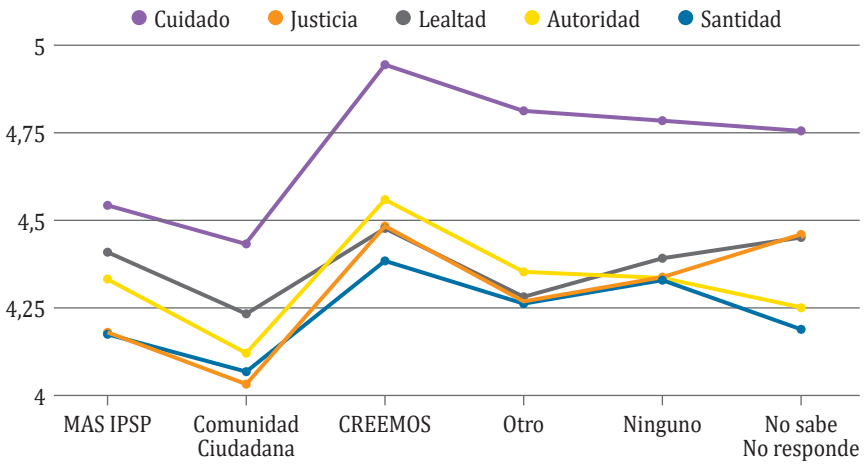
Las posiciones políticas están repartidas de la siguiente forma: 'oficialismo' 36,9%, 'oposición' (34,5) y 'ninguno' (28,5%). Al explorar los fundamentos morales de las posiciones políticas actuales (gráfico 8) notamos sutiles diferencias entre oficialistas y opositores, siendo lo más llamativo que quienes no pertenecen a ninguno tienen una agenda moral un tanto diferente, principalmente por su mayor valorización del cuidado. En el caso del gráfico 9 advertimos nuevamente un mayor valor del cuidado, en especial los que votaron por CREEMOS, por otro partido o por ninguno. Es posible que ese grupo, al no sentirse representado por ninguno, esté buscando alguna otra alternativa.

Gráfico 8
Fundamentos morales en Bolivia, según posición política



Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

Gráfico 9
Fundamentos morales en Bolivia, según el voto en las elecciones nacionales de 2020



Fuente: Elaboración propia con datos de la Primera Encuesta de Polarización en Bolivia (2022), Fundación ARU.

Graham y Yudkin (2022) argumentan que las creencias morales y políticas se influencian mutuamente, y que, cuando los asuntos morales se convierten en convicciones morales inflexibles, dificultan el compromiso durante los debates públicos y al lidiar con quienes tienen perspectivas diferentes. Existe el riesgo de que las creencias morales firmes puedan causar que las personas adopten posturas absolutistas que no admitan matices ni puntos de vista alternativos, dificultando los debates entre grupos con visiones morales opuestas.

Cuando el absolutismo moral está presente, puede plantear desafíos para encontrar un terreno común y resolver los desacuerdos. Por ejemplo, el 27,4% de los encuestados dijo no confiar en quienes votaron por un candidato diferente al suyo. El porcentaje es mayor cuando se trata de CREEMOS (31,7%) y del MAS alto (31,2%). Lo mismo sucede con el 28,9% que cree que aquellos que tienen una postura política diferente a la suya son personas muy distintas a ellos. Esto podría ser considerado un indicador de que las identidades sociales partidarias están realzadas. Tal situación puede llegar a generar escenarios entre grupos enfrentados con identidades partidarias opuestas y polarizadas.

Polarización y alternativas

Los sucesos vividos en Bolivia en 2019, la pandemia de 2020 y las elecciones generales de ese año generaron un clima de incertidumbre constante entre la población boliviana. Al respecto, la encuesta de polarización muestra un 63,3% al que la crisis política de 2019-2020 le causó miedo o nerviosismo y a un 58,3% al que le provocó rabia e ira, con arrebatos contra otros.

El contexto social puede hacer que las personas se sientan inseguras acerca de lo que deben pensar y hacer. A su vez, eso les hace sentir inseguras sobre sí mismas, su identidad y su lugar en la sociedad; cuanto más inseguras son las personas, más probable es que se identifiquen, y que se identifiquen más fuertemente, con una categoría social autoinclusiva (Hogg, 2023). La teoría de la incertidumbre-identidad menciona que la incertidumbre personal motiva la identificación con grupos, lo que puede tener consecuencias positivas, entre ellas la cohesión grupal (Hogg, 2021; Hogg, 2023).

La identificación grupal es poderosa porque nos da una idea clara de quiénes somos y nos dice cómo debemos pensar, sentir y actuar. Es como si nos diera una guía sobre cómo comportarnos dentro del grupo al que pertenecemos. Sin embargo, también nos advierte que la incertidumbre extrema y crónica puede llevar a manifestaciones extremas, como la polarización de grupos, el populismo y el conflicto intergrupal. Bajo tales circunstancias, las personas buscan identificarse y pertenecer a grupos distintivos con líderes directivos, creando subgrupos que pueden terminar enfrentados (Hogg, 2021; Hogg, 2023). Es decir, cuando no estamos seguros de quiénes somos en un grupo, queremos reducir esa incertidumbre y encontrar una identidad clara y sólida, llegando incluso a tomar decisiones radicales y dañinas.

El énfasis en este punto recae en el hecho de que la población está sometida a un realce de las identidades sociales partidarias, las cuales, sobre todo en época electoral, generan un discurso que alienta las diferencias y mueve a sus seguidores de un lado y de otro, que en un momento de incertidumbre es más susceptible de caer en una decisión de escoger un bando. Pero el conflicto entre grupos puede escalar aún más si hay una recompensa social a los guerreros (Nawata, 2020). Si socialmente es bien visto ser un guerrero, es un factor importante (pero no único) para participar de un conflicto, pese al alto precio que supone esa decisión.

El clima que venimos mencionando tiene un componente que se manifiesta en un 31,4% que cree que es muy difícil hablar de forma racional y respetuosa con alguien del MAS y, por otro lado, en un 30,8% que cree lo mismo de alguien "pitita". Ese ambiente también genera un impacto emocional que se expresa en el 40,8% que siente los niveles de racismo e intolerancia política, en un 56,6% al que le enoja pensar que las personas que son responsables por la situación del país tengan que ser incluidas y respetadas a título de democracia.

El nivel alto de posturas más cerradas está en el 30,6% que se siente traicionado cuando ve que un político que le agrada está conversando o tiene una relación con algún político que le desagrada. Esto hace que la población no se sienta segura de hablar acerca de este tema. En la encuesta de polarización, un 51,3% evitaba hablar de política con amigos, familiares o colegas, para no pelease, e incluso un 19,1% llegó a cortar lazos con familiares, amigos o colegas por su postura política referente a la crisis de 2019-2020.

Precisamente, las expresiones pueden lograr un apoyo a través de las redes sociales: el 24% de los encuestados señaló que en sus interacciones en redes sociales alguna vez había insultado o lo habían insultado por política. Harris *et al.* (2023) explican tres formas en las que las redes sociales pueden exacerbar la polarización. La primera es la selección: las personas tienden a seleccionar información que confirma sus creencias existentes. La segunda es el diseño de la plataforma: los algoritmos de recomendación de las plataformas de las redes sociales muestran a las personas contenido que coincide con sus creencias existentes, lo que puede exacerbar la polarización. La tercera son los incentivos: las personas que publican en las redes sociales están motivadas a publicar contenido que reciba muchos *likes* y sea muy compartido, lo cual puede motivar a publicar contenido negativo o polarizante, que es el que tiene mayor probabilidad de ser compartido. Además, los motivos morales de las personas pueden llevarlas a sentir odio hacia grupos externos y a comportamientos basados en el odio (Pretus *et al.*, 2023). A su vez, la lealtad hacia el grupo puede generar la creación y la propagación del discurso de odio, en el que se usa un lenguaje de degradación física y espiritual, y se muestra al grupo propio como sagrado y puro. De igual modo, ese discurso de odio puede deshumanizar a los miembros del grupo externo (Kennedy *et al.*, 2023).

Una posible manera de contrarrestar esto es que los líderes promuevan una identidad relacional entre grupos que celebre la distintividad

y las relaciones constructivas entre ellos (Hogg, 2023), o mediante la promoción de espacios en los que se practique la seguridad psicológica (Gallo, 2023). Esto puede conducir a una mayor comprensión entre diferentes grupos de personas, beneficiando a la sociedad en su conjunto. Para lograrlo es necesario encontrarnos como sociedad en espacios que nos permitan sanar las heridas y volver a encontrarnos en lo que compartimos.

Conclusión

La Teoría de los Fundamentos Morales es una teoría influyente en la psicología moral. Sostiene que la moralidad humana es una combinación de factores innatos y aprendidos, e identifica intuiciones morales fundamentales como el cuidado, la justicia, la lealtad, la autoridad y la santidad, con las que se trabajó en el cuestionario aplicado.

En Bolivia, la Primera Encuesta Nacional de Polarización mostró que los fundamentos morales más importantes para los bolivianos son el cuidado, la lealtad y la autoridad, seguidos de la justicia y de la santidad. No hubo diferencias significativas en los puntajes de los fundamentos morales, lo cual nos debe llamar a la reflexión y nos sugiere que las diferencias están a nivel de la distinción social que generan de acuerdo con la identidad social de su grupo étnico, su clase social y su afiliación política.

En ese contexto, los líderes políticos tienen una influencia significativa en las opiniones morales de los bolivianos. Sin embargo, para la mayoría de la población, los sindicatos, los movimientos sociales e incluso los partidos políticos y otros espacios de representación política ya no son considerados importantes para el futuro del país. Las posiciones políticas están divididas entre oficialismo, oposición y aquellos que no se identifican con ningún partido. El análisis de los fundamentos morales entre los grupos políticos no evidencia diferencias significativas, y aquellos que no se identifican con algún partido muestran una mayor valorización del cuidado. Lo anterior nos sugiere que las divisiones no se dan por cuestiones morales, sino por identidades sociales partidarias que están realzadas por discursos de líderes políticos, dada la importancia que damos a la autoridad y a la lealtad.

Las creencias morales y políticas pueden influenciarse mutuamente, y las creencias morales inflexibles pueden dificultar el compromiso y los debates entre grupos con visiones opuestas. Existe un porcentaje significativo de personas que no confían en quienes votaron por un candidato diferente al suyo y creen que aquellos con posturas políticas diferentes son muy distintos a ellos, lo que puede generar polarización entre grupos enfrentados con identidades partidarias opuestas.

La crisis política de 2019-2020 en Bolivia generó un clima de incertidumbre constante en la población. Esa incertidumbre personal motivó a la identificación con un grupo, lo que puede tener consecuencias positivas como también consecuencias negativas que resaltan los conflictos entre grupos. La población está sometida a un realce de las identidades sociales partidarias, hecho que alienta las diferencias y mueve a los seguidores de un lado y de otro. Ese contexto no solamente ha generado un ambiente de miedo, nerviosismo, rabia e ira entre la población boliviana; el realce de las identidades partidarias promovió un ambiente hostil en el que es difícil hablar de política y expresar opiniones divergentes. El discurso de odio y la degradación de otros grupos también puede surgir en tal contexto. Las redes sociales, por su parte, pueden exacerbar la polarización al mostrar contenido que confirma las creencias existentes y fomenta tanto el odio como la negatividad.

Es importante que los líderes políticos eviten el uso de lenguaje inflamatorio que alimente la polarización. Como sociedad, es necesario buscar espacios de sanación y de encuentro. Nuestra agenda moral es similar, de ahí que debemos reflexionar sobre cómo podemos evitar ser manipulados y acerca de cómo dejar de fragmentar aún más el tejido social.

Para futuros estudios es esencial analizar el papel del valor del cuidado en la sociedad boliviana y las situaciones específicas que se valoran positiva y negativamente. También se requiere investigar por qué para un grupo importante de la población boliviana no son importantes los espacios de representación política y si se generarán nuevos espacios o surgirán nuevos líderes que aglutinen sus pensamientos.

Fuentes citadas

- Atari, M. y Haidt, J. (18 de noviembre de 2022). *Moral foundations theory and its implications for the World Values Survey community*. https://www.uk-values.org/news-comment/moral-foundations-theory-wvs

- Atari, M.; Haidt, J.; Graham, J.; Koleva, S.; Stevens, S. T. y Dehghani, M. (2022). Morality beyond the WEIRD: How the nomological network of morality varies across cultures. *Journal of Personality and Social Psychology* [publicación anticipada en línea]. https://doi.org/10.1037/pspp0000470

- Ciudadanía, Comunidad de Estudios Sociales y Acción Pública (2019). *Informe Nacional de la Encuesta Mundial de Valores en Bolivia*. La Paz: Ciudadanía. https://www.ciudadaniabolivia.org/sites/default/files/archivos_articulos/Encuesta_Mundi al_Valores.pdf

- Cohen, A. B. (2015). Religion's Profound Influences on Psychology: Morality, Intergroup Relations, Self-Construal, and Enculturation. *Current Directions in Psychological Science, 24*(1), 77-82. https://doi.org/10.1177/0963721414553265

- Ellemers, N. y van den Bos, K. (2012). Morality in Groups: On the Social-Regulatory Functions of Right and Wrong. *Social and Personality Psychology Compass, 6*(12), 878-889. https://doi.org/10.1111/spc3.12001

- Gallo, A. (2023). *¿Qué es la seguridad psicológica? Harvard Bussines Review*, número especial. https://hbr.org/2023/02/what-is-psychological-safety?language=es

- Graham, J. y Yudkin, D. A. (2022). Variations in moral concerns across political ideology. Moral Foundations, Hidden Tribes, and Righteous Division. En Vargas, M. y Doris, J. M. (eds.), *The Oxford Handbook of Moral Psychology* (pp. 759-778). Oxford: Oxford University Press.

- Graham, J.; Haidt, J.; Koleva, S.; Motyl, M.; Iyer, R.; Wojcik, S. P. y Ditto, P. H. (2013). Moral Foundations Theory: The Pragmatic Validity of Moral Pluralism. En Devine, P. y Plant, A. (eds.), *Advances in Experimental Social Psychology* (pp. 55-130). https://doi.org/10.1016/b978-0-12-407236-7.00002-4

- Gronfeldt, B.; Cislak, A.; Marinthe, G. y Cichocka, A. (2023). When Less Is More: Defensive National Identity Predicts Sacrifice of Ingroup Profit to Maximize the Difference Between Groups. *Social Psychological and Personality Science, 0*(0). https://doi.org/10.1177/19485506231185406

- Haid, J. (2019). *La mente de los justos: Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*. España: Planeta.

- Haidt, J. (2007). The New Synthesis in Moral Psychology. *Science*, (316), 998-1002. https://www.science.org/doi/10.1126/science.1137651

- Haidt, J. y Joseph, C. (2004). Intuitive ethics: how innately prepared intuitions generate culturally variable virtues. *Daedalus, 133*(4), 55-66. https://doi.org/10.1162/0011526042365555

- Harris, E. A.; Rathje, S.; Robertson, C. y Van Bavel, J. J. (2023). The SPIR Model of Social Media and Polarization: Exploring the role of Selection, Platform Design, Incentives, and Real World Context. International Journal of Communication, (17), 5316-5335. https://doi.org/10.31219/osf.io/gtbj3

- Hogg, M. A. (2023). Walls between groups: Self-uncertainty, social identity, and intergroup leadership. *Journal of Social Issues*, (79), 825-840. https://doi.org/10.1111/josi.12584

- Hogg, M. A. (2020). Uncertain Self in a Changing World: A Foundation for Radicalisation, Populism, and Autocratic Leadership. *European Review of Social Psychology*, (32), 1-34. doi:10.1080/10463283.2020.1827628

- Kennedy, B.; Golazizian, P.; Trager, J.; Atari, M.; Hoover, J.; Mostafazadeh Davani, A. y Dehghani, M. (2023). The (moral) language of hate. *PNAS nexus, 2*(7), pgad210. https://doi.org/10.1093/pnasnexus/pgad210

- Molina, L. E.; Tropp, L. R. y Goode, C. (2016). Reflections on prejudice and intergroup relations. *Current Opinion in Psychology*, (11), 120-124. https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2016.08.001

- Nawata, K. (2020). A glorious warrior in war: Cross-cultural evidence of honor culture, social rewards for warriors, and intergroup conflict. *Group Processes & Intergroup Relations, 23*(4), 598-611. https://doi.org/10.1177/1368430219838615

- Pretus, C.; Ray, J. L.; Granot, Y.; Cunningham, W. A. y Van Bavel, J. J. (2023). The psychology of hate: Moral concerns differentiate hate from dislike. *European Journal of Social Psychology*, (53), 336-353. https://doi.org/10.1002/ejsp.2906

- Sánchez Patzy, M. (2017). "¡Chola de los cargadores!": conflictividad interpersonal, enclasamiento y honor a través de los juicios por injurias en Cochabamba y Bolivia. *Estudios Sociales del NOA*, (19), 57-102. https://www.academia.edu/40857761/_Chola_de_los_cargadores_conflictividad_interper sonal_enclasamiento_y_honor_a_trav%C3%A9s_de_los_juicios_por_injurias_en_Cocha bamba_y_Bolivia

- Skitka, L. J., y Washburn, A. N. (2016). Are Conservatives from Mars and Liberals from Venus? Maybe Not So Much. En *Social psychology of political polarization* (pp. 78-101). Nueva York: Routledge/Taylor y Francis Group. https://lskitka.people.uic.edu/IdeoChapREV.pdf

- Van Bavel, J. J.; Packer, D. J.; Haas, I. J. y Cunningham, W. A. (2012). The importance of moral construal: Moral versus non-moral construal elicits faster, more extreme, universal evaluations of the same actions. *PloS one, 7*(11), e48693.

- Van Bavel, J. J. y Packer, D. J. (2021). *The Power of Us: Harnessing Our Shared Identities to Improve Performance, Increase Cooperation, and Promote Social Harmony*. Nueva York: Little, Brown Spark.

- Villanueva, A. (2019). Trasformaciones en la sociedad boliviana. En Ciudadanía, Comunidad de Estudios Sociales y Acción Pública, *Cultura política de la democracia en Bolivia. 20 años. Datos del Barómetro de las Américas (LAPOP) 1998 - 2018* (pp. 179-208). Cochabamba: Ciudadanía.

- Villanueva, A. (2020). Bolivia: la clase media imaginada. *Nueva sociedad*, (285), 122-138. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/8.TC_Villanueva_285.pdf

- Yu, H.; Chen, J.; Dardaine, B. y Yang, F. (2023). Moral barrier to compassion: How perceived badness of sufferers dampens observers' compassionate responses. *Cognition*, (237), 105476. https://doi.org/10.1016/j.cognition.2023.105476

5

Explorando la polarización y la identificación política en Bolivia

Armando Ortuño Yáñez[1]

Introducción

La polarización política es uno de los fenómenos más mencionados cuando se analiza la dinámica política boliviana desde hace 15 años. Hay consenso en que se estructura en torno a la adhesión y al rechazo al Movimiento al Socialismo (MAS), en particular a su principal líder Evo Morales, que fue además presidente del Estado por 14 años, pero su dimensión, su naturaleza y su evolución en el tiempo siguen siendo poco conocidas.

Esa situación se produce, por otra parte, en un contexto caracterizado por un sistema partidario poco institucionalizado, en el que los liderazgos personales tienen una gran influencia y no han logrado estabilizarse desde el colapso del multipartidarismo que predominó entre 1985 y 2005.

Si bien el MAS se constituyó en la fuerza predominante en la etapa que va de 2005 a 2023, su constitución sui géneris como articulador de una constelación heteróclita y poco institucionalizada de organizaciones sociales que el liderazgo de Morales mantuvo unificadas hasta al menos el año 2019 dificulta su tratamiento como un partido con una estructura orgánica estable y un marco ideológico preciso y homogéneo. En el otro lado de la vereda, si bien existe un electorado opositor al MAS significativo y relativamente estable en el tiempo, su representación partidaria sigue siendo altamente volátil y sus fronteras ideológicas son difusas, por lo que no emergió hasta ahora ninguna fuerza política consolidada.

1 Economista y magíster en Econometría por la Universidad de Ginebra, Suiza. Ha sido viceministro de Planificación en el Gobierno de Bolivia y embajador de Bolivia ante la Unión Europea y el Reino de Bélgica.

Esos rasgos dificultan la caracterización de la polarización política a partir de categorías que suelen ser usadas en sociedades con sistemas partidarios institucionalizados o con identificaciones ideológicas más claras y estables.

Como lo recuerda Almagro, la polarización puede ser entendida, de manera general, como "una ruptura de una distribución normal de las creencias políticas y las opiniones orientadas a la práctica de una sociedad" (2019, p. 41). Más específicamente, se puede referir a la "creciente división de las creencias y opiniones políticas […)] de una población hacia los extremos del especto ideológico" o al "aumento del odio y otras emociones y sentimientos negativos […] que un grupo de personas tiene hacia el grupo opuesto, y también con el aumento de la simpatía y de otras emociones y sentimientos positivos que un grupo tiene hacia las personas que pertenecen a su propio grupo" (*ibid*.). A la primera se la suele llamar *polarización ideológica*; a la segunda, *polarización afectiva*. Esas divisiones ideológicas y afectivas operan usualmente en un campo conformado por partidos y fuerzas políticas diversas.

La polarización se produciría si las identificaciones partidarias, de naturaleza positiva y/o negativa, tienden a aumentar la distancia y la división entre las fuerzas que componen el sistema político. Si el sistema es muy institucionalizado, toda esa dinámica de adhesiones positivas y rechazos tiende a producirse al interior de cada partido. Sin embargo, como lo resalta Meléndez (2022), la situación se complejiza en contextos en los que la adhesión partidaria es frágil, en los que hay sistemas de representación debilitados y en los que hay elevada volatilidad tanto en la demanda como en la oferta electoral. En esos casos, pueden emerger, por ejemplo, identificaciones políticas negativas autónomamente y por fuera de los partidos, modificando de modo significativo la naturaleza y la dinámica de la polarización.

Solo de esa manera se podrían explicar fenómenos como la persistencia de lógicas polarizadoras en el comportamiento electoral peruano desde hace más de una década, en un contexto de gran fragmentación y volatilidad partidaria, o la aparición de *outsiders* como Bolsonaro, Milei o Bukele, que construyen su éxito electoral principalmente desde lógicas políticas de rechazo y no tanto desde adhesiones positivas a un proyecto político.

Por tales razones, parece interesante explorar la cuestión de la polarización en Bolivia a partir de los conceptos y las aproximaciones metodológicas que sugiere Meléndez (2019 y 2022), diferenciando identificaciones positivas y negativas de los ciudadanos con las fuerzas que intervienen en el ámbito político, y posteriormente analizando sus interacciones y sus dinámicas.

Meléndez (2019) utiliza una medida de apoyo o adhesión partidaria a partir de la intensidad de las intenciones de voto en elecciones intermedias y legislativas por cada una de las fuerzas del sistema. En el caso boliviano, al no contar con esa variable y considerando el carácter altamente personalizado en los líderes que suele tener la polarización, se usó una pregunta referida a la opinión "buena", "mala" o "indiferente" sobre los más importantes dirigentes políticos nacionales. Asimismo, se asumió que esa opinión resume razonablemente las actitudes positivas y negativas de los entrevistados hacia las fuerzas que representan y lideran esos dirigentes.

Esa variable fue recolectada para una muestra de cobertura nacional de ciudadanos mayores de 18 años en la Primera Encuesta Nacional de Polarización, promovida por el Proyecto Unámonos en 2022. Dicha encuesta nos aporta, además, con una batería de preguntas adicionales sobre opiniones y posicionamientos políticos para entender mejor las razones y los factores asociados a cada posición política.

En la segunda parte de este escrito mostramos los resultados de la operativización de nuestra variable, la cual nos permite medir el grado de apoyo/adhesión partidaria, negativa y positiva, de los ciudadanos con relación a Evo Morales, Luis Arce, Carlos Mesa y Luis Fernando Camacho. A partir de los hallazgos, realizamos una suerte de cartografía de los posicionamientos políticos y de la polarización de los ciudadanos. En la tercera parte caracterizamos algunos rasgos sociológicos y factores político-ideológicas de esas divisiones. Y, finalmente, proponemos algunas conclusiones y líneas de trabajo futuras.

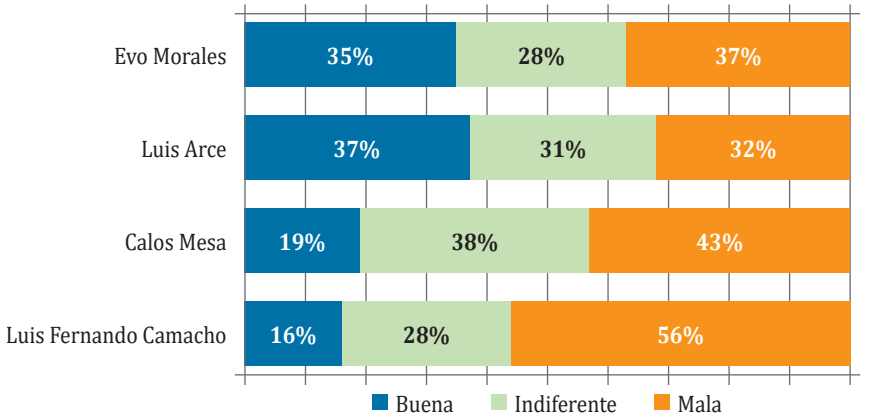
Una cartografía de la adhesión partidaria y de la polarización en Bolivia

La opinión de los bolivianos sobre sus principales dirigentes políticos es, en general, negativa, tanto para los que representan al sector oficialista como para los opositores. Evo Morales y Luis Arce sumaron

alrededor del 35% de apoyo y un rechazo de dimensión similar. Las opiniones sobre Carlos Mesa fueron en su mayoría negativas (43%) y solo un 19% dijo tener una buena imagen de ese líder. Luis Fernando Camacho resultó ser el dirigente con mayor nivel de opinión negativa (57%) de los cuatro (gráfico 1).

En general, los líderes masistas aparecen mejor considerados que los dos principales dirigentes opositores. El alto rechazo a Camacho tiene posiblemente que ver con su asociación con posicionamientos regionalistas que provocan temor y rechazo en un gran número de ciudadanos del oeste y del centro de Bolivia. Sin embargo, Mesa, un político con perfil centrista y menos polémico que Camacho, tampoco tiene un nivel muy elevado de opiniones positivas.

Gráfico 1[2]
Opinión sobre dirigentes políticos bolivianos (2022)



A partir de esas valoraciones, es posible graficar un estado de situación de los apoyos de naturaleza positiva y negativa de dichos dirigentes en varios escenarios de confrontación de los dos bloques políticos de los cuales forman parte.

Combinando la dimensión de las opiniones positivas y negativas en varios escenarios de polarización entre líderes de los dos bloques en pugna, identificamos varios segmentos útiles para el análisis. Están los que denominamos "polarizados", que son los que apoyan al líder

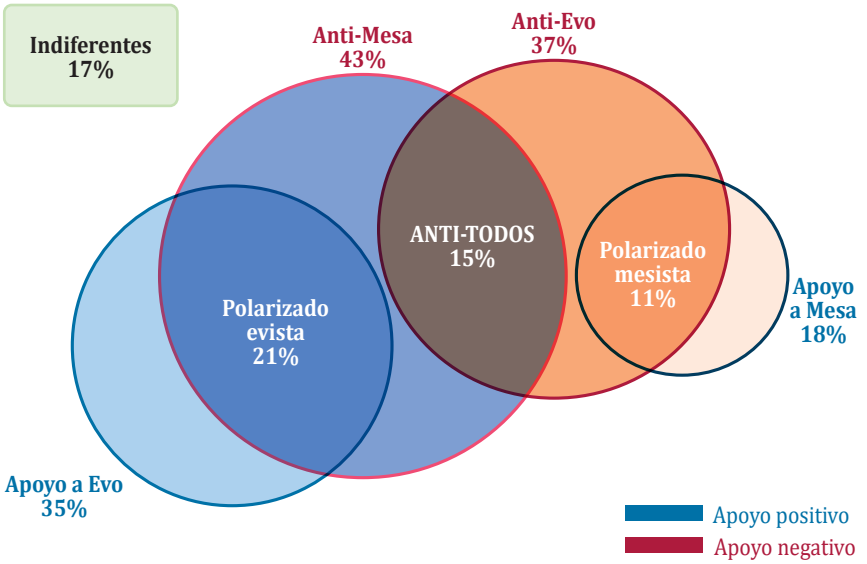
2 En este escrito, todos los gráficos y los cuadros son de elaboración propia a partir de la Primera Encuesta Nacional de Polarización (2022).

de su sector y rechazan al contrincante; "los indiferentes", que no emiten opinión sobre ninguno de los líderes; los "anti-todo" o "antisistema", que tienen opiniones negativas simultáneas de los dirigentes de ambos bloques; y los "no polarizados", que agrupan a todos quienes tienen opiniones combinadas, positivas, negativas y/o indiferentes sobre los dos liderazgos.

Un primer escenario de análisis es el que se organiza en torno a los apoyos y a los rechazos a Evo Morales y a Carlos Mesa (gráfico 2). En esos casos, desde una perspectiva de apoyos positivos, Morales cuenta con una adhesión del 35% y Mesa, del 18%. Sin embargo, considerando un punto de vista basado en el nivel de rechazos, la proporción de anti-Mesa alcanza el 43%, mientras que los anti-Evo llegan al 37%. A esos bloques se agrega un 17% de personas indiferentes, que no pueden ser identificadas ni como adherentes ni como opositoras a esos dos dirigentes.

Es llamativo que en ambos bloques políticos las lógicas de rechazo ('anti') sean más fuertes que los apoyos "positivos", lo cual nos sugiere la importancia de esos sentimientos y esas opiniones en los posicionamientos políticos en la coyuntura que vive Bolivia. No obstante, los segmentos polarizados, en los que se combina una adhesión positiva al líder propio con un rechazo al dirigente opositor, representan solo el 21% en el caso de los evistas y el 11% entre los mesistas, proporciones bastante moderadas. Asimismo, resulta significativo el porcentaje de personas (15%) que manifestó rechazo por ambos dirigentes, situación que va a contracorriente de una visión de la polarización simplista y que podría sugerir la existencia de una tendencia anti-*establishment* relevante en Bolivia.

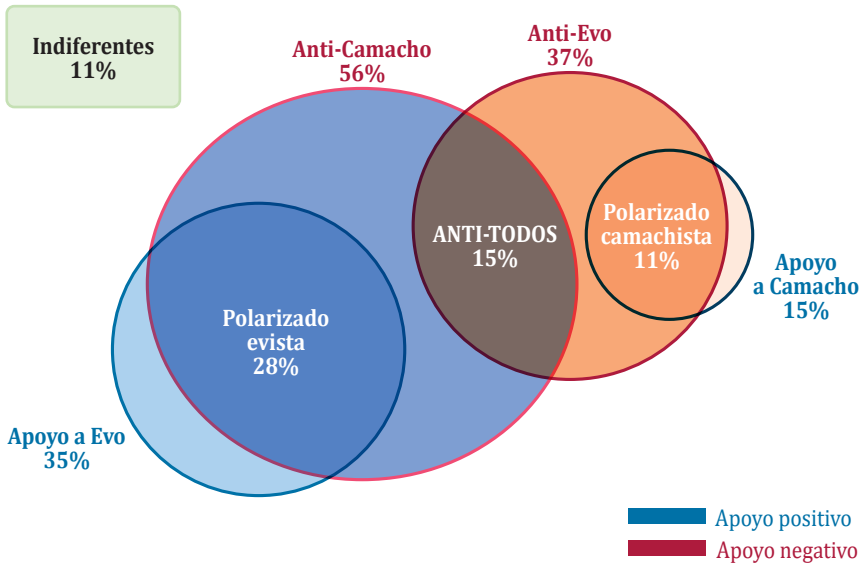
Gráfico 2
Evo Morales versus Carlos Mesa (2022)



En un escenario en el que la confrontación política se articula en torno a Evo Morales y Luis Fernando Camacho, el panorama expone similitudes evidentes con el anterior, pero también presenta variaciones relevantes. De hecho, emerge en general una polarización más fuerte entre ambos bloques: un 35% apoya a Morales y la gran mayoría de ese segmento (28%) puede ser calificada, además, como "polarizada", pues combina adhesión al líder masita y rechazo al caudillo cruceño; en frente pasa algo parecido, con un 15% que tiene una opinión positiva de Camacho y la gran mayoría de ellos además rechaza al político chapareño Morales (11%) (gráfico 3). En resumen, en esa configuración hay muy pocos evistas y camachistas no polarizados, y, en concordancia con esa relativa mayor radicalización, la proporción de indiferentes se reduce al 11%.

En ambos bloques hay una proporción elevada de sentimientos contrarios a los dos políticos, un 37% de anti-Evo y un elevadísimo 56% de anti-Camacho. Como dijimos, la polarización aparece más consolidada y las tendencias de rechazo crecen en esa situación. En todo caso, persiste un significativo 15% de personas que no tienen una buena opinión de ninguna de las dos opciones. En conjunto, los indiferentes y quienes tienen una mala opinión de los dirigentes de los dos bloques varía entre el 26% y el 32%.

Gráfico 3
Evo Morales versus Luis Fernando Camacho (2022)



Si remplazamos a Evo Morales por Luis Arce como representante del bloque masista en los escenarios políticos, podríamos esperar, quizás, algunas variaciones. Esto considerando que usualmente se asume que el dirigente chapareño tiende a polarizar más los sentimientos de la ciudadanía, mientras que Arce, el actual presidente de Bolivia, tendría una imagen menos radical.

Los gráficos 4 y 5 nos muestran las configuraciones del ámbito político en dos duelos hipotéticos: Luis Arce versus Carlos Mesa y Luis Arce versus Luis Fernando Camacho. Sin entrar en detalles, no percibimos modificaciones de gran envergadura con relación a los escenarios donde Morales era uno de los protagonistas: los niveles de rechazo a Arce se redujeron en 5 puntos y su apoyo aumentó en 2% con relación a los de Morales, mientras que los apoyos a Mesa y a Camacho quedaron muy similares a los que ya mostramos.

Claramente, se evidenció una leve menor polarización en ambas situaciones respecto a lo que sucedía en los duelos hipotéticos con Morales, aunque esa tendencia es algo más notoria en el caso de una confrontación Arce versus Mesa, con muy leves cambios en el caso de Arce versus Camacho. Así, la polarización resulta persistente cuando Arce reemplaza a Morales como líder del bloque oficialista, con una leve mitigación, sobre

todo cuando la confrontación es con Mesa. La proporción de indiferentes y de los que rechazaban a ambos dirigentes se sitúa entre el 25% y el 32%, que sigue siendo importante.

Gráfico 4
Luis Arce versus Carlos Mesa (2022)

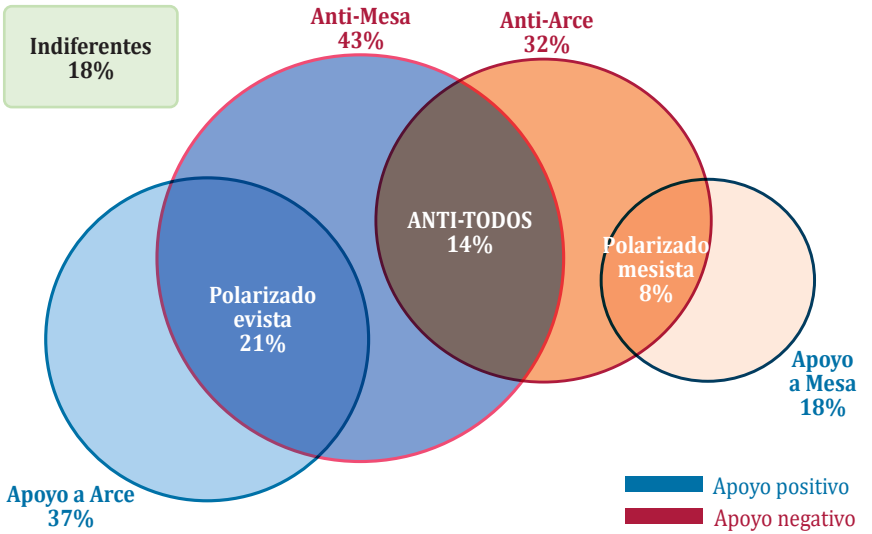
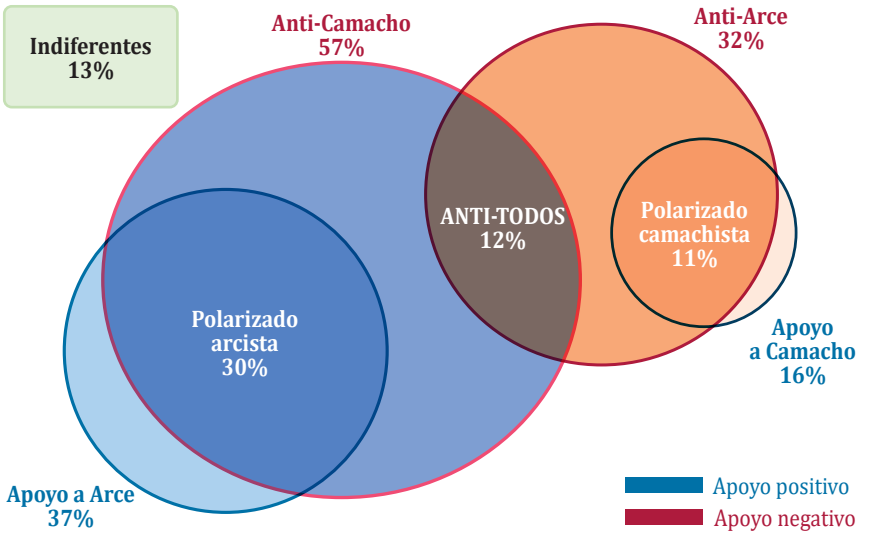


Gráfico 5
Luis Arce versus Luis Fernando Camacho (2022)



El análisis de esas cuatro configuraciones políticas nos deja algunas enseñanzas y ciertas pistas que habría que seguir explorando para cartografiar las evoluciones de la polarización, como también los sentimientos y las opiniones de la ciudadanía con relación a los dirigentes de los dos grandes bloques que han estado compitiendo en la política boliviana en los últimos 15 años.

Lo primero que resalta es la complejidad de los escenarios que aparecen, los cuales no se ajustan a un esquema simplista de dos bloques homogéneos y casi invariables. Por una parte, importan los actores que los lideran, en tanto que las adhesiones y los rechazos cambian sensiblemente según las percepciones de radicalidad o los posicionamientos de determinados líderes. El ejemplo más patente es Luis Fernando Camacho, quien en todas las opciones tiende a favorecer un aumento de la polarización en ambos bloques.

Como era de esperar, el peso de los apoyos positivos a los liderazgos resultó menos intenso que la fuerza de los sentimientos de rechazo y las fuerzas 'anti' aparecieron más intensas que las 'a favor'. Sin embargo, las pulsiones de rechazo escondían situaciones de gran heterogeneidad: elevadas proporciones de personas rechazaban a todos los dirigentes, sugiriendo la existencia de un sentimiento anti-*establishment* o antisistema de importancia, o gran cantidad de personas era antimasista, por ejemplo, pero tampoco se sentía atraída positivamente por los dirigentes opositores de la actualidad. Por otra parte, en todos los casos apareció un segmento significativo de entre el 11% y el 18% totalmente indiferente frente a los dos segmentos políticos en pugna.

El bloque masista se mostró, en general, más cohesionado, con adherentes positivos más numerosos, tanto con Morales como con Arce en calidad de líderes, y con una gran reserva de posibles apoyos que podrían provenir del elevado porcentaje de rechazo acumulado por Mesa y, sobre todo, por Camacho. En cambio, las oposiciones aparecieron más frágiles, con sus líderes con bajos niveles de apoyo positivo y un antimasismo significativo asociado con altos niveles de rechazo o de escepticismo frente a los liderazgos del sector.

En síntesis, todas esas complejidades nos indican que los posicionamientos políticos y las polarizaciones que se viven en Bolivia son, en el tiempo presente, mucho más dinámicas e inciertas de lo que se podría suponer. No basta con contabilizar las opiniones negativas con relación a alguno de los bloques, dado que siempre esas opiniones están

matizadas por la confianza y la credibilidad, valores positivos que están consiguiendo, o no, los dirigentes de las fuerzas en pugna.

Algunas características de los segmentos polarizados, antisistema e indiferentes

En esta sección exploramos algunos rasgos sociológicos, actitudinales y políticos de los segmentos de población polarizados, antisistema e indiferentes identificados en el ejercicio desarrollado en el apartado anterior.

Factores sociales, demográficos y de identidad

En la encuesta de referencia, no hemos encontrado diferencias significativas en la variable de género ni entre los diferentes grupos de edad. Sin embargo, la dimensión étnico-cultural y de lugar de residencia de las personas deja ver variaciones relevantes.

Como lo sugieren las tendencias electorales, en los dos escenarios polares (Morales versus Mesa y Morales versus Camacho), los evistas polarizados viven mayoritariamente en departamentos de la región altiplánica (La Paz, Oruro y Potosí), seguidos de los departamentos de los valles (Tarija, Chuquisaca y Cochabamba) y en menor proporción en los departamentos de la zona oriental de Bolivia (Santa Cruz, Beni y Pando). Se trata de un perfil coherente con la tendencia histórica de concentración del voto por el MAS en el occidente y en los valles del país.

La distribución geográfica del segmento polarizado opositor depende del líder evaluado. En el caso de Mesa, ese grupo tiene una presencia geográfica similar a la de los masistas, pero los polarizados camachistas viven mayoritariamente en los departamentos del oriente boliviano, como es previsible. Finalmente, en los dos casos, los antisistema y los indiferentes aparecen también algo más concentrados en la región oriental (cuadros 1 y 2).

En términos de identidad regional, no se detectan variaciones visibles entre los segmentos: en todos los casos, alrededor del 35% afirmó adscribirse a alguna identidad regional o local, además de la identidad nacional. Eso sucede incluso en el segmento de camachistas polarizados, el cual podría suponerse con mayor inclinación hacia una corriente regionalista más marcada.

Desde la perspectiva de las identidades étnico-culturales, los polarizados evistas se autoidentifican mayoritariamente como pertenecientes a los pueblos quechua y aimara. De igual modo, en términos específicamente étnicos, se declaran mayormente como indígenas (46%), aunque corresponde resaltar que el 39% se considera mestizo y un 13% no se define en ese ámbito ("ninguno").

En el sector opositor, al contrario, una mayoría elevada de los grupos polarizados no se autoidentifica como parte de algún pueblo indígena, rasgo particularmente fuerte en el caso de los camachistas (80% respondió "ninguno"); el porcentaje es bastante menos elevado entre los mesistas (51%). En este último segmento opositor hay una apreciable proporción que se autodefine como quechua (25%) o como aimara (18%). En igual sentido, los opositores se declaran mayormente como mestizos, blancos o sin ninguna referencia étnica. Ese perfil se repite *grosso modo* en el caso de las personas definidas como antisistema o indiferentes.

Cuadro 1
Escenario Morales versus Mesa: identidad étnico-cultural y regional

Identidad	Evista polarizado	Mesista polarizado	Antisistema	Indiferente
Autopertenencia a pueblo indígena				
Quechua	39%	25%	13%	18%
Aimara	40%	18%	16%	18%
Ninguno	19%	51%	59%	53%
Identificación étnica				
Indígena	46%	15%	12%	13%
Mestizo	39%	48%	45%	48%
Blanco	1%	6%	4%	3%
Ninguno	13%	32%	38%	35%
Identificación regional	**34%**	**32%**	**35%**	**42%**
Lugar de residencia				
Altiplano	49%	49%	27%	32%
Valles	35%	31%	15%	22%
Oriente	16%	20%	58%	46%

Cuadro 2
Escenario Morales versus Camacho: identidad étnico-cultural y regional

Identidad	Evista polarizado	Camachista polarizado	Antisistema	Indiferente
Autopertenencia a pueblo indígena				
Quechua	42%	7%	28%	19%
Aimara	34%	2%	24%	13%
Ninguno	22%	80%	41%	53%
Identificación étnica				
Indígena	42%	4%	19%	10%
Mestizo	43%	51%	50%	51%
Blanco	1%	4%	3%	2%
Ninguno	14%	41%	26%	35%
Identificación regional	**34%**	**39%**	**36%**	**38%**
Lugar de residencia				
Altiplano	44%	13%	43%	29%
Valles	38%	9%	37%	22%
Oriente	19%	78%	21%	50%

En síntesis, como en otros estudios sobre comportamientos y opiniones político-electorales, se verifica una diferenciación regional y étnico-cultural entre los grupos más favorables al MAS respecto a las oposiciones a ese partido. Unos están más concentrados en el oeste de Bolivia y otros en el oriente, mayoritariamente los masistas autoidentificados como aimaras y quechuas, en tanto que los opositores declaran no tener ese tipo de identidad.

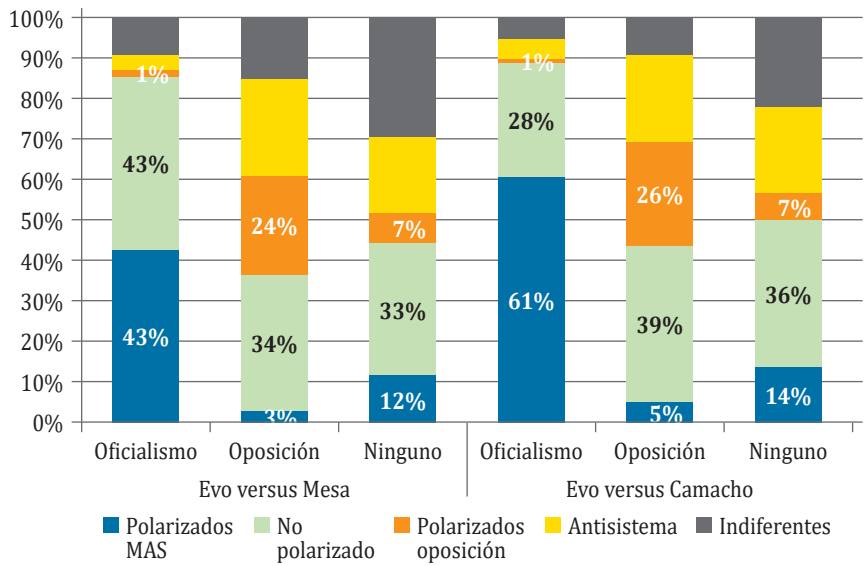
También hay evidencia que indica que, al mismo tiempo, un apreciable porcentaje de masistas (polarizados y no polarizados) se declara como mestizo o sin adscripción étnica específica ("ninguna"). Esos resultados son concordantes con el complejo entramado de autoidentificaciones étnico-culturales cruzadas y fluidas que caracteriza a la sociedad boliviana, y que dificulta su análisis empírico. Sin embargo, es evidente que en los grupos de población con una impronta indígena más fuerte hay un mayor número de personas con una identificación política fuerte con Morales o con Arce.

Habría que ver cuánto podría variar esta conclusión preliminar si, además, se la controla con variables socioeconómicas, con las que lamentablemente no se ha contado en la encuesta que sustenta este ensayo. Ese es uno de los temas pendientes en futuras investigaciones.

Diferenciaciones político-ideológicas

Como es de suponer, las diferenciaciones de naturaleza política e ideológicas son particularmente relevantes entre los grupos estudiados y en todos los escenarios analizados. Los resultados ratifican que esos clivajes son los que estarían más asociados a la dinámica de la polarización en Bolivia.

Gráfico 6
Autoposicionamiento político según identidad partidaria



En el gráfico 6 se cruza el autoposicionamiento político de los entrevistados (oficialistas, opositores o ninguno de los dos) con los segmentos ya identificados según la opinión sobre los líderes de ambos bloques. El grupo oficialista (37% del total de la muestra) aparece con mayor cohesión y coherencia política: la mitad de sus componentes puede calificarse como polarizada y el resto como adherente, pero con opiniones no negativas sobre el adversario político. En cambio, los opositores (35% del total de la muestra) resultan muy heterogéneos: un tercio no está polarizado, un cuarto lo está y otro cuarto rechaza a los líderes masistas, al igual que a los dirigentes del sector (antisistema). El grupo que no quiere decantarse por ninguna de las dos fuerzas en pugna ("ninguno") (29% del total de la muestra) es, obviamente, aún más heterogéneo, con una mayoría de personas indiferentes, antisistema o no polarizadas.

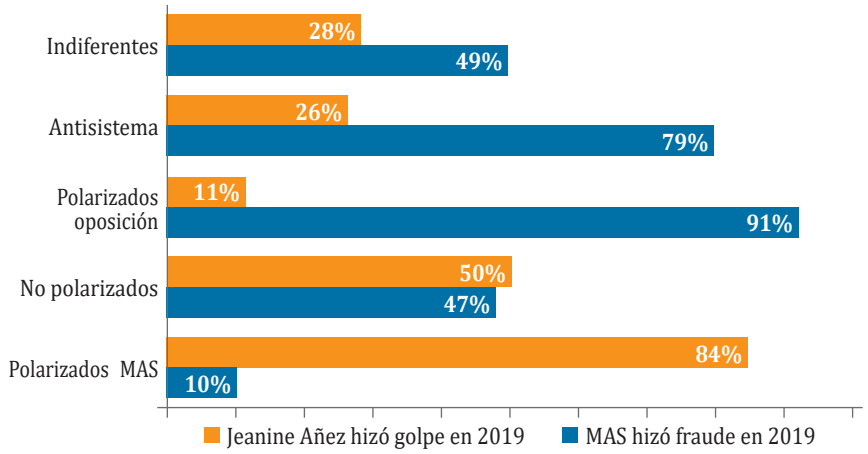
Ese panorama ratifica nuevamente la complejidad de los escenarios de polarización y de identificación partidaria en Bolivia, en un contexto donde la única estructura política relativamente sólida es la masista, mientras que el resto de las adhesiones ideológicas son coyunturales y, más bien, están ligadas al rechazo a ciertos líderes o a determinadas ideas. Es posible, de igual modo, verificar cuáles son las orientaciones ideológicas más relevantes que están asociadas a la polarización y a la conformación de las identidades políticas.

En el gráfico 7 se muestra cómo la querella en torno a la interpretación de la crisis de 2019 en Bolivia es un elemento clave para determinar los niveles de polarización. Asimismo, en los cuadros 3 y 4 se evidencia que la polaridad entre "Estado plurinacional" y "República" o entre la confianza y el rechazo a las autoridades del gobierno central son factores muy diferenciadores.

Al parecer, todas esas cuestiones son expresiones de la polaridad básica que se ha ido desarrollando y consolidando en el país desde hace más de una década: la contradicción en torno al proyecto político del MAS y la personalidad de su principal líder, Evo Morales. Ese sigue siendo el factor en el que es más visible la división política de Bolivia. Sin embargo, hay importantes grupos de población no polarizada o indiferente en los que ese clivaje aparece bastante matizado.

El clivaje regional está muy relacionado con la división en torno al masismo, aunque hay ciertas variaciones interesantes: los polarizados mesistas, por ejemplo, tienden a desconfiar en su mayoría de todas las autoridades (68%), mientras que los camachistas apoyan fuertemente a sus líderes regionales (54%). Es decir, la asociación antimasismo y regionalismo parece funcionar con intensidad entre los radicales camachistas y en menor medida entre el resto de opositores.

Gráfico 7
Fraude versus golpe



Cuadro 3
Escenario Morales versus Mesa: posicionamientos políticos

Posicionamiento	Evista polarizado	Mesista polarizado	Antisistema	Indiferente
Organización política				
Estado plurinacional	85%	25%	30%	48%
República	12%	73%	65%	43%
Clivaje regional: Se siente representado por discursos de autoridades…				
Gobierno central	50%	3%	12%	16%
Gobierno regional	15%	26%	24%	25%
Ambos	14%	3%	4%	6%
Ninguno	21%	68%	50%	53%
Clivaje social: Importancia futura de siguientes organizaciones…				
Sindicatos	45%	19%	21%	37%
Movimientos sociales	66%	16%	21%	27%
Asociación de empresarios	17%	37%	40%	30%
Clivaje étnico-cultural				
La colonización española nos afecta hasta el día de hoy	50%	35%	27%	29%
Las personas de clase alta son racistas	71%	36%	29%	38%
Las personas de ascendencia indígena están resentidas con los no indígenas	25%	55%	39%	35%

Cuadro 4
Escenario Morales versus Camacho: posicionamientos políticos

Posicionamiento	Evista polarizado	Camachista polarizado	Antisistema	Indiferente
Organización política				
Estado plurinacional	86%	14%	43%	43%
República	12%	82%	53%	46%
Clivaje regional: Se siente representado por discursos de autoridades…				
Gobierno central	50%	5%	16%	12%
Gobierno regional	15%	54%	21%	20%
Ambos	13%	1%	4%	8%
Ninguno	22%	40%	58%	60%
Clivaje social: Importancia futura de siguientes organizaciones…				
Sindicatos	45%	16%	23%	34%
Movimientos sociales	64%	10%	25%	26%
Asociaciones de empresarios	18%	44%	30%	32%
Clivaje étnico-cultural				
La colonización española nos afecta hasta el día de hoy	47%	19%	34%	28%
Las personas de clase alta son racistas	68%	24%	41%	33%
Las personas de ascendencia indígena están resentidas con los no indígenas	25%	39%	46%	34%

Las opiniones sobre el rol de diferentes organizaciones sociales (cuadros 3 y 4) son, de igual manera, diferentes entre los dos bloques: los masistas son muy favorables a los sindicatos y a los movimientos sociales, y los opositores son bastante escépticos sobre su importancia para el futuro del país. Con relación a los empresarios, los opositores aparecen más favorables a ellos respecto a los oficialistas, pero sin una brecha tan grande como en los dos primeros casos.

Algo parecido sucede en las opiniones sobre aspectos ligados a la cuestión indígena, con diferencias entre ambos bloques, pero menos marcadas que en las cuestiones vinculadas a aspectos directamente asociados al masismo o a la figura de Evo Morales. Los indiferentes y los antisistema son bastante más equilibrados en sus opiniones sobre el clivaje étnico-cultural y social que los polos, como era de suponer.

Cultura política y confianza institucional

Aunque no hay suficiente información en la encuesta para realizar una evaluación completa de las diferencias entre los segmentos analizados en términos de cultura política, se observan algunas tendencias preliminares.

Cuadro 5
Escenario Morales versus Mesa: cultura política

Tendencia	Evista polarizado	Mesista polarizado	Antisistema	Indiferente
Los partidos políticos son importantes para el futuro del país	32%	22%	17%	26%
Nunca/casi nunca se puede expresar descontento	21%	43%	36%	23%
Nunca/casi nunca las elecciones se llevan a cabo sin manipulaciones	25%	57%	41%	33%
Nunca/casi nunca los votos de los bolivianos valen lo mismo	12%	58%	36%	28%

Cuadro 6
Escenario Morales versus Camacho: cultura política

Tendencia	Evista polarizado	Camachista polarizado	Antisistema	Indiferente
Los partidos políticos son importantes para el futuro	32%	14%	23%	25%
Nunca/casi nunca se puede expresar descontento	25%	33%	38%	25%
Nunca/casi nunca las elecciones se llevan a cabo sin manipulaciones	27%	48%	49%	32%
Nunca/casi nunca los votos de los bolivianos valen lo mismo	14%	45%	42%	24%

En todos los grupos, el apoyo a los partidos políticos es llamativamente bajo (entre el 17% y el 32%). Los polarizados masistas son los que parecen confiar más en esas organizaciones debido a que su partido es quizás el único que tiene cierto grado de estabilidad. No

obstante, incluso en ese segmento, casi dos tercios piensan que no son relevantes para el futuro de Bolivia (cuadros 5 y 6).

La confianza en las instituciones clave de la democracia, como las que garantizan las elecciones o los derechos para todos, aparece polarizada de modo notable. Hay visiones marcadamente diferentes entre los polos de este ámbito, con los indiferentes y los no polarizados en posiciones matizadas. Mientras que los opositores piensan que las elecciones son, en general, irregulares y que en Bolivia no existen garantías para el ejercicio de los derechos ciudadanos, los masistas piensan exactamente lo contrario. Esas divisiones y desconfianzas en torno a la institucionalidad democrática jugaron un papel crucial en los conflictos de 2019; su persistencia debería llamar la atención, sobre todo teniendo en cuenta el fortalecimiento de la estabilidad y de la democracia en el país.

Aproximación a la polarización afectiva

Según lo explicado en la primera parte de este texto, la aparición de sentimientos de intolerancia, rechazo e incluso odio hacia las personas que se adscriben a una ideología o una fuerza política contraria es un fenómeno asociado a los procesos de polarización política, que puede terminar agravándolos. Se trata de una versión radicalizada de la polarización que podría tener impactos severos en la convivencia social y en la estabilidad del sistema.

Un primer elemento que llama la atención es el elevado grado de intolerancia política existente en todos los segmentos: entre el 42% y el 67% de los entrevistados, sin importar su orientación ideológica, afirmaron que les molestaba que las personas "responsables de la situación del país tengan que ser incluidas y respetadas a título de democracia" (cuadros 7 y 8).

Sobre esa base de intolerancia compartida se despliegan comportamientos polarizados bastante extendidos, pero particularmente fuertes entre los opositores: elevados porcentajes de personas reconocieron usar calificativos como "masista" o "pitita" para referirse a una persona (en torno al 40% entre los polarizados), y algo menos de la mitad de los opositores polarizados dijo haber votado alguna vez por un candidato que no le gustaba, a fin de evitar que ganara el contrincante.

En el polo opositor, una proporción muy alta (69%) reconoció que le resultaba difícil "hablar de forma racional y con respeto con alguien del

MAS", y un 52% de los masistas polarizados opinó algo similar acerca de la conversación con un "pitita". Hay, pues, señales de un elevado nivel de polarización afectiva en ambos polos, situación que también se nota en la acidez de los debates en las redes sociales o en los sucesos tensos de la crisis de 2019-2020. Sin embargo, importantes grupos de población no polarizada e indiferente son los que mostraron una menor tendencia a confrontarse afectivamente. Es claro que las minorías intensas de los polos suelen ser más activas y protagónicas del debate público.

Cuadro 7
Escenario Morales versus Mesa: polarización afectiva

Tendencia afectiva	Evista polarizado	Mesista polarizado	Antisistema	Indiferente
Le enoja pensar que las personas que son responsables de la situación del país deban ser respetadas a título de democracia	47%	78%	62%	52%
Usó alguna vez las palabras "masista" o "pitita"	40%	40%	34%	22%
Votó por un candidato que no le gustaba con tal de votar por un adversario	24%	44%	31%	25%
Es muy difícil hablar de forma racional y con respeto con alguien del MAS	10%	69%	49%	25%
Es muy difícil hablar de forma racional y respetuosa con un pitita	52%	22%	16%	21%

Cuadro 8
Escenario Morales versus Camacho: polarización afectiva

Tendencia afectiva	Evista polarizado	Camachista polarizado	Antisistema	Indiferente
Le enoja pensar que las personas que son responsables de la situación del país deban ser respetadas a título de democracia	49%	62%	67%	54%
Usó alguna vez las palabras "masista" o "pitita"	39%	46%	26%	22%
Votó por un candidato que no le gustaba con tal de votar por un adversario	25%	45%	25%	21%
Es muy difícil hablar de forma racional y con respeto con alguien del MAS	9%	64%	46%	28%
Es muy difícil hablar de forma racional y respetuosa con un pitita	50%	14%	27%	16%

Algunas conclusiones y perspectivas futuras de investigación

Estas páginas contienen un primer ejercicio de utilización de una metodología que apunta a complejizar el análisis de las identidades partidarias y, por tanto, de los fenómenos de polarización, considerando para ello factores de adhesión positivos a algunas fuerzas o líderes políticos, pero también opiniones y sentimientos negativos con relación a ellos.

El punto de partida es que ambas lógicas coexisten, se interrelacionan y pueden tener dinámicas independientes en ciertos contextos. Combinándolas emergen segmentos sociopolíticos diversos que enriquecen la comprensión de las dinámicas de apoyo y de rechazo en el ámbito político, superando las limitaciones de las explicaciones dicotómicas a las que suele llevar el análisis de las polarizaciones.

Han sido descritos cuatro escenarios de polarización construidos a partir de las opiniones de apoyo o de rechazo a Evo Morales, Luis Arce, Carlos Mesa y Luis Fernando Camacho. De modo evidente, aparecen grupos polarizados y otros que no lo estaban, los indiferentes a esas dinámicas y los que rechazaban por igual a los líderes de los dos bandos. Es decir, detrás de los mayoritarios posicionamientos antimasistas o antiopositores surgen situaciones y condiciones matizadas relevantes para el juego electoral y la evolución del campo político.

En general, los grupos polarizados son minoritarios; dependiendo de los escenarios, representan algo más del 40% de los entrevistados, con cierto mayor número de polarizados masistas que de opositores. Aparecen también un 15% de antisistemas que desconfía de los líderes de ambos sectores, entre un 15% y un 18% de indiferentes (sin opinión), y otro tercio de adherentes (masistas y opositores) no polarizados. Ese escenario complejo y lleno de matices contrasta con la idea de dos bloques homogéneos enfrentados e incompatibles.

Al profundizar en los rasgos sociales y actitudinales de esos segmentos, salta la evidencia de la centralidad del clivaje político-ideológico relacionado con las cuestiones que se atribuyen al MAS y a su líder Evo Morales, en las que las brechas son más grandes. A ellas se asocian los clivajes étnico-culturales y regionales tradicionales, entre los que se sienten más cercanos o alejados de las identidades indígenas, o entre los habitantes del occidente y del oriente de Bolivia.

Por último, queda en evidencia que los grupos polares presentan rasgos de polarización afectiva importantes, eso en un contexto social bastante generalizado de desconfianza en las instituciones, de poco apoyo a los partidos políticos y de baja tolerancia política. De hecho, hay elementos de alerta que deberían ser considerados.

Desde la perspectiva teórica y metodológica, este escrito sugiere muchas pistas futuras para profundizar el análisis y validar de manera más robusta las hipótesis planteadas. Es necesario refinar los indicadores que miden el apoyo por razones "positivas" y "negativas" a las fuerzas políticas, no solo tomando como referencia las opiniones sobre sus líderes, sino variables como la intención del voto o el apoyo explícito a ciertos posicionamientos políticos de los bloques.

También está la necesidad de profundizar lo referido a las asociaciones entre esos comportamientos y opiniones políticas con variables sociológicas, en particular combinando factores como el lugar de residencia, la identidad étnica-cultural y la condición socioeconómica. Dichas variables deberían ser luego usadas para diseñar modelos de explicación multivariables sobre la polarización y la adscripción partidaria, que analicen en conjunto y de manera interdependiente las variables sociales y actitudinales que podrían explicarlas.

Fuentes citadas

- Almagro, M. (2019). *La polarización política: polarización expresiva o en actitudes. Revista de la Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia en España*, 41-44.

- Meléndez, C. (2019). *El mal menor. Vínculos políticos en el Perú posterior al colapso del sistema de partidos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Meléndez, C. (2022). *The Post-Partisans: Anti-Partisans, Anti-Establishment Identifiers, and Apartisans in Latin America*. Serie Elements in Politics and Society in Latin America. Cambridge: Cambridge University Press.

6

La polarización desde los medios de comunicación: análisis de la cobertura del paro cívico en Santa Cruz

María Silvia Trigo Moscoso[1]

Introducción

En todas las sociedades surgen ideas acerca de cuáles son los asuntos de interés colectivo, cuáles son las prioridades sociales y cómo se debe gestionar lo público. En los sistemas democráticos, ese suele ser el eje sobre el cual se mueve el debate público y se generan las dinámicas políticas. Sin embargo, la fluidez de ese proceso puede ser entorpecido de varias maneras. Una de ellas es cuando la sociedad se polariza en posiciones antagónicas sobre un tema y se aísla en distintas tribus ideológicas que impiden el diálogo.

En escenarios así, la información que la población recibe es un factor determinante en las relaciones sociales porque las tribus ideológicas (además de compartir ideas y elementos identitarios) suelen tener interpretaciones diferentes de los hechos y confían más en las noticias que refuerzan sus propias creencias. Bajo esa premisa, el acceso a información fidedigna y plural, que permita mejorar la calidad del debate público, es un requisito indispensable para la convivencia y el funcionamiento de la democracia.

Según los datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización impulsada en 2022 por el Proyecto Unámonos[2] y desarrollada por la Fundación ARU, a la mayoría de la población boliviana le gusta informarse sobre la situación política del país. Sin embargo, no todos consideran que en Bolivia exista información variada y plural. Ese estudio también muestra que solo el 15,8% a nivel nacional (y el 28,7% en Santa Cruz) siente que recibe información de calidad todos los días, a diferencia del 33,2% que percibe que eso solo ocurre "ocasionalmente" y del 18,3% que sostiene que "casi nunca" la información recibida es fidedigna.

1 Periodista, corresponsal para el *New York Times* y consultora para el Institute for Peace and War Reporting.
2 Proyecto de las fundaciones alemanas Friedrich-Ebert-Stiftung y Konrad-Adenauer-Stiftung.

Un dato revelador de la encuesta es que más del 36% de los consultados evita consumir información proveniente de los medios de comunicación no afines a su posición política. Analizando esa variable, podemos deducir que al menos un tercio de la población cree que los medios asumen una posición política y no está dispuesto a interactuar con posturas diferentes a la suya. Ese hallazgo se refleja también en las posibilidades de diálogo entre personas que tienen posiciones ideológicas opuestas: para un tercio de los consultados es "muy difícil" hablar con quien piensa políticamente distinto.

En ese contexto, teniendo en cuenta la incidencia de los medios de comunicación en la opinión pública y su capacidad de mediación en la deliberación democrática, resulta necesario reflexionar sobre su desempeño en Bolivia, particularmente en momentos de polarización política y social. Es cierto que las redes sociales han modificado el escenario comunicacional e informativo en la última década, y que se constituyen en un importante espacio de deliberación, pero los medios de comunicación aún ostentan el privilegio de determinar qué es noticia y de jerarquizar los contenidos noticiosos. Por otro lado, en una época en la que la desinformación amenaza los procesos informativos, los medios de comunicación siguen siendo un referente de veracidad que legitima hechos, discursos y narrativas.

Este escrito aborda la polarización desde la perspectiva de los medios de comunicación a partir del análisis de la cobertura durante el paro cívico de 36 días en Santa Cruz, a fines de 2022, a raíz del conflicto por la fecha de realización del censo de población pendiente. El objetivo es analizar el accionar de los medios en la amplificación (y el silenciamiento) de discursos y narrativas, así como los enfoques y las diversas interpretaciones que se les dieron a los hechos. Es importante mencionar que no se trata de un estudio minucioso con base en una muestra específica de noticias, sino de una interpretación general de cómo se plasmó ese periodo en la prensa local y nacional, por lo cual el análisis es simplemente una aproximación orientada a promover la reflexión sobre el papel de los medios de comunicación en un momento de conflictividad y polarización.

El trabajo inicia con la observación y el análisis de portadas y de noticias de los periódicos *El Deber* y *Ahora El Pueblo*. *El Deber* es el medio de comunicación tradicional y de referencia en Santa Cruz[3], cuya base está asentada en ese departamento, uno de los de mayor audiencia a

3 Publica ediciones impresas todos los días excepto el sábado.

nivel nacional; en sus editoriales asumió una posición a favor de los intereses de la dirigencia cívica cruceña. *Ahora El Pueblo* es el periódico estatal y su línea editorial es favorable a los intereses del Gobierno boliviano. Es central recordar que en Santa Cruz no existe un periódico público de producción local. Si bien la audiencia digital de ambos medios no es comparable, siendo la de *El Deber* muchísimo mayor, *Ahora El Pueblo* se distribuye a nivel nacional y su línea editorial suele coincidir con la de los demás medios públicos[4], lo que amplifica la difusión de los sentidos comunes que ahí se generan.

La priorización de los medios de comunicación impresos para este análisis se debe a la disponibilidad de sus archivos y a que por su formato se constituyen en documentos históricos: son, de hecho, el registro escrito de nuestra época.

El rol de los medios de comunicación y la construcción de sentidos

Los medios de comunicación juegan un papel fundamental no solo en la definición de la agenda pública, sino también en la creación y en la consolidación de sentidos comunes. La manera en la que informan, cómo interpretan los hechos y a qué temas, actores públicos y discursos dan mayor o menor importancia moldean la forma en la que se representa y se percibe la realidad. En ese sentido, los medios de comunicación tienen la capacidad de constituirse en espacios de encuentro y diálogo, y de asumir el rol de mediadores entre sujetos, instituciones y actores políticos, especialmente en momentos de conflictividad social. Sin embargo, a raíz de su poderosa influencia en la opinión pública, no en pocas ocasiones asumen un rol activo a favor de una corriente ideológica y estructuran las noticias en función de intereses políticos o económicos, alejándose de posiciones imparciales y pudiendo llegar incluso a distorsionar los hechos.

En el proceso informativo existen al menos tres decisiones editoriales que marcan el establecimiento de la agenda mediática. La primera es la *selección de la información*, mediante la cual se incluyen unos temas y se excluyen otros, según la importancia que estos tengan para quienes definen la agenda y sus intereses. La segunda es la *jerarquización de la*

4 Bolivia TV (BTV), Agencia Boliviana de Información (ABI) y Patria Nueva.

información, que da cuenta de la relevancia que se le otorga a un tema en cuanto a la extensión de la noticia y a su ubicación en el medio en el que se presenta. La tercera es el *enfoque o tratamiento informativo*, por el cual se establecen tanto el criterio como la forma en la que las noticias serán presentadas, además de la selección de las fuentes de información.

En el enfoque teórico del establecimiento de la agenda, el investigador Torrico plantea que "los medios informativos ofrecen una jerarquización de temas que, a largo plazo, genera una agenda en la cual los asuntos excluidos de los contenidos mediáticos también quedan fuera de la preocupación y los conocimientos de la gente" (2004, p. 131). Otros teóricos van más allá y sostienen, como Alsina, que los medios tienen un rol socialmente legitimado para "construir la realidad social como realidad pública y socialmente relevante" (1989, p. 30).

No obstante, desde la consolidación del ciberespacio y de las redes sociales como escenarios de discusión pública y consumo informativo, la construcción de la agenda mediática considera otras variables. Ese proceso, otrora exclusivo del periodismo, se ha visto influenciado por dinámicas digitales, entre ellas factores comerciales (qué temas generan más audiencia) o comunicacionales (a qué asuntos públicos se está dando importancia en las discusiones virtuales, qué actores públicos tienen más audiencia, etcétera).

Independientemente de la mediación de la virtualidad en el proceso informativo de los medios tradicionales, la elaboración de la agenda mediática y los enfoques que se les da a las noticias tienen el poder de influir en la opinión pública, en el desarrollo de los acontecimientos e incluso en la estabilidad social.

Durante el paro cívico en Santa Cruz, la población cruceña no podía ir más allá de un par de cuadras de su casa porque los bloqueos le impedían avanzar distancias más largas. La mayoría de la gente se enteraba de lo que estaba pasando exclusivamente por lo que se publicaba en los medios de comunicación. Como veremos más adelante, ese conflicto era el tema central de las ediciones de los periódicos analizados, pero la interpretación de los hechos no siempre fue similar; en algunas ocasiones incluso fue contradictoria.

Hitos del conflicto por el censo

El paro cívico cruceño, que exigía realizar el Censo Nacional de Población y Vivienda en 2023, fue iniciado el 22 de octubre de 2022 y, contra todo pronóstico inicial, se prolongó por más de un mes. El 26 de noviembre, tras aceptar una ley parecida a una propuesta dada por el Gobierno central al principio del paro, el movimiento cívico de Santa Cruz suspendió la medida de presión.

El conflicto germinó varios meses antes. El Instituto Nacional de Estadística (INE), entidad que llevaría adelante el empadronamiento inicialmente previsto para el 16 de noviembre de 2022, nunca dio señales de confianza. El trabajo precensal comenzó tarde, en comparación con otros procesos de la misma naturaleza, y la comunicación institucional no fue clara ni respondió a las demandas informativas de la población. En declaraciones públicas, funcionarios del Gobierno se limitaban a decir que el censo estaba garantizado y que las condiciones "técnicas y financieras" estaban aseguradas[5]. En marzo de 2022 diversas instituciones cruceñas crearon una Comisión Interinstitucional Impulsora del Censo[6] para exigir información, a objeto de "coadyuvar, impulsar y fiscalizar" el proceso censal.

La falta de transparencia de parte del INE quedó en evidencia cuando restaban cinco meses para la realización del censo. En junio de ese año se filtró una carta de renuncia del director de esa institución, Humberto Arandia[7], a raíz de la cual se produjo una serie de enredos comunicacionales, entre ellos, primero, un desmentido de la existencia de la carta desde el INE y, minutos más tarde, una confirmación de su veracidad. Al principio, el presidente Luis Arce rechazó la renuncia, en la que Arandia se declaraba incapaz de desempeñar el cargo por razones físicas y mentales de salud[8]. Pocos días después, Gastón Cordero fue designado como director interino y, de manera sorpresiva, también se cambió a la cabeza del Ministerio de Planificación, quedando Sergio Cusicanqui posesionado en reemplazo de Gabriela Mendoza.

5 Véase: https://www.comunicacion.gob.bo/?q=20220327/33792
6 Esa comisión estaba integrada por representantes de la Gobernación de Santa Cruz, la Asamblea Legislativa Departamental, la Alcaldía de Santa Cruz, el Concejo Municipal, el Comité Cívico pro Santa Cruz y la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno.
7 La carta se hizo pública el 7 de junio de 2022, pero tenía fecha de recepción del 9 de mayo.
8 En la carta, Arandia indicaba que estaba "imposibilitado" para desempeñar el cargo debido a un accidente que le afectó la rodilla y a "problemas psiquiátricos y neurológicos".

Un mes más tarde se produjo un encuentro entre autoridades subnacionales y del Viceministerio de Autonomías, en la que el único gobernador ausente fue el de Santa Cruz, Luis Fernando Camacho, pese a que había sido convocado. En el Consejo Nacional de Autonomías se firmó un acta para solicitar la postergación del censo, alegando razones como disponer de más tiempo para socializar la boleta, incorporar idiomas originarios, realizar la actualización cartográfica y evitar la migración por la zafra. De igual forma, se establecía la importancia de priorizar un trabajo técnico "libre de politización". El cambio de fecha quedó consolidado mediante el Decreto Supremo 4760, que aplazaba el censo hasta "mayo o junio de 2024" (artículo 2.II).

A partir de entonces, en Santa Cruz surgieron demandas para adelantar la fecha, a fin de lograr la reasignación de escaños parlamentarios y recursos antes de las elecciones nacionales de 2025. Bajo la consigna "Censo 2023 sí o sí", el Comité Cívico pro Santa Cruz logró movilizar a una gran cantidad de personas en un cabildo realizado el 30 de septiembre[9], donde se determinó dar al Gobierno un plazo de 21 días para la abrogación del citado decreto. Ese fue el "mandato" con el que se justificaron las medidas de presión que siguieron después.

La fecha para el cumplimiento del plazo se fue acercando sin diálogo entre las partes. En la víspera hubo un cabildo de personas afines al Movimiento al Socialismo (MAS) que rechazaban el paro y un encuentro de autoridades regionales y nacionales, sin éxito. En esa reunión, la ministra de la Presidencia, Marianela Prada, presentó la propuesta del Gobierno de llevar a cabo el censo en abril de 2024 (dos meses antes de lo establecido en el decreto) y de aplicar en octubre de ese mismo año la distribución de recursos sobre la base de resultados preliminares. La propuesta fue rechazada y a las cero horas del sábado 22 de octubre, en una concentración en el Cristo Redentor, emblemático monumento de Santa Cruz, se dio inicio al paro más largo de la historia boliviana.

Los 36 días transcurrieron con intentos de diálogo que fracasaban por la ausencia de predisposición a la negociación. El paro se

9 De acuerdo con los organizadores del cabildo, hubo una asistencia récord de 1.530.000 personas. Sin embargo, en un informe tardío, el Servicio Intercultural de Fortalecimiento Democrático (SIFDE) estableció que habían participado 229.126 personas. Pese a la gran diferencia entre ambas cifras, es válido indicar que hubo una participación masiva y posiblemente sin precedentes en Santa Cruz.

desarrolló con bloqueo de calles, una secuencia de enfrentamientos en varias zonas y también bloqueos en las carreteras, ejecutados por simpatizantes del MAS que aislaron la ciudad cruceña del resto del país durante varios días.

El Gobierno convocó a un encuentro nacional en Cochabamba para el 28 de octubre, en el que no se determinó nada concreto ni se puso fin al conflicto. De igual modo, el 4 de noviembre se instaló una mesa técnica en Trinidad para definir la fecha del censo, de la que se retiró la comisión cruceña (y luego las de La Paz y Tarija), aduciendo falta de transparencia.

En el entremedio hubo presiones de ambos lados: se cortó el suministro de gas al Parque Industrial en Santa Cruz, se suspendió la exportación de alimentos para "evitar el desabastecimiento interno", se realizaron vigilias en instituciones públicas y también en empresas consideradas afines al Comité Cívico cruceño, se desarrollaron marchas de universitarios a favor del paro y se produjeron enfrentamientos en varias zonas de la ciudad y en algunas provincias. También se bloqueó la refinería y el ingreso al vertedero municipal, lo que derivó en el amontonamiento de más de 8.000 toneladas de desechos en las calles, según la Alcaldía cruceña.

El 1 de noviembre hubo violencia y gasificación en el municipio La Guardia. La Policía reprimió a quienes intentaron levantar el cerco. Del otro lado de la historia sostienen que había manifestantes con armas de fuego. Asimismo, algunos asambleístas iniciaron huelgas de hambre y se realizaron jornadas de oración, de varios credos y religiones, para pedir la realización del censo en 2023.

A medida que el paro se fue alargando, la ciudad de Santa Cruz fue retomando actividades con dificultad, especialmente en la mañana. Algunos días los cívicos autorizaban la apertura de centros de abastecimiento para que la gente pudiera comprar alimentos, pero es cierto que muchas empresas y negocios trabajaron de manera clandestina y a puertas cerradas para evitar represalias. Se conoció que personas que apoyaban el paro obligaban a cerrar cafeterías y otros negocios que estaban en funcionamiento.

El 11 de noviembre fue una jornada violenta. Todo inició con una marcha de las organizaciones que rechazaban el paro, las cuales, a su paso, iban levantando los puntos de bloqueo. Hubo enfrentamientos, ataques a

periodistas y gasificación por parte de la Policía. Más tarde, manifestantes que respaldaban el paro quemaron la Federación de Trabajadores Campesinos, donde supuestamente se estaban refugiando marchistas, bajo resguardo policial, y donde fueron encontrados petardos, dinamita y gases lacrimógenos. La tensión se trasladó luego a la Central Obrera Departamental, donde los ambientes fueron destrozados y saqueados, y se reportaron excesos de parte de la Policía. Casi a medianoche, el presidente Luis Arce informó que la fecha del censo sería el 23 de marzo de 2024 y que con los resultados preliminares se asignarán recursos en septiembre de ese año, anuncio que quedó establecido a la mañana siguiente mediante un decreto.

El 13 de noviembre se llevó a cabo un cabildo multitudinario organizado por el Comité Cívico cruceño, en el que se determinó mantener el paro por 72 horas más, siempre y cuando se liberara a las personas detenidas en los conflictos previos. También se pidió a los asambleístas gestionar una ley para que los recursos y los escaños sean asignados antes de las elecciones de 2025, y se exigió a los demás departamentos sumarse con "medidas efectivas" a esas demandas. Las preguntas las hizo el presidente de la entidad, Rómulo Calvo, mediante un video grabado[10] que no se escuchaba con claridad y que generó confusión entre los asistentes. No se mencionó la fecha del censo.

Tales determinaciones no cayeron del todo bien. Después del cabildo un grupo de gente que esperaba medidas más radicales fue a la casa del presidente cívico a protestar y a exigir que se mantenga la exigencia de censo en 2023. En el imaginario popular se había instalado la idea de que el empadronamiento transformaría la vida de las personas a partir de la asociación de que el censo derivaría en más obras, hospitales, ítems y educación para las regiones. Las expectativas post censo fueron una herramienta de coerción social importante.

La falta de valor para levantar la medida se hacía evidente, al igual que las diferencias que iban surgiendo en el Comité Interinstitucional que encabezó la medida de presión. La mañana después del cabildo, el presidente cívico desdijo algunas de las resoluciones en una entrevista en televisión, que terminó abandonando. La ambigüedad de los mensajes se reflejó también en los medios de comunicación que presentaron diversas interpretaciones sobre la continuidad del paro.

10 Debido a su arresto domiciliario.

Dos días después del cabildo fueron liberados con medidas sustitutivas 15 detenidos por la quema de la sede campesina y los destrozos en la Central Obrera Departamental. En paralelo, fueron presentados al menos cinco proyectos de ley sobre la propuesta de adelantar la entrega de recursos y de escaños parlamentarios con los resultados preliminares.

Mientras el tratamiento de la ley del censo seguía su curso, el 23 de noviembre (día 33 del paro cívico) el Comité Interinstitucional admitió que a esas alturas era técnicamente imposible hacer el censo en 2023 y aceptó que se lo realizara en 2024. Sin embargo, se decidió mantener el paro hasta la aprobación de la ley. La norma fue validada en la Cámara de Diputados el 26 de noviembre y, con ese avance, se puso fin al paro cívico después de 36 días, con un saldo de al menos dos fallecidos por causas relacionadas al conflicto[11], decenas de heridos en enfrentamientos y el tejido social fuertemente resquebrajado.

La Ley de Aplicación de los Resultados del Censo de Población y Vivienda en los Ámbitos Financieros y Electoral fue promulgada el 2 de diciembre, tras su aprobación en la Asamblea Legislativa Plurinacional, con el respaldo de gran parte de la oposición y de un sector del MAS.

Escenificación mediática de la polarización

La cobertura de los medios durante el paro cívico de Santa Cruz fue analizada en función de la polarización política y social a partir de cuatro ejes: la representatividad del tema de portada, el relato de los hechos, lo que dicen las imágenes y lo que no se dice. Se tomaron en cuenta las ediciones de los periódicos *El Deber* y *Ahora El Pueblo* publicadas durante ese hecho, por ser la representación de los temas considerados prioritarios para los medios y porque nos permiten ver la jerarquización que se hizo de ellos. Por otro lado, se revisaron

11 El primer día del paro una persona falleció en la ciudad de Puerto Quijarro, en medio de enfrentamientos a favor y en contra de la medida de presión. El día 19 un motociclista se topó con un cable tendido en un punto de bloqueo en el barrio Tres Lagunas de Santa Cruz, lo que le provocó un corte en el cuello y la perdida de la vida. Un día después un joven que había participado en movilizaciones para levantar un cerco en la refinería de Palmasola, y que fue denunciado por Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, fue asesinado en un punto de bloqueo; las investigaciones iniciales apuntaron a una pelea de pandillas.

coberturas específicas realizadas en las versiones digitales[12] para corroborar si se cubrieron determinados temas y para conocer el enfoque con el que se lo hizo.

En el siguiente análisis están apuntados algunos ejemplos que respaldan las observaciones realizadas, pero no son todos los que fueron encontrados en la revisión de las notas, sino parte de una tendencia identificada en la cobertura.

La representatividad del tema de portada

El paro cívico de Santa Cruz fue el tema central tanto de *El Deber* como de *Ahora El Pueblo* durante 36 días. Salvo pocas excepciones, como la elección presidencial en Brasil o la inauguración del mundial de fútbol, el conflicto por la fecha de realización del próximo censo de población en Bolivia destaca como el tema más importante en los dos medios.

La polarización asoma en sus portadas, en las que se identifica una mirada político-partidaria del conflicto. En la jerarquización de las noticias, están priorizados los discursos, los enfrentamientos y las gestiones políticas, en tanto que los costos sociales de la medida ocupan un espacio menor.

Es importante detallar cómo ambos medios asumen la representatividad del paro cívico en sus titulares. Se observa que el periódico *Ahora El Pueblo* se refiere a la protesta como "el bloqueo de Camacho"[13], "la medida de Camacho"[14] o el "paro de Camacho"[15], entre otros enunciados relacionados. En cambio *El Deber* refleja que la protesta es de "Santa Cruz" o de los "cruceños", lo cual se advierte en varias portadas, entre ellas la del 18 de noviembre, que dice: "Santa Cruz exige un pacto nacional para aprobar la ley del censo", o la del 23 de noviembre, en la que en un punteo se sostiene que "los cruceños piden censo, escaños y recursos".

12 No se encontraron registros de las versiones digitales en la página web de *Ahora El Pueblo*. por lo que el análisis de ese diario se centró casi exclusivamente en las ediciones impresas. Existen, sin embargo, rastros en plataformas de archivo digital como Wayback Machine, aunque son escasas.
13 Edición del 29 de octubre de 2022.
14 Edición del 27 de octubre de 2022.
15 Edición del 4 de noviembre de 2022.

Es evidente que mientras *Ahora El Pueblo* minimiza la medida de presión al calificarla como un movimiento del gobernador Luis Fernando Camacho, *El Deber* la maximiza al presentarla como una voluntad de la totalidad del departamento.

El relato de los hechos: los buenos y los malos del conflicto

En algunas ediciones los periódicos *Ahora El Pueblo* y *El Deber* parecen informan sobre dos países diferentes: se cubren los mismos hechos, pero se los interpreta de forma diferente e incluso contradictoria, resultando en una caracterización opuesta acerca de quiénes eran "los buenos" y quiénes "los malos" del asunto.

La polarización mediática se nota en la responsabilidad que se atribuye en los actos de violencia o en la obstaculización de las negociaciones por la fecha del censo, en las denominaciones que se usan para referirse a los grupos en disputa o en cómo se interpretan el conflicto y las medidas de presión. Tal es el caso de la cobertura sobre la mesa de negociación entre representantes del Gobierno nacional y del Comité Interinstitucional por la fecha del censo, a inicios del paro. En la edición del 23 de octubre, *El Deber* titula: "El Gobierno no cede y fracasa el diálogo: el paro es contundente", en tanto que *Ahora El Pueblo* dice: "los cívicos se cierran en su posición" y "Camacho rompe el diálogo".

De igual modo, hay contradicciones en la información sobre la escasez de alimentos. El 27 de octubre, *Ahora El Pueblo* titula: "El paro genera crisis alimentaria", y el 1 de noviembre *El Deber* informa sobre "los efectos del cerco" y dice que se "advierte escasez de alimentos y especulación de precios".

Quien lee ambos diarios puede evidenciar las contradicciones informativas. ¿Quién obstaculiza las negociaciones y no cede en su postura? ¿A qué se debe la supuesta escasez de alimentos? ¿Al paro? ¿Al cerco? ¿A ambos?

Si se habla de tendencias, se observa que *Ahora El Pueblo* refleja un paro cívico no consensuado, que se impuso por la fuerza y que generó pérdidas económicas. En sus ediciones, ese periódico destaca que había actividades económicas paralelas, como también un amplio rechazo al paro cívico y al gobernador Luis Fernando Camacho. En esa línea, responsabiliza al Comité Interinstitucional y a los cívicos

cruceños por actos de violencia y por impedir las negociaciones para resolver el conflicto. Asimismo, muestra que las protestas en contra del paro eran "pacíficas" y resalta como positivas las actuaciones del Gobierno central. Por el contrario, el periódico *El Deber* destaca en sus portadas y en sus editoriales que el paro era "contundente" y pacífico, y destaca los aspectos positivos de la medida de presión por medio del texto y de las fotografías. Ese medio afirma que al inicio de las negociaciones el Gobierno era el que no cedía en su posición sobre la fecha del censo y responsabiliza tanto a los grupos afines al MAS como a la Policía de generar tensión y violencia en Santa Cruz. *El Deber* no dio mayor cobertura a los efectos negativos del paro cívico, que indudablemente también los tuvo.

En *Ahora El Pueblo* se acentúa el uso de adjetivos peyorativos para referirse a las personas que se manifestaban a favor del censo, a quienes denomina, por ejemplo, "hordas camachistas" o "grupos parapoliciales", mientras que a los que estaban en contra del paro cívico los llama "vecinos". Una caracterización de quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos se puede encontrar en las ediciones del 2 de noviembre, luego del conflicto en el municipio La Guardia. *Ahora El Pueblo* titula: "Hordas camachistas arremeten contra la marcha pacífica y atacan a la Policía en La Guardia", en tanto que *El Deber* informa: "Violencia policial en La Guardia frustra otro intento de diálogo". Cabe mencionar que en su portada *El Deber* se muestra menos sesgado que *Ahora El Pueblo*; en efecto, menciona que varios carros policiales fueron dañados y que hubo "enfrentamientos" entre "un cerco y vecinos de La Guardia". Sin embargo, pese a esas referencias, en el titular *El Deber* atribuye el ejercicio de la violencia a la Policía y *Ahora El Pueblo*, en cambio, la asigna a los manifestantes a favor del censo en 2023, de quienes informa que portaban armas de fuego[16].

Lo que dicen las imágenes

En las fotografías de portada de *El Deber*, en general, se muestra un paro pacífico: gente en bicicleta, compartiendo comida de la olla común, rezando o levantando las banderas de Bolivia y de Santa Cruz. De igual forma, se usan imágenes de letreros situados en las calles con consignas a favor de la medida de presión o en contra del

16 Información dada por el ministro de Gobierno, Eduardo Del Castillo.

Gobierno, como "Por una Bolivia libre de Narcotráfico, terrorismo y fraude"[17] o "¿En Santa Cruz cuántos somos? Censo ya"[18]. También se muestran los inconvenientes provocados por los bloqueos en las rutas de acceso a Santa Cruz; es el caso, por ejemplo, de la edición del 26 de octubre, en la que se ve a una persona cruzando el cerco[19], con un pie de foto que dice: "el cerco provoca malestar". Paradójicamente, en las portadas analizadas de *El Deber* no se observan imágenes que retraten la dificultad de circulación en Santa Cruz por los puntos de bloqueo ni que cuestionen el malestar que generaban. En esa edición del 26 se hace una mención al paro diciendo que se "radicaliza en las calles" y que "la gente se reorganiza en las rotondas". De igual modo, se exhibe la masividad de algunos eventos a favor del paro, como las convocatorias de los cívicos o la marcha realizada el 7 de noviembre.

No es posible comparar esas coberturas con la que se hizo del Cabildo del Pueblo[20], organizado en la víspera del paro cívico, porque *El Deber* no publica su edición impresa los sábados. Sin embargo, desde su página web se observa que hizo una nota sobre las resoluciones del encuentro y que le dio un espacio marginal en el portal digital.

En los últimos días de paro cívico, las fotografías principales de *El Deber* ya no estuvieron relacionadas con la medida de presión, sino con el mundial de fútbol y con otros asuntos coyunturales[21].

Por otra parte, en las ediciones de *Ahora El Pueblo* se observa que no todas las imágenes correspondían al conflicto por el censo. De hecho, en ese periodo, muchas fotografías principales destacan la gestión del Gobierno, en un tono propagandístico. Respecto al conflicto, las fotografías dan cuenta de dos tendencias: que no se acataba la medida o que quienes generaban violencia eran los manifestantes a favor del censo en 2023. Por ejemplo, hay imágenes de mercados abiertos o de personas tomando buses del servicio público de transporte, con titulares que dicen que "La actividad económica se antepone a las medidas de presión", y otras de enfrentamientos, con titulares como "Hordas camachistas arremeten contra la marcha pacífica".

17 Edición del 9 de noviembre de 2022.
18 Edición del 13 de noviembre de 2022.
19 Foto de portada del 8 de noviembre de 2022.
20 Evento convocado por organizaciones afines al MAS en rechazo al paro cívico.
21 Como un incendio en El Fuerte de Samaipata (edición del 22 de noviembre de 2022).

Lo que no se dice

Hasta ahora la cobertura del paro cívico ha sido analizada desde las portadas de los periódicos, las imágenes principales y algunas notas de las versiones digitales. Sin embargo, las omisiones también son un elemento de análisis del tratamiento informativo[22].

Hay que resaltar que *El Deber* incluye en sus notas la versión del Gobierno y cita entre sus fuentes a ministros y a otros actores del Órgano Ejecutivo que participaron en las negociaciones, a diferencia de *Ahora El Pueblo*, que no muestra ningún esfuerzo por entender la postura de la dirigencia cruceña y no incluye su posición en ninguna de las ediciones revisadas. En ese sentido, se puede afirmar que el periódico estatal silenció a una de las partes del conflicto y que las menciones acerca de la dirigencia cruceña son principalmente para descalificarla y difundir estereotipos. *El Deber*, aunque amplificó la posición del Comité Interinstitucional, dándole titulares o notas que explicaban (justificaban) la medida de presión, sí incluyó la postura del Gobierno en sus páginas.

Lo que ninguno de los dos medios analizados hizo fue amplificar las voces técnicas de quienes podían aportar con elementos importantes en la negociación. Es cierto que el asunto fue llevado por actores políticos y que la prensa estaba obligada a cubrir esas declaraciones, pero también había especialistas en la materia que no fueron consultados ni ocuparon grandes titulares. Tampoco se dio cabida a los sectores intermedios de opinión: aquellos que, por ejemplo, estaban a favor del censo en 2023 pero en contra del paro cívico. Solo a finales del conflicto *El Deber* incluyó algunas posiciones que pedían levantar el paro, como las del arzobispo de Santa Cruz[23] o de un asesor del Comité Cívico[24].

22 Hay notas de interés público que fueron ampliamente cubiertas por uno de los dos medios analizados y que no se registran en las versiones impresas del otro y que tampoco pudieron ser localizadas en sus sitios web. Pero dada la inaccesibilidad del archivo digital de *Ahora El Pueblo* o la posibilidad de que hayan sido publicadas y editadas (o eliminadas) posteriormente, se omite la mención específica de estos temas para evitar imprecisiones.
23 Edición del 25 de noviembre.
24 Entrevista a José Luis Santistevan el 25 de noviembre, publicada en la versión digital.

Conclusiones

El paro de 36 días en Santa Cruz ha puesto a prueba la independencia política de los medios de comunicación. No es una justificación, pero la primera cuestión que viene a la mente al analizar la cobertura de los medios sobre el paro cívico es que, posiblemente, sea difícil cubrir la polarización sin polarizar, sin centrarse en los polos. Los periodistas podrán argumentar que ellos simplemente hacen un relato de la realidad, ya que los actores públicos que protagonizan los conflictos son voces que ineludiblemente deben ser reflejadas en los medios, porque a menudo son las que dirigen el rumbo de los hechos y, muchas veces, son las más radicales y ruidosas del debate público.

Sin embargo, son los medios los que deciden los temas que se cubren, el enfoque con el que lo hacen y las fuentes que consultan. En ninguno de los dos casos analizados se advierte una mirada compleja y crítica del problema, como tampoco un esfuerzo por entender de dónde venía el disenso o por leer la coyuntura desde otros ángulos. Lo cierto es que no se escarbó en los matices ni en los márgenes sociales del conflicto. Especialmente en los momentos álgidos del paro cívico, los medios actuaron como cajas de resonancia de las voces extremas y minimizaron las posturas mesuradas.

El caso del diario estatal, que por su condición de medio de comunicación público está obligado a ser plural, es aún más llamativo: silenció a una de las partes del conflicto y difundió estereotipos en su contra, avivando aún más la polarización política y social de ese periodo.

Según el análisis expuesto, ambos periódicos promovieron una lectura dicotómica del conflicto y sus posturas ideológicas, que fueron explícitas en sus editoriales, y permearon los géneros informativos. Pudieron ser espacios de encuentro y, en una mirada general, no lo fueron.

Los resultados de la encuesta del Proyecto Unámonos muestran que un tercio de la población evita consumir información de los medios que no son afines a su posición política. No es descabellado pensar, entonces, que un tercio de la población tiene una percepción sesgada y parcial del paro cívico, lo cual afecta la calidad del debate público, porque si no hay consenso sobre los hechos difícilmente se puede pensar en tender puentes de diálogo.

Los medios tienen el enorme poder de democratizar el debate y evitar que las discusiones se vuelvan binarias, aunque los actores políticos se esfuercen por alimentar la polarización para obtener réditos electorales. Por tanto, promover la reflexión y la autocrítica sobre el papel de los medios de comunicación durante el paro cívico de Santa Cruz puede ser un punto de partida para identificar desaciertos, sentar principios y mejorar las prácticas periodísticas en el futuro.

Fuentes citadas

- Alsina, M. (1989). *La construcción de la noticia*. España: Paidós.
- Estado Plurinacional de Bolivia. Decreto Supremo 4760. 13 de julio de 2022.
- Torrico, E. (2004). *Abordajes y periodos de la Teoría de la Comunicación*. Argentina: Editorial Norma.

Fuentes no citadas

- Calonge, S. (2006). La representación mediática: teoría y método. *Psicologia da Educação*, (23), 75-102.
- Cornejo, F. (comp.) (2021). *Narrativas y públicos en los medios. Enfoques para un periodismo de cambio.* Lima: Universidad Antonio Ruiz de Montoya/ Fundación Friedrich Ebert-Perú.
- Gonzáles, J. (2020). *Medios de comunicación. ¿Al servicio de quién?* Buenos Aires: CLACSO.
- Nogués, G. (2019). *Pensar con otros. Una guía de supervivencia en tiempos de posverdad.* Buenos Aires: El Gato y la Caja.
- Torrico, E. (2003). La escenificación mediática de los conflictos. *InMediaciones de la Comunicación, IV*(4), 11-23.

Este libro está compuesto por siete escritos. Cada uno se adentra en profundidad en alguna característica específica del fenómeno de la polarización, según los datos de la Primera Encuesta Nacional de Polarización en Bolivia, realizada por el Proyecto Unámonos. Se trata de un esfuerzo multidisciplinario que busca dar luces sobre las distintas aristas de la polarización. Es así que, desde el análisis estadístico, desde la sociología y desde la ciencia política, podemos encontrar propuestas de instrumentos que nos ayuden a medir cuantitativamente y a ubicar demográficamente la polarización, propuestas que describen la sociodemografía de esta y propuestas que ahondan sobre las identidades políticas y su relación con el voto. También encontramos análisis que, desde la psicología social, nos invitan a entender el impacto de la moralidad y de las emociones en la política; y análisis que, desde la comunicación social, nos permiten entender el impacto de la polarización en el trabajo de los medios de comunicación en Bolivia.

Hay situaciones de las que no se puede volver fácilmente: un ser querido muerto, una amistad rota, el sentido de inseguridad después de haber sido acosado o directamente violentado. Esos son los puentes quemados que a Bolivia le toca reconstruir. La presente publicación desea aportar a esta reconstrucción desde los datos y el análisis.

Implementado por:

FRIEDRICH EBERT STIFTUNG

KONRAD ADENAUER STIFTUNG

Con el apoyo de:

cooperación alemana

Embajada de la República Federal de Alemania La Paz